

D. James Kennedy

Por Qué

CREO

- en la Biblia •
- en Dios •
- en la Creación •
- en el cielo •
- en el infierno •
- en Cristo •
- en la Resurrección •
- en el cristianismo •
- en el nuevo nacimiento •
- en el Espíritu Santo •
- en el regreso de Cristo •
- en los principios
morales absolutos •

¿Puede usted defender su fe contra los críticos y los incrédulos que lo rodean por todas partes? Nuestro mundo tiene una miríada de desafíos: el materialismo agresivo, el ateísmo, las religiones no cristianas, la televisión, las revistas, los libros, las películas. Pero *Por qué creo* ofrece abundante minición para nuestro contraataque:

- Cómo la profecía cumplida demuestra visiblemente la verdad bíblica.
- Cómo la arqueología confirma la verdad bíblica.
- Argumentos científicos a favor de la creación bíblica.

Cuando el autor oyó que, en un programa radial de llamadas telefónicas un ateo militante hacía añicos a todos los cristianos que llamaban, se sintió tan disgustado que decidió hacer algo al respecto . . . De sus conocimientos de una vida dedicada al estudio, ha compilado esta poderosa y apremiante declaración de lo que creemos los cristianos y por qué lo creemos . . . respuestas inteligentes y bien informadas a objeciones que frecuentemente le hacen a la fe cristiana.

Por qué creo es una declaración intensamente penetrante y personal, que usted querrá hacer suya.

Por Qué
CREO

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

EX LIBRIS ELTROPICAL

ISBN 0-8297-1259-3

Categoría: Teología

Este libro fue publicado en inglés con el título
Why I Believe por Word Incorporated

© 1980 por Word Incorporated

Edición en idioma español
© 1982 por Editorial Vida
Miami, Florida 33166

Reservados todos los derechos

Cubierta diseñada por John Coté

Printed in the United States of America

99 00 01 02 * 15 14 13 12 11 10 9



Reconocimiento

Desco expresar mi agradecimiento a Cay Hunter, quien leyó las pruebas de estos mensajes y realizó el trabajo relacionado con la documentación. Sin los incansables esfuerzos de ella, no se hubiera publicado este libro.

También quiero expresar mi gratitud a Ruth Rohm, que hizo la copia mecanográfica de los manuscritos originales y cooperó en lo relativo a la documentación.

*Cón todo afecto, dedico
este libro a mi madre.*

Contenido

<i>Introducción</i>	7
1. Por qué creo en la Biblia	9
2. Las piedras hablan a gritos	22
3. Por qué creo en Dios	33
4. Por qué creo en la creación	47
5. Por qué creo en el cielo	59
6. Por qué creo en el infierno	70
7. Por qué creo en los principios morales absolutos	82
8. Por qué creo en Cristo	96
9. Por qué creo en la resurrección	108
10. Por qué creo en el cristianismo	123
11. Por qué creo en el nuevo nacimiento	136
12. Por qué creo en el Espíritu Santo	148
13. Por qué creo en el regreso de Cristo	158
<i>Referencias bibliográficas</i>	169

Introducción

La Biblia declara: “Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3:15). Esto no es simplemente un buen consejo; ¡es un mandamiento de Dios!

No hace mucho oí por casualidad un programa radial al cual se podía llamar por teléfono. El invitado especial era un ateo que estaba exponiendo sus puntos de vista. Mientras yo trataba de lograr frenéticamente que mi llamada llegara al programa, oí como a una docena o más de cristianos que llamaron para hablar con el hombre. Era asombrosa la facilidad con que los masticaba, para enseguida escupirlos fuera. Parecía que todos los cristianos que llamaban eran incapaces de dar una razón inteligente de la fe que tenían. “La Biblia dice tal y tal cosa”, comenzaba cada uno tratando de apoyar lo que estaba diciendo. El ateo contraatacaba: “Bueno, ¿y por qué cree usted en la Biblia?” Todos quedaban reducidos a un tartamudeo en que decían algo así: “Bueno, yo la tengo en mi corazón.” El ateo respondía: “Bueno, la Biblia no está en mi corazón, amigo, y yo no la creo.”

Determiné que en estos días es especialmente importante que los cristianos puedan dar razón de la esperanza que hay en ellos. Trataría de hacer algo práctico para ayudarlos. Este libro es el resultado. Los incrédulos y las religiones no cristianas nos hacen desafíos por todas partes. La televisión, los libros, las revistas y las películas colocan nuestra fe en tela de

juicio de mil maneras, grandes y pequeñas. Como creyentes que adoramos al que es el *Logos* encarnado, o sea, la lógica de Dios, tenemos que estar preparados para hablar a los que abiertamente se manifiestan antagonistas a los principios básicos de nuestra fe. Pecamos contra Dios cuando nos quedamos en silencio porque no somos capaces de defenderlos.

No sólo eso, sino que cuando no estamos preparados con una razón para defender nuestra esperanza, ni sabemos por qué creemos lo que creemos, damos a los demás la impresión de que el cristianismo es una religión basada únicamente en la fe ciega o en el prejuicio emocional. ¡Nada pudiera estar más lejos de la verdad! A menudo acusamos de ser prejudiciados a los que rechazan el cristianismo sin examinar, por lo menos, las evidencias del mismo. Entonces, ¿no es también cierto que, si una persona acepta el cristianismo sin examinar las evidencias, eso tampoco es otra cosa que un prejuicio o credulidad?

La Biblia nos dice que examinemos todas las cosas y retengamos lo bueno. Sin embargo, frecuentemente no estamos dispuestos a hacer eso, por el simple hecho de que se necesita un pequeño esfuerzo intelectual de nuestra parte para llegar a ser obreros que no tienen de qué avergonzarse. Cuando no examinamos las bases o fundamentos de nuestra fe, descubrimos que Satanás usa nuestra ignorancia para atacar nuestra fe, y cuando experimentamos dificultades, él siembra dudas en nuestras mentes.

Tengo la esperanza de que, al declarar las razones de mi fe, pueda ayudar a los lectores cristianos a clarificar su propio pensamiento, y a estar mejor capacitados para articular y defender su fe. También espero que muchos que no han llegado a la decisión de recibir a Cristo como su Salvador personal, se convenzan mediante mis argumentos, y den ese paso.

1

Por qué creo en la Biblia

Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.

Deuteronomio 18:18

Existen muchas razones por las cuales creo en la Biblia. La primera es la que el mismo Dios da: "Profeta les levantaré . . . y pondré mis palabras en su boca" (Deuteronomio 18:18). Muchas personas han afirmado estar hablando en nombre de Dios; ¿pero realmente hablan en nombre de Dios, o son falsos profetas? Dios dice que hay una manera de poder saberlo: "Si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él" (Deuteronomio 18:22). "Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho" (Isaías 46:9, 10). "En esto conoceréis. . ." Es un asunto de profecía predictiva.

La Escritura dice: "No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno" (1 Tesalonicenses 5:20, 21). Muchas personas han despreciado las profecías de Dios, por cuanto nunca las han examinado ni probado para determinar si son confiables y ciertas. Tal vez esto se debe a que las personas

suponen que la profecía no es real ni genuina, o que es algo que se hace todo el tiempo. Las profecías bíblicas son muy específicas, reales y genuinas; son únicas, por cuanto no existen en ninguna otra parte.

En todos los escritos de Buda, Confucio y Lao-tse, no hallará usted un sólo ejemplo de profecía predictiva. En el Corán (los escritos de Mahoma), hay un ejemplo de profecía específica, en la cual el mismo Mahoma profetiza que regresará a la Meca. Muy diferente de la profecía de Jesús, quien dijo que regresaría del sepulcro. La primera se cumple fácilmente; la otra es imposible para cualquier ser humano.

Pensemos en algunos de los que hoy hacen profecías. Jeane Dixon probablemente es la más famosa profetisa de los Estados Unidos de América hoy. ¿Predice ella el futuro? Ella hace algunas adivinaciones hábiles, ¿pero se cumplen con exactitud así como se cumplen las profecías de la Biblia? En la década que transcurrió entre 1950 y 1960, hubo tres elecciones presidenciales en los Estados Unidos de América: en 1952, en 1956 y en 1960. Durante ese tiempo, Jeane Dixon profetizó quién sería el candidato de cada uno de los dos principales partidos, en las tres elecciones, y quién ganaría. ¿Cómo le fue a ella en sus predicciones? Falló en cuanto a los candidatos, en cuanto a los partidos y en cuanto a los ganadores en las tres elecciones.

Mi esposa guardó un artículo de la revista *National Enquirer* de hace dos años, que contenía las predicciones de los diez principales videntes o profetas del mundo de hoy, con respecto a los eventos que debían de ocurrir durante los últimos seis meses de ese año.¹ Yo examiné cuidadosamente todas y cada una de esas 61 profecías. ¿Sabe usted cuántas se cumplieron realmente? ¡Ninguna! Me parece que, si una persona

predice 61 eventos, debiera tener suficiente suerte para que se cumpla por lo menos una. Tal vez Dios quiso mostrarle al pueblo cuán incapaces son ellos para predecir el futuro.

Un gran historiador, el doctor John H. Gerstner, dijo que los historiadores saben cuán difícil es predecir el futuro, porque las ruedas del futuro se mueven sobre muchas condiciones que se expresan con la conjunción "si. . ." ¿Pero qué diremos de la Biblia? Sólo en el Antiguo Testamento hay 2000 profecías predictivas; no unas pocas adivinaciones de suerte. Alguien dirá: "Bueno, simplemente son cierta clase de vagas generalidades, como los dichos del oráculo de Delfos, o como los oráculos sibilinos." Se dice que Majencio, el emperador romano, acudió a uno de los oráculos sibilinos y le preguntó qué ocurriría si atacaba al ejército de Constantino que se acercaba a Roma por el otro lado del río Tíber. El oráculo respondió: "Ese día, el enemigo de Roma será destruido." Así que, confiado en la victoria, atacó al ejército de Constantino, pero el que resultó destruido fue Majencio. El oráculo falló en definir quién era realmente el enemigo de Roma. Así, según el patrón de la mayor parte de las declaraciones de los oráculos, la profecía se cumplía, sin importar cuál fuera el resultado.

Por otra parte, las profecías de la Biblia son increíblemente específicas y detalladas. Tienen que cumplirse exactamente. No puede haber la posibilidad de que las profecías sean sólo adivinaciones, porque se relacionaban con cosas de las cuales no había (ni hay) probabilidad de que acontecieran alguna vez. Los profetas bíblicos predijeron exactamente lo opuesto de las expectativas naturales de los seres humanos. No pudieron haberse escrito después de los eventos y haberlas presentado como profecías,

pues en centenares de casos, el cumplimiento de la profecía no ocurrió hasta centenares de años después de la muerte del profeta. En muchos casos, el cumplimiento vino después de haberse terminado de escribir el Antiguo Testamento, y aun su traducción al griego en el año 150 a.C.

¿Cuáles son algunas de estas profecías increíblemente específicas y sorprendentes? Ya se han cumplido unas 2000 profecías específicas. Por ejemplo, se relacionan con veintenas de ciudades con las cuales tenía tratos Israel, y con docenas de naciones contiguas o cercanas a Israel. Todo el futuro de esas naciones y ciudades se describe en el Antiguo Testamento, y su exactitud la puede verificar cualquiera que tenga una buena enciclopedia.

Consideremos las profecías concernientes a Tiro y Sidón, las dos grandes ciudades de la costa oriental del Mediterráneo. Tiro era para el mar lo que Babilonia era para la tierra. La gran ciudad de Cartago fue simplemente una de las hijas de Tiro. Y sin embargo, cuando Tiro se hallaba en su apogeo, el profeta del Antiguo Testamento declaró que esa ciudad sería destruida, y que nunca más sería reconstruida, y nunca volvería a ser habitada (Ezequiel 26:19-21). El profeta advirtió a la ciudad de Sidón que sus habitantes serían diezmados, pero que la ciudad continuaría (Ezequiel 28:21-23). Se produjeron los hechos: la ciudad de Sidón fue atacada, fue traicionada por su propio rey, 40.000 de sus habitantes fueron asesinados, pero la ciudad de Sidón continúa hasta hoy.

¿Qué le ocurrió a la ciudad de Tiro? He aquí algunas de las profecías específicas con respecto a ella. Ezequiel declaró cuando Tiro estaba en su apogeo: "Y demolerán los muros de Tiro, y derribarán sus torres; barreré de ella hasta su polvo, y la

dejaré como una peña lisa. Tendedero de redes será en medio del mar, porque yo he hablado, dice Jehová el Señor . . . y pondrán tus piedras y tu madera y tu polvo en medio de las aguas . . . Y te pondré como una peña lisa . . . nunca más serás edificada; porque yo Jehová he hablado" (Ezequiel 26:4, 5; 12-14). Unos pocos años después de haberse escrito esta profecía, el gran Nabucodonosor de Babilonia trajo su ejército contra Tiro y sitió la ciudad. Durante 13 años la ciudad de Tiro resistió los esfuerzos del rey de Babilonia. Finalmente, los muros de la ciudad se derrumbaron y las huestes del ejército babilonio entraron en la ciudad y mataron al resto de sus habitantes a filo de espada. Millares de ellos, sin embargo, habían huido mar adentro en embarcaciones, para formar la nueva ciudad de Tiro en una isla situada a menos de un kilómetro en el Mediterráneo. Por tanto, la profecía se cumplió sólo en parte.

Algunos pudieran decir que Ezequiel escribió esta profecía después de ocurridos los eventos, pero eso sería imposible. Pasaron los siglos. Unos 250 años después, cuando ya hacía tiempo que Ezequiel se había vuelto polvo en su sepulcro, la mayoría de los muros de Tiro aún se elevaban hacia el cielo: mudo testimonio de que la profecía no se había cumplido. Millones de toneladas de piedras, escombros y madera quedaban, y sin embargo, Dios había dicho que la ciudad quedaría pelada como una roca lisa; que las piedras, la madera y el mismo polvo de la ciudad serían echados al mar. ¿Qué loco hubiera podido presentarse 250 años después para completar el cumplimiento de esta profecía? Parecía que Dios se hubiera equivocado. Sin embargo, la Biblia había declarado: ". . .yo Jehová he hablado."

Luego, como un llamado de clarín, llegó una conmoción de terror procedente del norte, cuando

apareció en el horizonte un poderoso conquistador. Alejandro Magno estaba acampado frente al estrecho de los Dardanelos, preparando su ataque contra el dominante imperio persa. Cruzó el estrecho y le propinó al rey de Persia su primera derrota demoleadora. El poderoso ejército persa retrocedió y huyó hacia el sur, luego tierra adentro hacia el este, siendo perseguido ardientemente por Alejandro. Sin embargo, antes de internarse tierra adentro para perseguir al ejército que huía, Alejandro, como gran estratega, decidió anular los efectos de la poderosa armada persa. Cerró completamente todos los puertos del Mediterráneo oriental. Una tras otra, las ciudades capitularon y se rindieron. Finalmente, Alejandro llegó a la nueva Tiro, que había sido construida con murallas inexpugnables a menos de un kilómetro fuera de la costa del Mediterráneo. Ordenó a la ciudad que se rindiera. Cuando los habitantes se rindieron por el mandato de Alejandro, éste, con un principal ingeniero, Diades, concibió el más osado y atrevido plan de toda la historia de la guerra: construirían una calzada a través de casi un kilómetro del mar Mediterráneo, hasta la isla en que estaba la nueva Tiro. ¿Dónde hallarían los materiales para semejante calzada? El gran rey dio la orden: "Derribad los muros de Tiro, tomad las maderas y las piedras, los escombros y los leños, echadlos al mar." Así el gran ejército de Alejandro obedientemente comenzó a cumplir la palabra de Dios.

Hace unos años, compré un librito que versa sobre Alejandro Magno, escrito por Charles Mercer, con la asesoría de Cornelius C. Vermeule III, el encargado de Artes Clásicas en el Museo de Bellas Artes de Boston. Este libro contiene la más asombrosa descripción de los eventos relacionados con Tiro: "La ciudad de Tiro que estaba en tierra firme fue arrasada, y sus

materiales fueron llevados al sitio de construcción. Entre tanto, se traían a rastras grandes troncos de árboles desde los bosques del Líbano, y se abrían canteras en las montañas para proveer las piedras para la fabulosa carretera de Diades. . . El mismo Alejandro llevó piedras al hombro."² ¡Polvo, madera, piedras! Estos son los mismos materiales de que habló el profeta Ezequiel hace miles de años. Las piedras y la madera y el polvo fueron llevados y echados en el mar. La historia nos dice que incluso rasparon el sitio mismo de la ciudad para sacar cuanto pudieran para hacer esta calzada, a fin de destruir la nueva ciudad de Tiro. Al fin la nueva ciudad fue sitiada, destruida y arrasada.

Pero la profecía no se había cumplido aún por completo. Dios había dicho que destruirían los muros de Tiro y que El la pondría como una peña lisa. Había dicho que se convertiría en un tendedero de redes. Un miembro de mi iglesia visitó recientemente el sitio de la antigua ciudad de Tiro y regresó con fotografías de la que fue la nueva ciudad de Tiro. En las fotografías se ven redes tendidas sobre la roca lisa que una vez había sido la orgullosa ciudad de Tiro. "Porque yo he hablado, dice Jehová el Señor" (Ezequiel 26:5). ¡Que algún incrédulo explique estas profecías!

Consideremos otras dos ciudades: Samaria y Jerusalén. Samaria fue la capital de Israel, el Reino del Norte; Jerusalén fue la capital de Judá, el Reino del Sur. Mientras ambas ciudades estaban en su plenitud, los profetas declararon que Jerusalén no sólo sería destruida y sus habitantes llevados en cautividad, sino que el muro sería destruido (Jeremías 24:9; 29:21; 35:17). Los profetas dijeron, además, que la ciudad y el muro serían reconstruidos por el pueblo que regresaría (Isaías 4:3-6). Con respecto a Samaria, los profetas dijeron que sus muros serían derribados;

que se convertiría en tierra para plantar viñas; y que sus cimientos serían descubiertos (Miqueas 1:5, 6). ¿Y qué ocurrió con las murallas de Jerusalén? Fueron destruidas, pero fueron reconstruidas. He caminado por encima de los grandes muros de Jerusalén.

En relación con mi visita a Samaria, recuerdo tres cosas acerca de esa ciudad. Posteriormente, aprendí que éstas son las tres profecías específicas que se mencionan en la Escritura. Recuerdo que miré desde un empinado muro enclavado en una alta montaña, y en el valle vi inmensas piedras que una vez habían constituido los muros de Samaria. También recuerdo que nuestro guía nos señaló las viñas, los olivos y otros árboles. Recuerdo que vi las grandes excavaciones en la tierra, que tenían unos diez a 14 metros de profundidad, y mostraban los cimientos de la gran fortaleza que una vez había sido Samaria. “Haré, pues, de Samaria montones de ruinas, y tierra para plantar viñas; y derramaré sus piedras por el valle, y descubriré sus cimientos” (Miqueas 1:6). ¿Qué diríamos si el muro de Jerusalén fuera destruido hoy? ¿Qué diríamos si los muros de Samaria fueran reconstruidos? Se demostraría que la profecía fue falsa.

¿Cuáles fueron las profecías concernientes a las ciudades de Edom? Edom fue una nación cercana al mar Muerto, que se opuso al pueblo de Dios; por tanto, Dios pronunció una maldición sobre ella. Dijo: “He aquí yo estoy contra ti, oh monte de Seir, y extenderé mi mano contra ti, y te convertiré en desierto y en soledad. A tus ciudades asolaré, y tú serás asolado; y sabrás que yo soy Jehová . . . Yo te pondré en asolamiento perpetuo, y tus ciudades nunca más se restaurarán; y sabréis que yo soy Jehová” (Ezequiel 35:3, 4, 9). Alexander Keith ha coleccionado declaraciones de algunos escépticos con respecto a estas profecías. (Esos escépticos no tenían

ninguna idea de que estaban haciendo referencia a profecías, sino sólo a estos lugares.) Constantine Volney, el escéptico que fue responsable del escepticismo de Lincoln, dijo con respecto a Edom: “. . . uno se encuentra los vestigios de muchas ciudades. En el presente, todo este país es un desierto.” El notable explorador y viajero suizo John L. Burkhardt declara que todo el llano presenta a la vista una expansión de arenas movedizas. Esteban, un cristiano que se paró entre las ruinas de Petra, una de las grandes ciudades de Edom, declara: “Si el escéptico se parase, como yo me paré, entre las ruinas de esta ciudad, entre las rocas, y allí abriese el Sagrado Libro, y leyese las palabras del inspirado escritor, escritas cuando este lugar desolado era una de las ciudades más grandes del mundo, yo podría ver cómo se detiene la burla, cómo palidecen sus mejillas, cómo sus labios tiemblan y su corazón se sacude de temor, pues las ruinas de la ciudad le hablarían con una voz alta y poderosa, como si alguien se hubiera levantado de entre los muertos. Aunque no creyera a Moisés ni a los profetas, creería la escritura del mismo Dios en la desolación y ruina perpetua que lo circundarían.”

Pensemos en la magnífica ciudad de Babilonia, tal vez la ciudad más grande de los tiempos antiguos. Sus muros tenían unos 23 a 24 kilómetros por lado, o sea, más de 90 km alrededor. La ciudad tenía un área de más de 500 kilómetros cuadrados, y la más bella arquitectura, jardines colgantes y palacios, templos y torres. No abastecía sus almacenes de ningún país extraño. Inventó un alfabeto, resolvió problemas de aritmética, inventó aparatos para medir el tiempo, y en ciencia avanzó más que todos los pueblos que le precedieron. Sin embargo, cuando Babilonia era la ciudad más grande del mundo, Dios dijo de ella: “Y Babilonia, hermosura de reinos y ornamento de la

grandeza de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, a las que trastornó Dios" (Isaías 13:19).

Hay más de cien profecías específicas concernientes al destino de Babilonia. Considérense los grandes muros de Babilonia. El historiador Herodoto nos dice que esos muros tenían torres que se elevaban a 92 metros de altura, por encima de la altura de los muros mismos que era de 61 metros. Los muros tenían 57 metros de espesor en la base, y encerraban una superficie de más de 500 kilómetros cuadrados. La ciudad de Babilonia era inexpugnable. Pero Dios dijo con respecto a esas torres y a esa ciudad: "El muro ancho de Babilonia será derribado enteramente . . . este lugar . . . para siempre ha de ser assolado" (Jeremías 51:58, 62). ¿Es vaga o ambigua esa profecía? ¡De ninguna manera!

La Gran Muralla China no es ni aproximadamente tan grande ni tan fuerte como lo fue la de Babilonia; con todo, y aunque es más vieja, aún permanece hoy. Los muros de Jerusalén aún están erguidos. ¿Pero qué les pasó a los muros de Babilonia? Major Keppel dice, en la *Narrativa* de sus viajes: "No descubrimos en absoluto ni huellas de los muros de la ciudad." Los muros de Babilonia fueron destruidos, pero sólo gradualmente. El profeta no hubiera tenido la posibilidad de escribir su predicción después del evento, pues la profecía no se cumplió por completo hasta después del tiempo de Cristo. El Antiguo Testamento se había completado y había sido traducido al griego 500 años antes del cumplimiento cabal de dicha profecía.

En el siglo cuarto d.C., Juliano el Apóstata llegó al trono de Roma. Su deseo predominante era destruir el cristianismo y restablecer las religiones paganas de Roma. Mientras se hallaba en guerra contra los persas acerca de las ruinas de Babilonia, Juliano destruyó

completamente los restos de los muros de la ciudad, a fin de que en el futuro no ofrecieran protección alguna al ejército persa. Así, uno de los más grandes oponentes que la Biblia haya tenido en todos los tiempos, cumplió cabalmente la profecía.

Pero Dios había dicho mucho más con respecto a esta ciudad: "Por la ira de Jehová no será habitada, sino será assolada toda ella . . . nunca más será poblada ni se habitará por generaciones y generaciones" (Jeremías 50:13, 39). ¿Podiera haber algo más específico que esto? ¿Se han cumplido estas profecías? Yo he visto fotografías de Babilonia. Es un intransitable yermo de inmensos montículos y cúmulos de tierra, habitado sólo por chacales, víboras y escorpiones. Los mismos escépticos la han descrito como nada, sino montones de tierra; nos dicen que esas ruinas son los únicos restos de Babilonia. Ruinas como las de Babilonia, compuestas por montones de escombros impregnados de nitro, no se pueden cultivar. En Babilonia, cuyos campos alrededor de la ciudad eran tan fértiles que Herodoto se negó a escribir acerca de ellos, no fuera a ser que la gente pensara que él estaba loco, ahora no crece nada, porque Dios condenó esa área a perpetua desolación, y ni una hoja de grama sobrevivirá. Es un desierto árido. Las ruinas son casi la única indicación de que fue habitada alguna vez.

Consideremos las siguientes dos profecías específicas, pero aparentemente contradictorias: "Subió el mar sobre Babilonia; de la multitud de sus olas fue cubierta" (Jeremías 51:42). La otra profecía describe a Babilonia como "tierra seca y desierta, tierra en que no morará nadie" (versículo 43). Ahora, notemos el sorprendente cumplimiento. Claudius James Rich, en su obra *Narrative of a Journey to the Site of Babylon in 1811* (Narrativa de un viaje al sitio de Babilonia en 1811), señala: "Por espacio de dos meses cada año, las

ruinas de Babilonia quedan inundadas por el desbordamiento anual del Eufrates, que hace que muchas partes de ellas sean inaccesibles, pues los valles cubiertos se convierten en marismas.” Después que bajan las aguas, hasta los montículos bajos vuelven a ser ruinas quemadas por el sol, y el sitio de Babilonia, como el de otras ciudades de Caldea, es un desierto seco, un llano ardiente y reseco. Pero Dios dijo que nunca se volvería a reconstruir. Esta era una profecía totalmente contraria a todas las expectativas del pasado, cuando toda ciudad del Cercano Oriente que había sido destruida, se había vuelto a reconstruir. Babilonia se hallaba situada en la parte más fértil del valle del Eufrates; y sin embargo, 2500 años han venido y se han ido, y Babilonia permanece como un desierto deshabitado hasta el día de hoy.

Dios dijo que la ciudad no se volvería a reconstruir. Sin embargo, el hombre más poderoso que el mundo haya visto jamás, Alejandro Magno, decidió reconstruir a Babilonia. Al pasar por las ruinas de la ciudad, determinó convertirla en la capital de su imperio mundial. Dio orden para que se dieran 600.000 raciones a sus soldados para que reconstruyeran la ciudad de Babilonia. ¿Sería refutado Dios? La historia registra el hecho de que inmediatamente después de hacer la declaración de reconstruir a Babilonia, Alejandro Magno cayó muerto, y toda la empresa quedó abandonada. Porque Dios había dicho que nunca más se volvería a reconstruir.

Estas son más o menos una docena de las 2000 profecías específicas que se hallan sólo en el Antiguo Testamento. Yo creo que los que dicen que la Biblia fue escrita por hombres, simplemente expresan su propia ignorancia sobre el tema. No hay nada parecido a esto en toda la literatura del mundo, ni en la religiosa ni en la irreligiosa. La mano que escribió

estas Escrituras no fue la de ningún otro, sino la de Aquel que pudo decir: “Yo soy el primero y el último; soy el principio y el fin; soy el que sabe todas las cosas; soy el que declara las cosas que aún están por venir.” Las predicciones son también promesas. Creo que Dios nos dio más de 2000 predicciones a fin de que aprendamos a creer sus promesas. Dios prometió que los muros de Jerusalén serían reconstruidos; que los muros de Babilonia nunca se volverían a reconstruir; que Tiro sería destruido; que Sidón continuaría — para que nosotros creamos sus promesas.

El también prometió que el que cree en el Hijo nunca morirá, sino que tiene vida eterna; y que el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. La veracidad de estas palabras y la certidumbre de su cumplimiento están confirmadas por más de 2000 profecías que ya se han cumplido. Cualquiera que las desprecie, no tiene que echarle a nadie la culpa de su propia destrucción, sino a sí mismo.

2

Las piedras hablan a gritos

El, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían.

Lucas 19:40

Durante la última parte del siglo 18, comenzó a desarrollarse en Alemania lo que se conoció con el nombre de escuela de alta crítica, que llegó a su cenit a mediados del siglo 19. Los eruditos literarios de esa época basaron todas sus conclusiones en presuposiciones literarias. Hicieron pedazos la Biblia y la volvieron a integrar, de una manera completamente diferente. Jesucristo había dicho que, si sus seguidores callaban con respecto a la alabanza a El, las piedras mismas clamarían. Cuando los principales eruditos cristianos comenzaron a callar, y de esa manera a negar la Biblia, Dios comenzó a cumplir esa predicción, y las piedras comenzaron a hablar a gritos.

Junto con el adelanto de la escuela de alta crítica vino el adelanto de la arqueología, ciencia que comenzó a principios del siglo 19. Muchos se preguntaban si la arqueología confirmaría las conclusiones de la alta crítica, o la creencia en la historicidad de la Biblia. ¿Comprobarían los hechos la fantasía, o las fantasías de los críticos serían anuladas por los hechos?

Tal vez usted se haya preguntado por qué la Biblia está llena de numerosos detalles que parecen ser excrecencias del mensaje fundamental de la Palabra de Dios. El capítulo 33 de Números, por ejemplo,

contiene una lista de 42 sitios diferentes que se usaron en el Exodo. En otros pasajes se mencionan numerosos lugares, ciudades, reyes e individuos. Los lectores a menudo se atascan en las genealogías, las personas y la historia, y se preguntan por qué no podemos sacar todo eso y entrar directamente al mensaje. El hecho es que al tratar de hacerle correcciones a las Escrituras, uno descubre que inadvertidamente le está cortando órganos vitales. El erudito R.A. Torrey dijo que “la abundancia de detalles era como las marcas de filigrana en el papel, que daban indeleble evidencia del tiempo y el plan de la manufactura”.¹ Así como un detective puede, mediante una marca de filigrana, determinar muchas cosas acerca del papel — por ejemplo, su origen —, la ciencia de la arqueología ha descubierto, a partir de estos detalles, una inmensa riqueza de información con respecto a las Escrituras.

En un tribunal, los abogados frecuentemente hacen a los testigos muchas preguntas detalladas que no parecen tener relación directa con el asunto que se está ventilando. Con eso intentan establecer, con toda clase de maneras corroborativas, si el testigo está diciendo la verdad o mintiendo. Según un historiador, es imposible establecer una mentira en medio de una historia bien conocida. A medida que los detalles salen a la luz y quedan confirmados o negados, así la verdad de la historia también queda confirmada o negada. Un erudito sostiene: “Para mí, la verdad absoluta y los detalles locales (los cuales no es posible inventarlos cuando están dispersos a lo largo de un período histórico que abarca muchos siglos) dan pruebas casi absoluta de la verdad del relato. Esa clase de prueba es la que tenemos para todas las partes de la Biblia.”

El distinguido erudito y orientalista alemán Julius Wellhausen contaba con abrumadoras credenciales

académicas, que hacían que la gente pusiera atención a lo que él decía. En 1889, este erudito sometió el capítulo 14 de Génesis a un ataque crítico. Este capítulo relata que cuatro reyes de Mesopotamia y Babilonia se trasladaron a Palestina y atacaron a un grupo de cinco reyes de alrededor del mar Muerto, entre los cuales estaban incluidos los de Sodoma y Gomorra. Vencieron a estos reyes, se llevaron todos sus bienes y a muchos cautivos, entre los cuales estaba un joven llamado Lot, sobrino de Abram. Al oír esto, Abram reunió a sus siervos y salió a perseguirlos, alcanzándolos cerca de Damasco (una jornada muy larga hacia el norte), y se trabó con ellos en combate. Habiendo derrotado al enemigo, Abram rescató a Lot, a su familia y todos sus bienes. Los críticos insistían, ante todo, que no existía ninguna clase de relación entre Babilonia y Palestina. En aquellos días, decían ellos, los viajes de esa clase eran inauditos, y posiblemente no hubieran podido ocurrir. Wellhausen declaró: "Que cuatro reyes del golfo Pérsico, 'en el tiempo de Abraham' hubieran hecho una incursión a la península sinaítica, que en tal ocasión hubieran atacado a cinco reyezuelos del litoral del mar Muerto, y los hubieran llevado prisioneros, y finalmente que Abraham, acompañado de 318 siervos, hubiera salido a perseguir a los vencedores que se retiraban y los hubiera obligado a entregar el botín; todos estos incidentes son puras imposibilidades, que no logran nada de credibilidad por el hecho de que estén colocados en un mundo que ya había pasado."²

Ahora, ese mundo ha vuelto a la luz. Desde sus tumbas y diversos lugares, las voces de los muertos claman, y aquel mundo de imposibilidad ha cambiado considerablemente. Wellhausen no fue el único que tuvo tal opinión. El gran crítico Theodor Noldeke dijo que la crítica había refutado para siempre la

pretensión de la Biblia de ser histórica.³ Sin embargo, eso es precisamente lo que afirma ser el capítulo 14 de Génesis.

Como resultado de amplias excavaciones realizadas en 1890 en las secas arenas de Egipto por el doctor Flinders Petrie y otros, ahora sabemos quiénes fueron estos cuatro reyes del golfo Pérsico. Al hacer la transliteración del semítico al babilónico, descubrimos que el rey llamado Amrafel no es otro que el mismo hombre famoso conocido en la historia secular como Hammurabi. El gran Hammurabi, quien nos legó su código de leyes, y otros tres reyes, descendieron y atacaron a esos reyes de la zona del mar Muerto. Ahora ha quedado demostrado, fuera de toda duda, que todo esto es un hecho histórico. Los nombres de estos reyes han sido verificados, como también los sitios en que acamparon.⁴

Otra fuente de deleite para los críticos estaba constituida por el hecho de que la Biblia menciona centenares de reyes, pueblos, ciudades y aun naciones enteras, que no fueron mencionadas por los historiadores de la antigüedad, ni en ninguna parte de la literatura secular. Si los historiadores nunca mencionaron una nación, obviamente, tal nación no existió. Uno de los pueblos "míticos" con el cual supuestamente pelearon los judíos fueron los heteos, que se mencionan en ocho distintos capítulos del Antiguo Testamento. Un notable arqueólogo dijo que él no creía que alguna vez existiera el pueblo de los heteos.

Cuando el doctor Hugo Winkler fue a la región para excavar en la parte donde se suponía que habían vivido los heteos, descubrió más de 40 de las ciudades de ellos, incluso su capital, junto con un gran número de monumentos que describían sus actividades.⁵ Al comentar sobre el caso del tratado efectuado entre los heteos y los egipcios, que describe la Biblia, un crítico

inglés dijo que no había más posibilidad de que hubiera existido un tratado entre los egipcios y los heteos, que la que pudiera haber de un tratado entre los ingleses y los indios choctawas de Norteamérica. Sin embargo, escrito en la pared de un palacio de una de las ciudades de Egipto que fueron desenterradas, ¡se halló todo el tratado entre los egipcios y los heteos! Numerosas inscripciones babilónicas han confirmado ahora que los heteos constituyeron una gran superpotencia que estaba localizada entre Egipto y Babilonia, tan grande que se consideraba que todos los egipcios y los babilonios habían sido tribus de los heteos.

La Biblia nos dice que Faraón oprimió a los israelitas e hizo que le construyeran las ciudades de almacenaje Pitón y Ramesés. Recordamos la historia que nos dice que ellos construían con argamasa y paja. Luego tuvieron que recoger su propia paja, y finalmente tuvieron que hacer los ladrillos sin paja de ninguna clase (Exodo 5). Cuando Sir Flinder Petrie descubrió posteriormente los sitios de Pitón y Ramesés, notó algo increíble con respecto a ellas. Habían sido construidas con argamasa, algo que no se halló en ninguna otra parte de Egipto. Además, los estratos inferiores estaban contruidos con ladrillos en los cuales había rastrojo en vez de paja. En la parte siguiente de la construcción y en la parte más alta había ladrillos que habían sido hechos sin paja.

Durante más de 100 años, los críticos habían dicho que Moisés no escribió el Pentateuco en absoluto. Pero el doctor William F. Albright, de la Universidad Johns Hopkins, que probablemente sea el arqueólogo norteamericano más destacado del siglo 20, dice: "En consecuencia, es pura hipercrítica negar el carácter sustancialmente mosaico de la tradición del Pentateuco."⁶

También está la historia de Jericó. Josué libró la

batalla de Jericó, pero los críticos decían que eso nunca ocurrió. Simplemente, uno no camina alrededor de una ciudad y con ello logra que sus muros se derrumben. ¿Pero qué descubrió el profesor John Garstang, arqueólogo inglés y autoridad en lo relativo a la civilización hetea, cuando llegó al sitio de Jericó para efectuar excavaciones? El declaró: "En cuanto al hecho principal, no queda duda de que los muros se derrumbaron hacia afuera en forma tan completa, que los atacantes pudieran encaramarse sobre ellos y por encima de las ruinas entrar en la ciudad."⁷ ¿Por qué es tan raro esto? Porque los muros no caen hacia afuera. Ordinariamente caen hacia adentro, pero en este caso, algún poder superior hizo que cayeran hacia afuera, como lo dice la Biblia. Los críticos también declaraban que el relato era obviamente fatuo, por cuanto dice que los israelitas marcharon alrededor de la ciudad siete veces en un día. Uno no podría caminar alrededor de una ciudad moderna de 100.000 habitantes y darle siete vueltas en un día. Y a Jericó se la describía como una gran ciudad. Pero la investigación de Garstang ofreció un interesante hecho con respecto a esta ciudad: era más pequeña que los sitios sobre los cuales se erigen muchas iglesias metropolitanas de gran tamaño. ¡Como yo he estado en Jericó muchas veces, sé que podría caminar alrededor de ella siete veces en una mañana y todavía jugar una partida de tenis antes del almuerzo! Otra vez se demostró que los críticos estaban equivocados.

Albright declara: "Hasta hace poco, era costumbre de los historiadores bíblicos tratar los relatos patriarcales del Génesis como si hubieran sido creaciones artificiales de los escribas israelitas del tiempo del reino dividido. O tal vez eran leyendas que contaban los rapsodas imaginativos en torno a las fogatas israelíes."⁸ "Los descubrimientos arqueológicos que se

han realizado a partir de 1925 han cambiado todo esto. Aparte de unos pocos intransigentes que hay entre los eruditos más antiguos, casi no hay ni un historiador bíblico que no haya quedado impresionado con la rápida acumulación de datos que apoyan la historicidad sustancial de la tradición patriarcal.⁹

Un artículo escrito por uno de estos intransigentes, y que apareció recientemente en el diario *Miami Herald*, proclamaba que no había ni un erudito bíblico que sostuviera que los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan fueron escritos por los autores cuyo nombre llevan. Dijo que todo erudito sabe esto, y nadie cree que ellos escribieron esos libros. Aparentemente, este hombre había leído un libro escrito por alguien que había llegado a tal conclusión, la cual estaba en boga en el siglo 19, cuando se suponía que los Evangelios habían sido escritos en el segundo y tercer siglos. Ahora se han descubierto manuscritos que datan de cien años antes de eso. Sin embargo, los intransigentes aún echan a borbotones conclusiones críticas del siglo 19 que han sido completamente desacreditados en tiempos recientes. “Muchos arqueólogos han quedado impresionados por lo que han descubierto”, dice Albright. Varios de ellos no sólo han quedado impresionados, sino que se han convertido.

Uno de los más notables fue Sir William Ramsay. El era ateo, hijo de ateos; era rico y ostentaba el título de Doctor en Filosofía de la Universidad de Oxford. Entregó su vida entera a la arqueología, con la determinación de refutar la Biblia. Salió para la Tierra Santa, y decidió refutar el libro de los Hechos. Después de 25 años o más de trabajo (durante los cuales publicó libro tras libro), quedó increíblemente impresionado por la exactitud de Lucas en sus escritos. Finalmente declaró que Lucas fue exacto,

hasta en los más mínimos detalles. En su intento de refutar la Biblia, Sir William Ramsay descubrió centenares de cosas que confirmaban la historicidad del libro de los Hechos. Finalmente, en uno de sus libros, conmovió a todo el mundo de la crítica al declararse cristiano.¹⁰ La autoridad más grande del mundo en lo relativo al libro de los Hechos y a los viajes del apóstol Pablo, se convirtió por medio de sus excavaciones, como también se han convertido otros numerosos arqueólogos a través de los siglos.

Daniel era otro libro que deleitaba especialmente a los que estaban tratando de desacreditar la Biblia. Una de las muchas cosas que trataban de refutar en este libro era la idea de que Belsasar fue el último rey de Babilonia y que murió el día en que Ciro y su ejército entraron en la ciudad de Babilonia. Los historiadores seculares habían declarado que, aunque la Biblia dice que Belsasar fue hijo de Nabucodonosor, sin embargo, Nabonido había sido el hijo de Nabucodonosor, y Nabonido fue el último rey de Babilonia.

Dean Farrar, uno de los críticos, dijo: “Belsasar — la historia no sabe nada de tal rey.”¹¹ Si un historiador secular dice una cosa, y la Biblia dice otra, obviamente, la Biblia tiene que ser la incorrecta. Esta presuposición penetra tanto en la mente de los críticos, que es sorprendente cómo proclaman continuamente tales conclusiones, sin tomar en cuenta lo que revelan los hechos.

En la ciudad de Ur de los caldeos, Babilonia, se descubrieron cuatro cilindros de arcilla del rey Nabonido. Se refieren a la construcción del templo dedicado a la diosa Luna, en el cual había una oración a esa diosa a favor del hijo del rey, Belsasar. Se descubrió que Belsasar y Nabonido reinaron conjuntamente en Babilonia; mientras Nabonido estaba en el campo,

Belsasar reinaba en la capital. Además, uno de estos cilindros decía que Gobrias (el general del ejército de Ciro) entró en Babilonia y que Belsasar murió ese día. A Belsasar se lo menciona numerosas veces con relación a contratos que él hizo, tierras de cultivo que compró y otros asuntos de esa naturaleza.¹² ¡Otra vez estalló la burbuja de los críticos!

La confirmación arqueológica del diluvio de los días de Noé es enorme. Se han hallado relatos sobre el diluvio de Noé en casi todas las civilizaciones del mundo. Entre los más interesantes están los que se han hallado en Babilonia y en Acadia. Ofrecen sustancialmente la misma descripción, excepto las perversiones que entraron en la versión babilónica posterior, que fue escrita unos 800 años después del relato de Moisés.

En Babilonia también hay una tablilla en la cual uno de los reyes babilonios menciona el gozo que sentía al leer los escritos de los que vivieron antes del diluvio. Los argumentos según los cuales ni siquiera existía la escritura en el tiempo de Moisés, ahora han sido rechazados con el conocimiento de que 500 años antes de Moisés, en los días de Abraham, existieron bibliotecas con millares de volúmenes. Ahora sabemos que bastante más de mil años antes del tiempo de Abraham, de hecho, ya se practicaba la escritura, y ahora tenemos documentos de los que escribieron aun antes del diluvio.

Otra tablilla babilónica da una interesante confirmación. La de Noé fue la décima generación a partir de Adán, según la Biblia, y esta tablilla babilónica nombra los diez reyes de Babilonia que vivieron antes del diluvio. Otra tablilla nombra a todos los reyes de Babilonia, y después de los primeros diez, aparecen las palabras: "Vino el diluvio. . ." Luego continúa el relato en las tablillas.

Las palas de los arqueólogos han descubierto innumerables hechos que confirman las Escrituras. Se han descubierto más de 25.000 sitios pertenecientes a lo que refiere la Biblia. También se han hallado registros de miles y miles de individuos y eventos. El testimonio más reciente y continuo de la arqueología, como todo el testimonio de esa naturaleza hallado anteriormente está definida y uniformemente a favor de las Escrituras, según su valor literal o tradicional, y no como fue reconstruida por los críticos. El doctor William Albright dice: "No puede haber duda de que la arqueología ha confirmado la historicidad sustancial de la tradición del Antiguo Testamento."¹³

El excesivo escepticismo demostrado hacia la Biblia por las importantes escuelas crítico-históricas de los siglos 18 y 19, que colocaban toda clase de fases de la Biblia en una fecha posterior a la que tradicionalmente se había estimado, ha sido desacreditado por un descubrimiento tras otro. La exactitud de innumerables detalles ha producido un reconocimiento creciente del valor de la Biblia como fuente histórica. Millar Burrows, de la Universidad de Yale, observa: "En muchos casos, la arqueología ha refutado los puntos de vista de los críticos modernos. En numerosos casos se ha demostrado que esos puntos de vista descansan en falsas suposiciones y en esquemas irrealles y artificiales del desarrollo histórico. El excesivo escepticismo de muchos teólogos liberales no brota de una cuidadosa evaluación de los datos disponibles, sino de una enorme predisposición contra lo sobrenatural."

Sir Frederic Kenyon, del Museo Británico, uno de los grandes eruditos de nuestro tiempo, también señala el hecho de que la arqueología ha confirmado la Escritura. Nelson Glueck, el renombrado arqueólogo judío, dijo: "Se puede declarar categóricamente

que ningún descubrimiento arqueológico ha controvertido jamás una referencia bíblica." Luego continuó afirmando "el casi increíblemente exacto recuerdo histórico de la Biblia, particularmente cuando vemos que la misma se fortifica mediante los hechos históricos." Declaró categóricamente que ningún hallazgo arqueológico ha controvertido ninguna referencia bíblica sobre algún hecho.¹⁴

Volvemos a ver que cuando los críticos fueron dejando de alabar a Cristo, tal como Dios lo dijo, ¡las piedras comenzaron a hablar a gritos! A través de todas las investigaciones recientes efectuadas en Palestina, Asiria, Babilonia, Egipto y otros lugares, esas piedras han demostrado que las Escrituras son en realidad la inspirada Palabra de Dios. Se ha demostrado en muchos miles y miles de detalles que la Biblia es verdadera.

No es por causa de alguna falta de datos históricos que la gente no cree en la Biblia ni en Cristo. Eso se debe, más bien, a la falta de disposición moral para rendir la vida al señorío y autoridad de Jesucristo. La mayor parte de los no creyentes confrontan un problema moral.

Repito que éstas son algunas más de las razones por las cuales creo en la Biblia. Creo en el Cristo que ella describe y a quien nos presenta como el Salvador viviente, resucitado y glorificado, que puede traer perdón, paz, gozo y seguridad a todos los que se arrepientan de sus pecados y pongan su fe y su confianza en el que murió por nosotros. "Si éstos callaran, las piedras clamarían."

3

Por qué creo en Dios

Dice el necio en su corazón:

No hay Dios.

Se han corrompido, e hicieron abominable maldad,

No hay quien haga bien.

Salmos 53:1

¿Existe Dios, o no? Esta pregunta eclipsa todas las demás que la humanidad pudiera hacer. Si usted piensa que esta declaración es la opinión de un teólogo o de un predicador, entonces lea la siguiente declaración, que se halla en la obra *The Great Ideas Syntopicon* (Temario de grandes ideas), una guía de estudio decisiva para la serie *Great Books* (Grandes libros), notable colección de la mayor parte de la sabiduría combinada de la civilización occidental, desde el tiempo de Tales hasta el presente. Mortimer Adler afirma: "Con excepción de ciertos matemáticos y físicos, todos los autores de los *Great Books* están representados en el capítulo que trata sobre Dios."¹ La razón es obvia. Hay más consecuencias que se derivan para el pensamiento y la acción de la afirmación o de la negación de Dios, que de la respuesta que se dé a cualesquiera de las otras preguntas básicas. El hecho de que los hombres se consideren como los seres supremos en el universo, o de que reconozcan a un ser sobrehumano a quien se imaginan como un objeto de temor o de amor, y como una fuerza que quieren desafiar o un Señor al cual han de obedecer,

es algo que afecta a todo el tenor de la vida humana. En este tiempo de ateísmo militante y en marcha, que se difunde como un hongo mortal a través de nuestro mundo, necesitamos considerar el significado de esta pregunta y la evidencia de la existencia de Dios.

Tal vez una de las opiniones que más comúnmente sostienen los modernos americanos sofisticados es que, de algún modo, la ciencia ha refutado la idea de Dios o, como lo dijo Julián Huxley, lo han reducido "simplemente a la desvaneciente sonrisa del famoso gato del cuento 'Alicia en el país de las maravillas' ". ¿Ha refutado realmente la ciencia la idea de Dios? En su libro, *God, the Atom and the Universe* (Dios, el átomo y el universo), James Reid declara: "¡La ciencia está preparando una sorpresa para la humanidad! Por lo menos será una sorpresa para los que tienen dudas con respecto a la Biblia y su Dios. También vendrá cómo una sorpresa para los que están sujetos al concepto erróneo de que la ciencia ha socavado la Biblia. De hecho, incluso pudiera conmover a algunos científicos, que pudieran asombrarse al hallar que su recién descubierto hecho o su recién aceptada teoría, ofrecen un eslabón más de la cadena de evidencias que indican que los hechos del universo apoyan las declaraciones de la Biblia, incluso la creación."² Posteriormente declara que durante años, como hombres de ciencia, se ha empeñado en buscar apoyo en la Biblia para la física clásica, la física newtoniana, y no ha podido hallarlo.

Cuando entramos en este siglo, y la antigua física clásica dio paso a la nueva física cuántica, a la teoría atómica, emergió un concepto totalmente nuevo del universo. Cuando la teoría de la relatividad de Einstein reveló la relación interna entre la masa y la energía, él mismo descubrió de repente que los nuevos descubrimientos de la ciencia estaban estable-

ciendo las enseñanzas de la Escritura. Los hechos del universo están siendo crecientemente apoyados por los hallazgos de la ciencia, y las consecuencias de esto son incalculables.³ Vivimos en un tiempo en que hay la idea popular de que no existe un Dios ante el cual los hombres sean responsables. Creo que este pensamiento es básicamente el responsable de la enorme incidencia de crímenes, asesinatos, violaciones, robos y de todo el mal civil concebible a que se enfrenta la sociedad de nuestro día. He oído a numerosos hombres, que supuestamente están informados sobre el tema, discutir una variedad de remedios para la situación, y me asombra su increíble ceguera. Parece que ninguno de ellos se da cuenta de que es la agresiva negación del Dios de la Biblia la que ha hecho que los hombres se vuelvan crecientemente animalistas. Enséñese a los hombres que son animalistas, y con el tiempo actuarán como animales.

E. L. Woodward, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Oxford, afirma: "Los valores de nuestra herencia occidental: la justicia, la misericordia, la bondad, la tolerancia, la abnegación, son incompatibles con el materialismo. . ."⁴ El materialismo es el concepto del universo según el cual no existe sino la materia: no existe alma, ni espíritu, ni Dios. "Permítaseme usar una frase bien desgastada con respecto al Estado (que él toma de Marx), estos valores se marchitarán en una cultura materialista." Más adelante dice que "no tiene sentido hablar acerca de los 'derechos' humanos en una sociedad materialista; de igual modo uno pudiera hacerle un llamamiento moral al océano Atlántico".

¿Han refutado los científicos la existencia de Dios? No hay rama de la ciencia que examine una porción mayor de la creación de Dios que los astrónomos. Las Escrituras dicen: "Los cielos cuentan la gloria de Dios.

y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Salmo 19:1). "Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo" (Romanos 1:20). ¡El 90 por ciento de todos los astrónomos de hoy creen en Dios! Los que han examinado más completamente la obra de sus manos creen en Dios. Este es un porcentaje mayor que el que se halla entre los carniceros, panaderos o fabricantes de candeleros. Los que han examinado de la manera más asidua el universo, y hasta la distancia más lejana que el hombre haya podido ver, han llegado a la conclusión de que la mano que lo hizo es divina.

Pierre Simon de la Place, uno de nuestros astrónomos más grandes, dijo que la prueba en favor de un Dios inteligente como autor de la creación estaba como la infinidad frente a la unidad contra cualquiera otra hipótesis de causación final; que era infinitamente más probable que un conjunto de utensilios de escritura lanzados desordenadamente sobre el pergamino produjeran la *Iliada* de Homero, que no que la creación la hubiera originado cualquiera otra causa fuera de Dios. Esta evidencia a favor de Dios en oposición a las evidencias que se presentan contra El como Creador del universo, es como la infinidad contra uno. Ni siquiera podría medirse.⁵

Existen muchos argumentos diferentes sobre la existencia de Dios. Hay uno que se conoce con el nombre de *argumento cosmológico*. Aunque Kant y Hume dirigieron sus ataques contra varios de los argumentos clásicos que hay en favor de la existencia de Dios, lo hicieron sin evidencias adecuadas y sin suficientes pruebas para refutarlos. Puesto que las diversas pruebas teístas no son matemáticas (realmente son argumentos de probabilidad abrumadora), estos argumentos aún permanecen, y la mente de la

criatura aún reconoce en ellos evidencias del Creador divino. Sir James Jeans, uno de los más grandes astrónomos modernos, dijo que cuando más examinaba las inmensas expansiones del espacio y la tremenda complejidad de estas cosas, tanto más parecía el universo ser un gigantesco pensamiento de un gran matemático.

El argumento cosmológico deriva su nombre del término *cosmos*, que significa el universo y del cual nos viene nuestra palabra *cosmético*. Significa ordenado y bello. Dentro del universo hay tantísimas evidencias de orden, que sería imposible enumerarlas todas. La física cuántica ha demostrado que, a nivel de las partículas subatómicas, hay un irresistible impulso de los electrones hacia la simetría, y que existe un asombroso aspecto cosmético, es decir de orden y belleza, en el universo. Un autor dijo que la naturaleza es un gran arquitecto, dando a entender con eso que la naturaleza es Dios. Que es también un gran astrónomo, un gran químico, un gran fisiólogo, un gran sicólogo y un gran matemático, demostrando así un increíble conocimiento de los hechos de las diversas ciencias que la humanidad conoce actualmente, ciencias que han afirmado todas ellas la misma cosa.

También está el *argumento teleológico*. La palabra griega *telos* significa finalidad; de modo que la teleología es aquel concepto de la filosofía que ve que en el universo todas las cosas están destinadas para un propósito, para una finalidad. Los ateos y los evolucionistas (casi invariablemente deben de ser los mismos) detestan las palabras *propósitos* o teleología, porque creen que el mundo no tiene propósito. Creen que todo es un gigantesco accidente, simplemente la concatenación de átomos que por casualidad se unieron, al azar. Aun cuando la gente puede decir que las cosas existen de una manera increíblemente

compleja, y que ésa es la única razón por la cual estamos aquí, es difícil que la mente humana haga caso omiso del fantástico número de evidencias de que Alguien ha estado proveyendo para nuestro bienestar.

Consideremos la masa y el tamaño de este planeta en que hemos sido colocados. Son justamente los correctos. El doctor Wallace dice que si la tierra fuera un diez por ciento mayor o menor de lo que es, no sería posible la vida en este planeta. Además, está justamente a la distancia correcta del Sol, y así recibimos la cantidad correcta de calor y de luz. Si la tierra estuviera más lejos de él, nos congelaríamos; y si estuviera más cerca, como a la distancia a que están Mercurio o Venus, no podríamos sobrevivir.⁶

Consideremos el asombroso hecho de la inclinación del eje de la Tierra. Ninguno de los otros planetas está inclinado como el nuestro: a 23 grados. Este ángulo permite que la Tierra voltee lentamente todas las partes de su superficie ante los rayos del Sol, en forma muy parecida a como gira un pollo en un asador. Si su eje no tuviera inclinación, se acumularían grandes masas de hielo en los polos, y la parte central de la tierra se volvería intensamente caliente.

Otro sorprendente aspecto de nuestra relación con el sistema solar es nuestra Luna. Muchas personas no comprenden que sin la Luna sería imposible vivir en este planeta. Si alguien tuviera alguna vez el éxito de sacar a la Luna de su órbita, toda la vida se acabaría en este planeta. Dios ha provisto la Luna como una sierva para que limpie los océanos y las costas de todos los continentes. Sin las mareas que crea la Luna, todos nuestros puertos y playas se convertirían en un pozo hediondo lleno de basura, y sería imposible vivir cerca de ellos en ningún lugar. A causa de la marea, continuas olas rompen en las costas del océano, con lo

cual airean los océanos de este planeta y proveen oxígeno para el plancton, que es el fundamento mismo de la cadena alimenticia de nuestro mundo. Sin el plancton, no habría oxígeno, y el hombre no podría vivir en esta tierra. Dios hizo la Luna del tamaño preciso y la colocó a la distancia conveniente de la tierra para que realizara estas y otras numerosas funciones.

Tenemos la maravilla de nuestra atmósfera. Vivimos bajo un gran océano de aire compuesto de un 78 por ciento de nitrógeno, un 21 por ciento de oxígeno y el 1 por ciento restante, de casi una docena de microelementos. Los estudios espectrográficos de otros planetas del universo estelar demuestran que ninguna otra atmósfera, ninguna otra parte del universo conocido, está compuesta de estos mismos ingredientes, ni de nada que se parezca a esta composición. Estos elementos no están combinados químicamente, sino que se mezclan mecánicamente en forma continua, mediante los efectos de marea que la Luna produce sobre la atmósfera. La Luna produce el mismo efecto sobre la atmósfera que sobre los mares, y siempre provee la misma cantidad de oxígeno. Aunque el hombre descarga una tremenda cantidad de dióxido de carbono en la atmósfera, éste es absorbido por el océano, y el hombre puede continuar viviendo en este planeta.

Si la atmósfera no tuviera el espesor que tiene, los miles de millones de meteoritos y de trozos de desechos cósmicos que caen continuamente sobre nuestro planeta, nos triturarían de seguro.

Luego tenemos el asombroso ciclo del nitrógeno. El nitrógeno es un elemento sumamente inerte. Si no fuera así, seríamos envenenados por diferentes formas de combinaciones nitrosas. Sin embargo, debido a que es inerte, es imposible que consigamos combi-

narlo naturalmente con otras cosas. Las plantas definitivamente lo necesitan en la tierra. ¿Cómo hace Dios para sacar el nitrógeno del aire y meterlo en la tierra? ¡Lo hace por medio de los relámpagos! Cien mil relámpagos caen en este planeta diariamente, y crean cien millones de toneladas de nitrógeno útil como alimento de las plantas en el suelo todos los años.

A unos 60 kilómetros de altura existe una delgada capa de ozono. Si estuviera comprimida, sólo mediría unos seis milímetros de espesor, y sin embargo, sin esa capa la vida no podría existir. Ocho tipos de rayos mortales caen continuamente sobre este planeta procedentes del Sol. Sin esa capa de ozono, esos rayos solares nos quemarían, nos cegarían y nos asarían en sólo uno o dos días. Los rayos ultravioletas vienen en dos formas: los rayos largos, que son mortíferos y de los cuales nos protege la capa de ozono, y los rayos cortos, que son necesarios para la vida en la tierra y que son admitidos por dicha capa. Además la capa de ozono permite que los más mortales de esos rayos pasen en cantidad muy mínima, suficiente para que maten las algas verdes, que de otro modo crecerían y llenarían todos los lagos, ríos y océanos del mundo.

¡Cuán poco entendemos lo que Dios está haciendo continuamente para proveernos la vida! Vemos que nos vivimos con una delgadísima capa de ozono que nos protege de un bombardeo mortal invisible, que constantemente se cierne sobre nuestras cabezas. Debajo de nosotros hay una delgada corteza de rocas, comparativamente más delgada que la piel de una manzana. Debajo de ella está la lava derretida que forma el núcleo de esta tierra. Así que el hombre vive entre los ardientes y ennegrecedores rayos de arriba y la lava derretida de abajo; cualquiera de los dos podría dejarlo achicharrado. Sin embargo, al hombre se le olvida totalmente que Dios ha arreglado las cosas de

tal modo que pueda existir en un mundo como éste.

También tenemos la maravilla del agua. En ninguna otra parte del universo hallamos agua en abundancia, excepto acá en la Tierra. El agua, un maravilloso solvente, disuelve casi cualquier cosa en esta tierra, con excepción de aquellas cosas que sostienen la vida. Este asombroso líquido existe como hielo, que resquebraja las piedras y produce suelo. Como nieve, almacena agua en los valles. Como lluvia, riega y purifica la tierra. Como vapor en la naturaleza, provee humedad para la mayor parte de tierras arables. Existe como cubierta de nubes, precisamente en la cantidad correcta. Si tuviéramos nubes como Venus, la Tierra no podría existir. Pero tenemos exactamente el 50 por ciento de la superficie de la tierra cubierta de nubes en cualquier tiempo, lo cual permite que pase la correcta cantidad de luz solar. Como vapor a presión, mueve la poderosa maquinaria que tenemos acá en la tierra. Fuera del bismuto, es el único líquido que, a la temperatura de 4 grados centígrados es más pesado que cuando está congelado. Si esto no fuera así, la vida no podría existir sobre este planeta. Por tanto, cuando se congela, es más liviana y flota. Si no fuera así, los lagos y ríos se congelarían desde el fondo hacia arriba y matarían todos los peces. Las algas quedarían destruidas y nuestra provisión de oxígeno se acabaría, y la humanidad moriría.

Aun el polvo realiza una increíble función a favor de la humanidad. Si no fuera por el polvo, nunca veríamos el cielo azul. A 27 kilómetros por encima de este planeta, no hay polvo de la tierra, y el cielo es siempre negro. Si no fuera por el polvo, nunca llovería. Una gota de lluvia se compone de ocho millones de minúsculas gotitas de agua, y cada una de esas gotitas envuelve una ínfima partícula de polvo.

Sin éstas, el mundo se resecaría y la vida dejaría de existir.

Dentro de los seres humanos, hay muchas cosas que nos dicen que fuimos hechos por Dios. Nuestra vida está basada en la sangre que fluye por nuestras venas. El maravilloso glóbulo rojo, que es creado en la médula de los huesos, inmediatamente entrega su núcleo cuando llega al torrente sanguíneo. Para cualquier otra célula, esto significaría la muerte, como si se le sacara el corazón a un hombre. El glóbulo rojo está formado como una rosquita, con una finísima membrana que le cubre el orificio. Sin el núcleo puede llevar más oxígeno al cuerpo, debido a esa membrana y a la forma de la célula. Si tuviera la forma de otras células, se necesitaría multiplicar el número de glóbulos rojos por nueve, para proveer el oxígeno que necesita el cuerpo humano.

¡Tenemos también la maravilla de maravillas: el ojo humano! ¿Cómo podría alguna persona observar un ojo humano y suponer que apareció por casualidad? Los evolucionistas nos dicen que, donde hay necesidad, la naturaleza proveerá lo que se necesita. ¿Puede imaginar usted que nosotros necesitábamos visión? Nadie había visto jamás nada, pero había necesidad de ver algo. Así que la naturaleza creó el ojo. Imagínese, creó dos ojos en un plano horizontal, de tal modo que no sólo viéramos, sino que también tuviéramos un telémetro para determinar distancia.

¿Se ha preguntado usted qué les ocurre a las lágrimas que continuamente fluyen por el ojo? El doctor William Paley escribió una obra clásica titulada *Natural Theology* (Teología natural), en la cual hace un estudio del ojo. "A fin de mantener el ojo húmedo y limpio, cualidades que le son necesarias para su brillantez y su uso, se le aplica constantemente un lavamiento mediante una secreción que tiene ese

propósito; y la salmuera superflua es llevada hacia la nariz a través de una perforación que hay en el hueso, que tiene el tamaño del cañón de una pluma de ganso. Tan pronto como este fluido entra en la nariz, se extiende sobre la parte interna de las fosas nasales, y es evaporado por la corriente de aire tibio que en el curso de la respiración pasa continuamente sobre él. . . Fácilmente se percibe que el ojo tiene que necesitar humedad; ¿pero pudiera la necesidad del ojo generar la glándula que produce las lágrimas, o taladrar el orificio por el cual las mismas se descargan, que es un pasadizo a través de un hueso?"⁷ Que los ateos y los evolucionistas nos digan quién taladró el orificio en el hueso, y colocó allí un tubo de agua para la dispersión de las lágrimas.

Sir Charles Scott Sherrington, famoso fisiólogo inglés de la Universidad de Oxford, que escribió una obra clásica sobre el ojo humano, dijo: "Detrás del intrincado mecanismo del ojo humano hay asombrosas vislumbres de un plan maestro."⁸ Cuando se lo confronta con la oscuridad, el ojo humano aumenta unas 100.000 veces su capacidad para ver. La cámara más complicada que jamás se haya hecho, ni siquiera vagamente se acerca a ese punto, pero el ojo humano lo hace automáticamente. Además, el ojo hallará el objeto que quiere ver, y lo enfocará automáticamente. El mismo se ampliará o se comprimirá. Al moverse conjuntamente los dos ojos, cada uno tiene que tomar un ángulo diferente para fijarse en lo que ha de verse. Según la evolución entonces, cuando el ojo estuvo listo para crearse a sí mismo, también tuvo la provisión de protegerse, y se construyó a sí mismo debajo del saliente óseo de la ceja, y también proveyó una nariz en la cual colocar los lentes que la mayoría necesitamos. Luego proveyó un obturador para protegerse de cualquier objeto extraño.

Por último, pudiéramos mencionar la increíblemente del hombre. Sir Henry Fairfield Osborn, el notable antropólogo moderno, dijo: "Para mí, el cerebro humano es el objeto más maravilloso y misterioso de todo el universo." Sólo pesa alrededor de un kilogramo y medio, y puede realizar lo que no pueden hacer 500 toneladas de equipos eléctricos y electrónicos. Contiene entre 10.000 y 15.000 millones de neuronas, cada una de las cuales es una unidad viviente en sí, y realiza hazañas que abruman del todo la mente.⁹ El doctor H.M. Morris dijo: "Por tanto, los hombres que rechazan a Dios, o no lo toman en cuenta, no lo hacen porque la ciencia o la razón así lo requieren, ¡sino pura y simplemente porque ellos así lo quieren!"¹⁰

La Escritura dice: "Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen" (Romanos 1:28).

No sólo son éstas razones convincentes en cuanto a la existencia de Dios; sino que yo creo en Dios por lo que creo en Jesucristo. Las profecías, el nacimiento, la vida, los milagros, las enseñanzas, la muerte y la resurrección de Jesucristo, y su continua reafirmación de lo que El dijo que haría, son hechos que me convencen de que Dios vive, y que Dios vivió en Jesucristo, y que aun ahora puede transformar a la gente.

En su libro *Through the valley of the Kwai* (Por el valle del Kwai), un éxito de librería, Ernest Gordon habla acerca de los soldados estadounidenses capturados por los japoneses en la península de Malaca, que fueron torturados y sometidos a la pena del hambre. Se convirtieron en un grupo de animales que arañaban, peleaban y se robaban los alimentos unos a otros. Finalmente, las cosas se pusieron tan malas que

decidieron comenzar a leer el Nuevo Testamento. Conforme Ernest Gordon, un graduado universitario, les oía las palabras del Nuevo Testamento, esos hombres se fueron convirtiendo al Dios viviente por medio de Jesucristo. Esa comunidad de animales quedó transformada en una comunidad de amor, porque Dios vive, y vive en Jesucristo. Cristo está dispuesto a vivir en los corazones de los que creen en El. Este gozo, esta paz, esta vida transformada y esta seguridad de vida eterna constituyen lo que Cristo ofrece a aquellos que confían en su muerte expiatoria.

¿Qué tiene el incrédulo que ofrecer? Uno de esos incrédulos, W.O. Saunders, escribió en la publicación *American Magazine*: "Quiero presentarles a uno de los individuos más solitarios e infelices de la tierra. Estoy hablando del hombre que no cree en Dios. Puedo presentarles a tal hombre, pues yo mismo soy incrédulo, y al presentarme a mí mismo, usted será presentado al agnóstico o al escéptico de su propio vecindario pues ellos están en todas partes. Se sorprenderá usted al saber que el agnóstico envidia la fe de usted en Dios, su firme creencia en un cielo después de la vida, y la bendita seguridad que usted tiene de que se encontrará con sus seres amados en la vida subsiguiente a la muerte, donde no habrá más tristeza ni dolor. El agnóstico daría cualquier cosa para poder abrazar esa fe y ser consolado por ella. Para él sólo hay el sepulcro y la persistencia de la materia. Después de la tumba, lo único que puede ver es la desintegración del protoplasma y del citoplasma, de los cuales se componen mi cuerpo y mi personalidad. Pero en este concepto materialista, no hallo éxtasis ni felicidad.

"El agnóstico puede enfrentarse a la vida con una sonrisa y una actitud heroica. Puede presentar una

frente de valiente, pero no es feliz. Siente terror y reverencia ante la inmensidad y majestad del universo, sin saber de dónde vino, ni por qué. Se consterna ante lo estupendo del espacio y lo infinito del tiempo; se siente humillado por la infinita pequeñez de sí mismo, pues reconoce su fragilidad, debilidad y benignidad. Ciertamente, algunas veces suspira por tener algún bastón que le sirva de soporte. El también lleva una cruz. Para él, esta tierra no es sino una mañosa balsa que marcha a la deriva en las aguas insondables de la eternidad, sin ningún horizonte a la vista. Le duele el corazón por cada vida preciosa que va embarcada en dicha balsa, siempre a la deriva, sin que nadie sepa hacia dónde.”¹¹

Yo creo en Dios. Sin embargo, creer en El no es suficiente, pues aun el diablo cree en Dios y tiembla. Es necesario no sólo creer que El existe, sino que creamos que El se encarnó en Jesucristo, y que murió por nuestros pecados. Es necesario que creamos y que nos arrepintamos de nuestros pecados, que nos postremos a sus pies y pongamos nuestra confianza en El: en su muerte expiatoria para darnos la salvación. Si no hacemos esto, tendremos que enfrentarnos a El como nuestro airado Juez en aquel gran día. Creo en El y sé que está vivo. Vive en mi corazón, y me ha dado la seguridad de que viviré con El para siempre. Deseo sinceramente que usted también pueda tener esta seguridad, si aún no la tiene. ¿Ha confiado *usted* en El?

4

Por qué creo en la creación

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

Génesis 1:1

Vivimos en un tiempo en que sólo hay dos religiones que compiten por la mente, el corazón y la lealtad de los hombres inteligentes del hemisferio occidental. El futuro de este mundo, desde el punto de vista humano, será determinado por el hombre inteligente de Occidente. Una de esas religiones es el cristianismo; la otra es la evolución. Cualquiera que no comprenda que la evolución es una religión, no sabe mucho acerca de ese tema. Es una religión sostenida apasionadamente por sus devotos. Oigamos lo que algunos evolucionistas conocidos, todos científicos altamente colocados en el mundo, dicen. El profesor Louis T. More, uno de los evolucionistas que más hablan, dice: “Cuanto más estudia uno la paleontología (los documentos fósiles), tanto más seguro llega a estar de que la evolución se basa sólo en la fe.”¹ El profesor D.M.S. Watson, famoso evolucionista, hizo la notable observación de que la evolución es una teoría universalmente aceptada, “no porque se haya observado que ha ocurrido, ni porque pueda probarse que sea cierta mediante evidencias lógicamente coherentes, sino porque la única alternativa, la creación especial, es claramente increíble.”² Para la mente reprobada, la mente no regenerada, la creación es increíble, porque requiere fe en un Creador, y eso es

totalmente inaceptable para hombres como éstos. Un famoso evolucionista británico, Sir Arthur Keith, es igualmente franco en su admisión. Dice: “La evolución no está probada y es improbable. La creemos porque la única alternativa es la creación especial, la cual es inconcebible.”³

¿Qué ocurriría si yo me parase frente a mi congregación y le dijera: “Amigos míos, el cristianismo no está probado y es improbable, pero aun así, ustedes deben creerlo”? Se levantarían y saldrían caminando, y con razón. Pero ésa es la manera en que los hombres aceptan la evolución.

El profesor David Allbrook, profesor de anatomía en la Universidad de Australia Occidental, dice que la evolución es “un postulado científico de fe honrado por el tiempo.”⁴ Muchísimas personas han sido llevadas hasta el punto de creer que la evolución es un hecho. Pero no lo es. El doctor Duane Gish, notable biólogo, dice: “La evolución es un cuento de hadas para adultos”. Para mí, es exactamente eso. En los *Cuentos de hadas de Grimms*, alguien besa a una rana, y en dos segundos ésta se convierte en príncipe. Ese es un cuento de hadas. En la evolución, alguien besa a una rana, y en dos millones de años ésta se convierte en un príncipe. Y a eso lo llaman ciencia. Es simplemente una fe.

Robert T. Clark y James D. Bales escribieron un libro muy interesante y fuertemente documentado, titulado *Why Scientists Accept Evolution* (Por qué los científicos aceptan la evolución). Contiene numerosas cartas escritas por Darwin, Huxley, Spencer y otros primitivos evolucionistas. Señala que estos hombres indicaron en sus cartas, por admisión propia, que saltaron a la doctrina de la evolución a causa de su hostilidad hacia Dios y su prejuicio contra lo sobrenatural.⁵ Sir Julian Huxley, uno de los principales

evolucionistas del mundo, jefe de la UNESCO, descendiente de Thomas Huxley — ayudante abnegado de Darwin —, dijo en un espectáculo público: “Supongo que la razón por la cual saltamos a *El origen de las especies* fue que el concepto de Dios interfería en nuestra moral sexual.”⁶

Probablemente la razón más prevaleciente por la cual el hombre común cree en la evolución, es que se le dice que todos los científicos creen en ella. Sin embargo, un artículo publicado hace poco en un periódico indicaba que un grupo de más de 500 científicos descreía la evolución completamente, en cada una de sus facetas. Uno de los científicos más prominentes del mundo, Sir Cecil Wakeley, cuyas credenciales son bastante impresionantes — Caballero Comendador del Imperio Británico, Caballero de la Orden del Baño, Doctor en Leyes, Maestro en Cirugía, Doctor en Ciencias, Miembro del Colegio Real de Cirujanos, ex presidente del Colegio Real de Cirujanos de la Gran Bretaña —, dijo: “La Escritura es muy definida en el sentido de que Dios creó el mundo, y yo en primer lugar creo que eso es un hecho, no una ficción. No hay evidencias, científicas ni de ninguna otra clase, que apoyen la teoría de la evolución.”⁷ Un científico tan famoso como Sir Ambrose Fleming la rechaza completamente; y lo mismo hace el científico de la Universidad de Harvard, Louis Agassiz, probablemente uno de los más grandes científicos que los Estados Unidos de América hayan producido.

En el primer capítulo del libro del Génesis hay una asombrosa declaración, que data de 3.500 años atrás, sobre la creación divina del universo. Pero debe señalarse que no es posible combinar la Biblia con la evolución, como algunos quieren. Creo que se empeñan en este compromiso sólo porque piensan que la

ciencia ha probado la evolución, y creen que tienen que moldear la Escritura como si fuera un poco de masilla hasta conformarla con la evolución. Aquellos que son evolucionistas se ríen de la idea de que se pueda combinar la evolución con la Biblia. Thomas Huxley, probablemente el más famoso proponente de la evolución que jamás haya vivido, declaró: "Está claro que la doctrina de la evolución es directamente antagónica con la doctrina de la creación. . . Si se acepta la evolución consecuentemente, eso hace imposible creer en la Biblia."⁸

La evolución es la religión del moderno hombre incrédulo, y ha sido el fundamento pseudocientífico de todo "ismo" falso y anticristiano que ha surgido en los últimos cien años. Por ejemplo, considérese el nazismo. Hitler aceptó las perogrulladas evolucionarias de Nietzsche: la idea de una raza superior. "La preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida", subtítulo del libro de Darwin, tuvo que ver con la supervivencia de la raza más apta. La raza superior de Hitler fue simplemente una consecuencia del pensamiento evolucionista. Mussolini, que frecuentemente citaba a Darwin en consignas para atraer la atención, dijo que la idea de la paz era repugnante para la idea de la supervivencia del más apto y para el progreso de la raza; que la guerra era necesaria para la supervivencia del más apto.

Es bien sabido que Carlos Marx le pidió a Darwin que escribiera la introducción para su libro *El capital*, ya que pensaba que Darwin había provisto el fundamento científico para el comunismo. En todo el mundo, los que están promoviendo la conspiración comunista, también están promoviendo un concepto evolucionista, imperialista y naturalista de la vida, empeñados en sacar a empellones fuera del cosmos al Creador.

En el primer capítulo del Génesis, se usa tres veces el término hebreo *bara*, que indica la creación directa de Dios. Se usa, en primer lugar, con respecto a la creación de la materia: el cosmo material. En segundo lugar, se usa con respecto a la creación de la vida; y en tercer lugar, con respecto a la creación del hombre.

Todos los pilares sobre los que ha estado asentada la evolución, hoy se están derrumbando y desmoronando y más y más científicos se suman a la rebelión. El principal científico de hoy en Francia, autor de una enciclopedia de zoología de 18 volúmenes, cuyo conocimiento de zoología, según el evolucionista Theodosius Dobzhansky, es absolutamente enciclopédico, hace seis años presentó un ataque que demolió la evolución en todos los frentes. Dobzhansky dice que, aunque podemos no estar de acuerdo con él, ciertamente no podemos pasarlo por alto, a causa de que su conocimiento es absolutamente asombroso. Esto resulta interesante, pues hasta hace poco había sido muy difícil que cualquier científico hiciera declaraciones antievolucionistas, ante la tremenda presión que se ha venido ejerciendo sobre ellos.

Consideremos uno de los tres usos del término *bara* el que se refiere a la creación del universo material. Este es un problema que los evolucionistas nunca resolvieron. Los astrónomos, en su mayor parte, creen en la teoría de la "gran explosión": una vez el universo era un único inmenso trozo de materia condensada, y luego hizo una explosión que está mucho más allá de nuestra comprensión. Fue una explosión que lanzó partículas del tamaño de la Vía Láctea, nuestra galaxia. Esas partículas avanzan velozmente hacia el espacio exterior. Si esto fuera cierto, ello indicaría que el universo no es eterno, sino que tuvo un principio. Para vencer esta dificultad, ellos dicen que tal expansión disminuirá su velocidad y

finalmente se detendrá. Entonces la gravedad volvería a atraer el universo hasta unirlo, y así oscilaría hacia la expansión y hacia la retracción por toda la eternidad, recreándose a sí mismo.

¿Qué dice la ciencia en cuanto a esto? Un artículo que apareció en la sección científica de la revista *Time* en estos últimos dos años, dijo con respecto al universo infinito: “La semana pasada, luego de años de estudio y cálculos, dos respetados astrónomos californianos, Allan Sandage y James Gunn, hicieron anuncios separados, pero similares: El universo continuará expandiéndose para siempre.” Sandage, de los Observatorios Hale, basando sus conclusiones en 15 años de observación cuidadosa de las galaxias distantes, nota que las mediciones de la cuantía que la luz de esas galaxias ha variado hacia el extremo rojo del espectro, indica que de ningún modo las mismas están disminuyendo la velocidad, sino acelerando. Así que no hay posibilidad de que alguna vez regresen. Y algo más importante aún: las mediciones de la variación roja de las galaxias cercanas no dieron indicación alguna ni de la más leve disminución gravitacional en la velocidad de la carrera de las galaxias hacia el espacio exterior. “Es una terrible sorpresa”, dice Sandage, quien durante años ha sido un proponente principal de la idea de que algún día el universo se cerraría sobre sí mismo. Estos dos hombres esperan que la conclusión a que han llegado estimule una tormenta de protestas.

Gunn y Gustav Tammann, que realizaron su investigación en el telescopio de 200 pulgadas (5.08 m) del observatorio de Monte Palomar, dicen que los argumentos en favor del universo cerrado son casi “de naturaleza teológica.”⁹ La gente se aferra a ellos apasionadamente porque, si los abandonan, tienen que reconocer entonces un comienzo del universo. Y

junto con ese principio, tiene que haber un Creador, un Dios, ante el cual tienen que dar cuenta. “Esta expansión es una conclusión tan extraña — dijo Gunn — que la primera suposición de uno es que no puede ser cierta, y sin embargo, es el hecho principal.”¹⁰ Y para ese hecho principal de la astronomía moderna — según el cual el universo tuvo un comienzo —, los evolucionistas no tienen ahora ninguna clase de explicación.

Luego, consideremos la creación de la vida. Darwin se refirió repetidamente a la célula simple. Con los rudimentarios microscopios de que se disponía en su tiempo, la célula simple se parecía un poco a una minúscula pelota de baloncesto con una semilla en el centro de ella. Pero ahora se sabe que la célula humana es fantásticamente compleja, y está compuesta de centenares de miles de moléculas más pequeñas de proteínas. El paleontólogo George Gaylord Simpson, de la Universidad de Harvard, nos dice que la sola molécula de proteína es la sustancia más complicada que conoce la humanidad. Una célula simple es tan infinitamente compleja, que sobrecoge las mentes de los científicos que la han estudiado.

Recientemente se ha desarrollado una nueva ciencia: la ciencia de las probabilidades. El doctor James Coppedge, Doctor en Filosofía, director del Centro de Investigaciones Sobre las Probabilidades en Biología, de California, aplicó todas las leyes de los estudios de probabilidades a la posibilidad de que una célula simple llegara a la existencia por casualidad. De la misma manera aplicó todas las leyes a una sola molécula de proteína, y aun a un solo gen. Sus descubrimientos son revolucionarios. El computó un mundo en que toda la corteza de la tierra estuvo disponible: todos los océanos, todos los átomos y la corteza total. Luego hizo que estos aminoácidos se

ligaran a un ritmo de un billón y medio de veces más rápido de lo que lo hacen en la naturaleza. Al computar las posibilidades, descubrió que para producir una sola molécula de proteína mediante combinación casual se necesitaría un número de años que se expresa de la siguiente manera: 10^{262} . La mayoría de nosotros no tenemos la menor idea de lo que esto significa. Para lograr una célula simple — la célula viva más pequeña que conoce la humanidad —, que se llama el *microplasma hominis H 39*, se necesitaría un número de años que se expresa con la siguiente potencia: $10^{119.841}$. Eso significa que si usted tomara delgadísimas hojas de papel y escribiera el número 1, y a continuación ceros y ceros, se llenaría de papel todo el universo conocido antes de siquiera poder escribir ese número por completo. ¡Y ese número es el que indica cuántos años se necesitarían para hacer una célula viviente, más pequeña que cualquier célula humana!

Al tratar de explicarnos el tiempo que se necesitaría para que se produjera por accidente un gen útil, el doctor Coppedge sugirió que imagináramos a una sola ameba que tratase de llevar todo el universo conocido, átomo por átomo, a través de toda la anchura del universo (que los astrónomos estiman que es de unos 30.000 millones de años de luz). ¿A qué velocidad realizaría tan estupenda tarea este energético animal unicelular que nunca muere? El doctor Coppedge redujo su velocidad a lo más lento posible, es decir un angstrom (unidad de longitud de un cienmillonésimo de centímetro) cada 15.000 millones de años. Esto significa que la ameba viajaría lo que es la anchura del átomo más pequeño que se conoce, el del hidrógeno, en todo el tiempo que supuestamente ha existido el universo; es decir, en 15.000 millones de años. A esta velocidad increíblemente lenta, ¿cuán-

to tiempo necesitaría nuestra superresistente ameba para mover el universo entero a través de la anchura de un universo? Los requerimientos de tiempo para tal tarea transgaláctica perturban la mente. Sin embargo, antes que pudiera producirse por casualidad un gen útil, nuestra infatigable ameba no sólo habría trasladado todo el universo, átomo, por átomo, sino que habría trasladado más universos que los que pudieran contar los cuatro mil millones de personas que viven en este planeta, si cada uno de ellos contara tan rápido como le fuera posible, durante las 24 horas del día, todos los días, durante los próximos 5000 años. Sin embargo, los evolucionistas quieren que creamos que cosas inmensamente más complejas que ésta ocurrieron de repente.¹¹

Emile Borel, el gran científico francés y experto en el cálculo de probabilidades, señala que si alguna cosa a nivel cósmico tiene una probabilidad que esté en proporción de más de 10^{50} a 1, nunca ocurrirá. La posibilidad de que se produzca una célula humana por casualidad está en proporción de $10^{119.000}$ a 1, número que ni siquiera podemos comprender. Según los científicos de las probabilidades, eso nunca podría ocurrir. Lo mismo es cierto con respecto a cualquier otro desarrollo, incluso el del hombre. Se nos dice que, de algún modo, en los últimos dos mil millones de años, no sólo ocurrió esto, sino que la célula simple evolucionó hasta convertirse en toda clase de criatura viviente; que todos los seres vivos evolucionaron de esa única célula simple.¹²

Thomas Huxley dijo: “La evidencia primaria y directa en favor de la evolución sólo puede ofrecerla la paleontología. . . Si la evolución ocurrió, sus marcas habrán quedado; si no ocurrió, tendrá su refutación.”¹³ Este gran evolucionista dice que sólo en la

paleontología, en el registro de los fósiles, será probada la evolución.

“La investigación geológica. . . no ofrece el número infinito de finas gradaciones entre las especies pasadas y presentes que se requieren.”¹⁴ El autor de esta afirmación fue Charles Darwin.

George Gaylord Simpson, de la Universidad de Harvard, el sumo sacerdote de la evolución hoy, declaró: “A pesar de estos ejemplos, sigue siendo cierto, como todo paleontólogo lo sabe, que la mayoría de las nuevas especies, géneros y familias, y casi todas las categorías que están por encima del nivel de familias, aparecen registradas de repente, y no en el orden de transición conocido, gradual, completamente continuo.”¹⁵ Sabemos que en el estrato de roca perteneciente al período cambriano, todos los animales invertebrados del mundo aparecen de repente como criaturas completamente complejas, sin que antes de ellos hubiera antepasado alguno, hecho que es totalmente inexplicable para los evolucionistas.

Un científico llamado Richard Goldschmidt señala que es imposible que las micromutaciones formen alguna nueva especie. En su libro *Theoretical Genetics* (Genética teórica), él dijo: “Es cierto que nadie hasta ahora ha producido ninguna nueva especie, o género, etc., mediante la macromutación. Igualmente es cierto que nadie ha producido ni siquiera una especie mediante la selección de las micromutaciones.” De hecho, abandona la posibilidad de formar alguna vez lentamente nuevas especies, de tal modo que va a parar en lo que él mismo llama su “esperanzada teoría del monstruo”.¹⁶ La esperanzada teoría del monstruo es simplemente que un día una lagartija puso un huevo, se echó sobre él ¡y empolló un águila!

Si usted cree que eso es asombroso, un científico llamado Geoffrey Bourne declaró recientemente que

su examen de hombres y simios lo había llevado a la definida conclusión de que los simios evolucionaron de los hombres. Otro científico, B. C. Nelson, al examinar las similitudes que hay en la sangre de diversos animales, llegó a la conclusión de que el cerdo, y no el simio, es el pariente más cercano del ser humano.¹⁷ Si esas diferentes conclusiones se pueden deducir de las mismas evidencias, ¿qué clase de evidencias se están considerando?

El profesor Enoch, zoólogo de la Universidad de Madrás, dijo: “Los hechos de la paleontología parecen apoyar la creación y el diluvio, más bien que la evolución. Por ejemplo, *todos los principales grupos de invertebrados aparecen ‘de repente’* en el primer estrato fosilífero (el cambriano) de la tierra, con sus distintas especializaciones, lo cual indica que todos fueron creados casi al mismo tiempo.”¹⁸

El vocero evolucionista T.H. Morgan, en su libro *Evolution and Adaptation* (Evolución y adaptación), dijo: “Dentro del período de la historia humana no conocemos ni un solo caso de transformación de una especie en otra. . . Se puede afirmar que la teoría de la descendencia carece, por tanto, del rasgo más esencial que necesita para colocarla sobre una base científica. Esto hay que admitirlo.” Ni un solo ejemplo, y sin embargo, Huxley afirma que, si allí no hay ninguna evidencia, no se la hallará en ninguna parte.

¡Pero allí no hay ninguna! Algunos de los más grandes científicos del mundo consideran la evolución como algo absolutamente absurdo, imposible e improbable. Pese a ello, millones de personas la aceptan, porque les han lavado el cerebro para que piensen que es cierta.

La verdad es que *Dios* lo hizo a usted y me hizo a mí. Un día daremos cuenta a El de nuestras vidas. La Escritura dice claramente que todos nosotros hemos

transgredido su ley, y somos culpables ante sus ojos. Y, si cuando lleguemos ante su presencia somos juzgados según nuestros méritos, merecidamente seremos condenados para siempre. Esto significa que no tenemos esperanza, sino en su misericordia, y esa misericordia se manifestó en Jesucristo, su Hijo, a quien envió al mundo para que viviera en nuestro lugar y muriera por nosotros. Su Palabra declara que si ponemos nuestra fe en Cristo, El nos perdonará por gracia nuestros pecados y nos dará el don de la vida eterna. Un día tendremos que estar de pie ante nuestro Creador. Si confiamos en alguna supuesta bondad, moralidad, piedad o religiosidad que haya en nosotros mismos, no lo lograremos nunca. Corramos hacia la cruz, para ser allí vestidos con la justicia de Cristo, para que podamos comparecer sin mancha ante nuestro Creador.

5

Por qué creo en el cielo

Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

Apocalipsis 21:3, 4

Ninguna pregunta ha atormentado en forma más continua y universal la mente de hombres y mujeres que la que hizo Job hace muchísimos siglos. El libro más antiguo de la Biblia se hace eco de esta pregunta que ha brotado de los corazones de innumerables personas desde entonces: de un esposo y esposa que tomados de las manos, se han quedado mirando la cara fría de su hijito tendido en un ataúd; de los amigos, al ver el cuerpo destrozado de un soldado en acción de armas. En cada familia donde hay una silla vacía, inescapablemente han brotado de los corazones las palabras de Job: "Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?" (14:14).

Hace más de 1300 años llegaron los primeros misioneros cristianos a la región de Inglaterra llamada Northumbria. Acudieron a la corte del rey Edwin de Northumbria, y en el gran vestíbulo iluminado con la luz de muchas antorchas, con inmensos leños ardiendo en la chimenea y rodeados de canosos dignatarios, esos misioneros cristianos dieron su pri-

mer discurso sobre la fe cristiana. Cuando terminaron, uno de aquellos principales preguntó: “¿Puede esta religión nueva decirnos algo de lo que sucede después de la muerte? El alma del hombre es como un gorrión que vuela por este iluminado vestíbulo. Entra por una puerta procedente de la oscuridad externa, revolotea a través de la luz y del suave calor, y sale por la parte final internándose de nuevo en la oscuridad. ¿Puede esta nueva religión resolvernó este misterio?”¹

Yo, al menos, estoy convencido de que esta nueva religión, que ahora es vieja, es la única que puede ofrecernos una explicación segura y cierta con respecto a la vida posterior a la muerte. Creo en la inmortalidad; creo en el cielo. Las razones son múltiples. No todas tienen el mismo peso en mi mente ni en la de cualesquiera otros individuos, por supuesto, pero en conjunto constituyen los hilos de lo que creo que es una cuerda sumamente fuerte.

En primer lugar, consideremos un argumento procedente del campo científico. La primera ley de la termodinámica establece que la energía o la materia no pueden ser creadas ni destruidas. Las mismas pueden ser transformadas una en la otra, pero no pueden ser destruidas. Esto fue establecido por Einstein y fue demostrado conclusivamente en Hiroshima. Burris Jenkins lo expresó de la siguiente manera: “Según los científicos, ni un solo átomo de la creación puede dejar de existir; sólo cambia de forma. No podemos quemar nada hasta consumirlo del todo; simplemente lo cambiamos de un estado sólido a uno gaseoso. Tampoco se destruye jamás ninguna energía o fuerza; sólo se cambia de una forma a otra.”² Si el hombre deja de existir, sería la única cosa en el universo que hace eso. Por tanto,

para comenzar, hay la probabilidad de que continuemos existiendo.

En segundo lugar, consideramos la siguiente analogía de la naturaleza. Probablemente nunca se ha expresado mejor de lo que lo hizo William Jennings Bryan, en su obra *Analogies of Nature* (Analogías de la naturaleza): “Cristo nos dio pruebas de la inmortalidad, pero, con todo, no parece necesario que alguien se levante de entre los muertos para convencernos de que la tumba no es el fin. Si el Padre se digna tocar con su poder divino el corazón frío y carente de pulso de la bellota enterrada y la hace irrumpir hacia una nueva vida, ¿dejará abandonada en la tierra el alma del hombre, que fue hecha a imagen de su Creador? Si El se inclina para dar al rosal cuyas flores marchitas flotan en la brisa otoñal, la dulce seguridad de otra primavera, ¿negará El las palabras de esperanza a los hijos de los hombres cuando lleguen las escarchas del invierno? Si la materia, muda e inanimada, aunque transformada por las fuerzas de la naturaleza en una multitud de formas, no puede morir nunca, ¿sufrirá aniquilación el espíritu del hombre cuando haya cumplido su breve visita como huésped real a esta morada de barro? No, ¡estoy convencido de que hay otra vida, como lo estoy de la que vivo hoy!”³

En tercer lugar, hay un ansia universal en el ser humano por la eternidad. Puede que algunas personas nunca hayan considerado que tal anhelo no existe en el corazón de ninguna parte de la creación bruta. En su libro *After Death — What?* (Después de la muerte, ¿qué?), el doctor Madison C. Peters dice: “Los rebaños y los hatos que están sobre mil colinas, las miríadas de formas de vida de insectos, todos los seres alados y los escarabajos armoniosos, los peces que alegremente se recrean y retozan en los ríos y en los mares, todos pueden hallar el fin de su ser; ni un

solo pensamiento de anhelo futuro perturba su perfecta tranquilidad. Pero jamás es así con el hombre. Es el único que nunca está satisfecho, no importa cuál sea su riqueza, o fama, o conocimiento, o poder, o cuáles sean sus placeres terrenales. Desde el rey hasta el mendigo, 'el hombre nunca se siente dichoso, sino que siempre espera serlo'."

¿Cuál es la explicación? Creo que la Escritura nos dice claramente el hecho de que Dios puso inmortalidad — eternidad — en el pecho del hombre. De toda la creación de Dios, el hombre es el único que anhela la vida eterna. Este anhelo se halla en todas partes. Es una experiencia universal de la humanidad, que le impide aceptar ninguna otra solución para el enigma de la vida. Emerson dijo: "La evidencia deslumbrante de la inmortalidad es nuestra insatisfacción con ninguna otra solución."⁴

A dondequiera que los hombres han ido en el mundo, han hallado ciertas ideas innatas en el corazón y en la mente humanos. Estas ideas no surgen de la experiencia; están allí, son innatas; y estas ideas innatas son las que corresponden a los instintos de los animales. ¿Qué son? En todas partes hay una creencia en Dios. En todas partes hay una creencia en lo bueno y lo malo. Hay una creencia en la causa y el efecto. Hay una creencia en el tiempo y el espacio. Y hay una creencia en la inmortalidad que se halla universalmente. Ha habido algunos que han negado este hecho. El doctor Edwards hizo una exhaustiva investigación para tratar de hallar alguna tribu, aunque fuera remota, que no tuviera alguna clase de creencia en la inmortalidad. Tal creencia puede estar deformada; puede no ser más que un leve reflejo de la gloria que realmente representa esa creencia; sin embargo, por pervertida o deformada que estuviese, cada caso que halló en que algún grupo parecía no

tener ninguna creencia en la inmortalidad, se resolvió a la luz del examen posterior.

No ha habido ninguna raza de hombres sobre esta tierra, ni en el profundo corazón del Africa, ni en los mares del Sur, ni en las altas montañas, que no haya tenido fe en alguna clase de vida futura: bien sean los felices campos de caza de los indios norteamericanos, o algún palacio en el cielo, o alguna morada sensual como la de los musulmanes. ¿Cuál es la explicación? Mucho tiempo antes que se hubieran reunido las evidencias de la creencia universal, Cicerón dijo: "En todo, el consentimiento de todas las naciones debe tener en cuenta la ley de la naturaleza, y resistirla es resistir la voz de Dios."⁵

Esto se ha verificado no sólo con respecto al salvaje bruto, al supersticioso y al ignorante, sino también con respecto a las mentes filosóficas más grandes de la historia. Critón le preguntó a Sócrates, la noche de la muerte de este último: "¿Pero de qué modo quiere usted que lo sepultemos?" Sócrates replicó: "En cualquier forma que usted quiera, sólo que tiene que agarrarme bien, y tener el cuidado de que no me escape de usted." Platón, en su obra *Fedón*, presenta poderosos argumentos a favor de la creencia en la inmortalidad, como también lo hizo el filósofo Shelling y otros, tan numerosos que no es dable mencionarlos.⁶

Otros autores y poetas, como Thomas Carlyle, Thomas Jefferson, Heinrich Heine, también se expresaron sobre el tema. Goethe lo expresó de la siguiente manera: "Por muy fuertemente que estemos encadenados y atados a esta tierra por millares de apariencias, cierto anhelo íntimo nos obliga a levantar los ojos hacia el cielo; porque un sentimiento profundo e inexplicable nos da la convicción de que somos ciudadanos de otro mundo, que brilla sobre

nosotros.” Alfred Lord Tennyson dijo.

Porque aunque fuera de nuestro límite de tiempo y
lugar
la inundación lejos pueda llevarme,
cara a cara a mi Piloto espero ver
cuando haya cruzado la barrera.⁷

Byron dijo lo siguiente:

Siento que mi inmortalidad barre para siempre
todos los dolores, lágrimas y temores, y hace resonar,
como los truenos eternos del abismo,
en mis oídos esta verdad: “¡Tú vives para siempre!”⁸

En todas partes, desde las islas Fiji hasta los cuartos
de los filósofos, se ha creído que el hombre continua-
rá viviendo. Addison resumió la confianza del hom-
bre en la vida eterna:

El alma, segura de su existencia, sonrío
ante la desenfundada daga y desafía su punta.
Las estrellas palidecerán; el mismo Sol
se opaca con la edad, y la naturaleza se hunde entre
los años;
pero tú florecerás en juventud inmortal,
ileso, entre las luchas de los elementos,
los restos de la materia y la destrucción de los
mundos.⁹

¡Fuimos hechos para la eternidad! Sin embargo,
aunque tal creencia existe en toda religión antigua,
desde la egipcia hasta la persa, la asiria, la babilónica,
la china y la hindú, en todas partes ha esperado que
Jesucristo le dé la certidumbre que ninguna otra cosa
puede otorgar.

El profesor Adolf von Harnack dijo: “La tumba de
Cristo fue el lugar de nacimiento de una fe indestruc-
tible en que la muerte fue derrotada y que hay vida
eterna. Es inútil citar a Platón; es inútil señalar la
religión persa y las ideas y la literatura del judaísmo
posterior. Todo eso hubiera perecido; pero la certi-

dumbre de la resurrección y de una vida eterna que
se relaciona con el sepulcro que fue labrado en el
huerto de José, no ha perecido; y sobre la convicción
de que Jesús vive, aún basamos nuestras esperanzas
de ciudadanía en una ciudad eterna, lo cual hace que
nuestra vida terrenal sea digna de vivir y tolerable. El
libró a los que, por el temor de la muerte, estaban
durante toda la vida sujetos a servidumbre.”¹⁰ “El
resucitó”, es la esperanza cierta y segura de todos los
que confían en El. No sólo tenemos el testimonio
universal de la humanidad, sino también el testimo-
nio de Jesucristo y de su resurrección.

El doctor Simon Greenleaf, Profesor de Leyes de
la Universidad de Harvard, una de las mayores
autoridades sobre evidencias legales que el mundo
haya conocido jamás, dirigió la vasta luz escrutadora
de su inmenso conocimiento de evidencias sobre la
evidencia de la resurrección de Jesucristo, y expuso
todos los hilos de esa evidencia a la más escudriñada
crítica. Llegó a la conclusión de que esta evidencia
era tan abrumadora, que en cualquier tribunal de
justicia desprejuiciado del mundo, la resurrección
sería declarada como un hecho histórico.

Todo fragmento de evidencia de la resurrección de
Cristo es evidencia de vida eterna en el cielo. Porque
el mismo Jesús dijo: “Yo soy . . . el que vivo, y estuve
muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los
siglos . . . Porque yo vivo, vosotros también viviréis . . .
Voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Apocalip-
sis 1:18; Juan 14:19; Juan 14:2).

También debemos considerar que las evidencias de
la inspiración de las Escrituras son una revelación de
Dios. También constituyen una evidencia para el
hecho de la vida eterna. Esas evidencias mismas son
tan poderosas que no se pueden contradecir. Ningún
escéptico ha podido jamás derribar ni trastornar las

evidencias sobre la inspiración de las Escrituras. Tales evidencias son también apoyo adicional para el hecho de la vida eterna en el cielo, pues esas mismas Escrituras declaran de la manera más cierta, que los que creen en Cristo vivirán para siempre. Recordemos también que las evidencias de la existencia de Dios son evidencias de la vida eterna. Cada una de esas evidencias es también otro pilar para la gran doctrina de la vida eterna. Porque ese Dios que nos ha hecho habitar “por un poco de tiempo en esta morada de barro”, no nos engañará. Ninguno de nosotros ha comenzado siquiera a desarrollar los talentos que Dios le ha dado. Nadie sabe ni siquiera la más pequeña fracción de aquel reino de la vida, o de la naturaleza, o del arte que ha tomado para sí como estudio. Mientras más aprendemos, más comprendemos que sólo hemos tocado el borde del vestido; que Dios nos ha dado toda la eternidad para que desarrollemos esos talentos.

Otra evidencia se basa en lo que ocurre en el momento de morir. En mi biblioteca hay un número de libros que contienen las últimas palabras de miles de personas famosas, cuando llegaron al momento de la muerte. Hay una cosa que está absolutamente clara: los que creían en Jesucristo murieron de una manera notablemente diferente de aquella en que murieron los que no creían. Un siquiatra incrédulo oyó la presentación de las evidencias de la resurrección de Cristo. Este hombre dijo que “había visto morir a suficientes personas como para saber que hay diferencia entre la muerte de un cristiano evangélico y la de cualquiera otra persona.”

Uno puede ver eso en los escritos que contienen las últimas palabras. En una página de un libro que se refiere a cómo nos enfrentamos a la muerte, hallamos las palabras de un notable incrédulo, Edward Gibbon:

“Todo está oscuro.” En otra página están las palabras de Augustus Toplady, autor del himno “Roca de la eternidad”: “¡Todo es luz, luz, luz!”

A miles y miles de personas se les ha concedido algún presentimiento de lo que iba a venir. Han percibido un gusto anticipado de la gloria que les pertenecía; han visto a los que han muerto y se han marchado antes, y en los momentos finales antes de partir de este mundo, el cielo se les abrió y les concedió una visión del mundo al cual estaban a punto de marcharse. Para otros, el infierno también ha abierto su boca para tragarlos. “Hay demonios en la habitación y están a punto de empujarme hacia abajo”, gritó el incrédulo Adams. Las últimas palabras de los escépticos y ateos más famosos del mundo son suficientes para hacer que se nos hiele la sangre.

La doctora Elisabeth Kübler-Ross y el doctor Raymond Moody, dos siquiatras, nos han ofrecido nuevas evidencias que nos llevan aún más allá. Cuando la doctora Kübler-Ross presentó al mundo las evidencias de sus estudios, se descubrió a sí misma como una persona no religiosa. Esta mujer, considerada por muchos como la primera autoridad del mundo en lo que respecta a la muerte y el morir, ha atendido a miles y miles de pacientes en la fase terminal de su enfermedad. En su trabajo, comenzó a encontrar el fenómeno de individuos que eran declarados clínicamente muertos, pero que fueron vueltos a la vida por resucitación: al principio, dos o tres, luego, más y más. Entre estos individuos, ella y el doctor Moody han examinado a más de 500 personas que murieron y volvieron a vivir

Al volver a la vida, algunas de esas personas describieron un lugar de belleza, maravilla, gozo y paz; y otras, algo terrible. Esas personas salieron flotando de sus cuerpos, y aun fuera del cuerpo

tenían cuerpos reales, y aunque estuvieran ciegas, podían ver cuando los médicos las declaraban “muertas”. Esos individuos dicen quiénes entraron en la habitación, cómo eran y qué hicieron. Sin embargo, al volver a la vida, el que era ciego no podía ver. Un médico me contó recientemente la experiencia que tuvo al atender a un hombre que había sido declarado clínicamente muerto. Al aplicarle el método de resucitación, tuvo éxito en volverlo a la vida. Este hombre demandó al médico por haberle devuelto de la gloria que había experimentado a esta existencia miserable. Una mujer, al describir su situación después que sufrió un paro respiratorio, dijo que los médicos estaban tratando de resucitarla dándole fuertes masajes en el cuerpo, mientras ella estaba por encima de ellos, mirándolos y diciéndoles: “¡Déjenme tranquila!”¹² Tal era la paz, la integridad, la felicidad, el gozo y el amor, como nunca antes los habían experimentado. Esta es una evidencia que tal vez ha dado Dios en estos días de incredulidad, para convencer aun al más escéptico.

¡Amigos míos, estoy convencido de que hay otra vida después de ésta! La vida continúa; no cesa. La pregunta no es si hemos de vivir o no, sino dónde pasaremos la eternidad. Porque si bien hay un cielo, que la Biblia enseña clara y abundantemente, también enseña con igual claridad que no todos van allí. Escuche usted las palabras de Jesús: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13, 14).

¡Viviremos por siempre, en alguna parte! Algunos vivirán en la bienaventuranza y felicidad del cielo. La mente y el corazón del hombre no han imaginado

nunca las glorias que Dios ha preparado para los que lo aman y confían en El. ¡Otros vivirán para siempre en el infierno! Usted puede pasarlo por alto, reírse de él, reprimirlo, suprimirlo, sin embargo, ¡esto ocurrirá!

Entonces, ¿cómo va uno al cielo? Tomás dijo: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” (Juan 14:5). Así, muchos siguen en el tren de Tomás, sin conocer el camino. Jesús le respondió: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (versículo 6).

El camino hacia el cielo es tan estrecho como la cruz. Sólo los que están dispuestos a humillarse y reconocer su pecado, y a poner su fe en el Hijo de Dios, quien murió en lugar de ellos, entrarán alguna vez por las puertas del cielo. Hay dos verdades personales que sé acerca de mí mismo. Primera: Tengo que ir al infierno porque eso es lo que me pertenece. De diez mil maneras, diez mil veces, en palabra y en pensamiento, por omisión y comisión, he transgredido la santa ley de Dios. Soy culpable delante de Dios, justamente merezco su desagrado. Pero he aquí la segunda verdad, que también sé igualmente: Yo voy al cielo porque, en la cruz, Jesucristo fue al infierno por mí. No tengo otra esperanza, sino El y su don gratuito: “. . .el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

6

Por qué creo en el infierno

Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

Apocalipsis 20:15

¡Por qué creo en el infierno! Ningún tema del mundo es tan repugnante para la mente humana como éste; sin embargo, ningún tema es de mayor importancia.

Jesús lloró cuando previó la destrucción de Jerusalén. El mismo Dios dice: “. . .no quiero la muerte del impío” (Ezequiel 33:11). Ningún cristiano puede regocijarse al pensar en la morada final de los impenitentes. Sin embargo, es nuestro deber, como fieles ministros de Jesucristo, proclamar todo el consejo de Dios. Creo que sería un falso amigo de cualquier pecador, si no le advirtiera, como las Escrituras lo hacen repetidamente, en cuanto al peligro de su condición.

Es bien conocido el hecho de que los hombres suprimen aquello que odian o temen. En consecuencia, hay numerosas personas que, en vez de considerar seriamente el asunto de la condenación, simplemente critican al que les llama la atención sobre el particular. Aunque un ministro tenga media docena de títulos académicos, aun así es vituperado como un obscurantista que no se debe tener en cuenta, si predica sobre este tema. He observado que los argumentos de los incrédulos consisten en una cosa:

emocionalismo, desplegado mediante un brote de hostilidad e indisposición para considerar racionalmente un asunto que es de suprema importancia para su bienestar eterno.

Algunas personas parecen estar bajo el engaño de que el infierno se ha evaporado, o por lo menos de que todas las personas inteligentes han dejado de creer en él. Antes de continuar con tales ideas, le ruego a usted que considere las siguientes palabras del gran teólogo de Princeton, A. A. Hodge: “El Antiguo Testamento estuvo en manos de los judíos varios siglos antes de que Cristo viniera. Ellos entendieron uniformemente que las Escrituras enseñan que los impíos han de sufrir para siempre.” El historiador Josefo declara que éste era también el entendimiento de los fariseos de su tiempo. Como cristianos, hemos tenido las Escrituras durante casi 20 siglos. Leemos que “todos los grandes padres de la iglesia, los reformadores y las iglesias históricas, con sus revisiones y traducciones de las Sagradas Escrituras, sus liturgias e himnos; todos los grandes teólogos y eruditos bíblicos evangélicos, con sus gramáticas, diccionarios, comentarios y sistemas clásicos, han estado uniformemente de acuerdo en su comprensión de la enseñanza de las Sagradas Escrituras con respecto a los interminables sufrimientos futuros para todos los que mueren impenitentes. Y esto ha acontecido contra la corriente universal e impetuosa de temores y simpatías de los humanos.”¹

La Biblia nos dice que el incrédulo irá al castigo eterno. ¿Es contrario esto a la conclusión que cualquier persona racional, que piense bien, sacaría de lo que conocemos como teología natural, es decir, la revelación que Dios nos da de sí mismo en este mundo, en el gobierno moral que ejerce sobre él, en nuestra propia constitución y en la naturaleza? ¡De

ningún modo! Joseph Stiles nos señala que las leyes de nuestra naturaleza demandan que haya un infierno: "Fije sus ojos en el pecador más vil de la tierra. A través de la muerte, en este instante, páselo al cielo: con todas sus pasiones, mentiras, odio y corazón perverso. ¿Puede él estar feliz allí? Por una ley de su naturaleza, la felicidad está en la correspondencia que hay entre la mente y su objeto. Por otra ley de su naturaleza, existe miseria en la oposición que hay entre la mente y su objeto. Este corazón impío siente, y tiene que sentir por siempre, la más profunda aversión hacia todo lo que exista o acontezca en el santo cielo."²

Nuestra propia naturaleza moral exige un lugar como el infierno. La conciencia humana también lo demanda. Todos los hombres creen que hay diferencia entre la virtud y el vicio, y que en cuanto a carácter, éstos son opuestos morales. Y siempre los tratamos como tales: aprobamos la virtud y condenamos el vicio. Recompensamos la virtud para promoverla, y castigamos el vicio para suprimirlo. Esto también se confirma en los gobiernos morales de cualquier nación moral: las leyes se han aprobado porque el pueblo sabe que la virtud conduce a la felicidad de la comunidad.

Vemos otro argumento en la vida de Jesucristo y en su carácter. Cristo, quien vino manso y humilde para salvarnos del dolor y del sufrimiento, fue el que habló más acerca del infierno que cualquiera otra persona de las que se mencionan en la Escritura. ¿Vino El, que es la Verdad encarnada, que es el santo Hijo de Dios, a implantar en las mentes de los hombres un temor que duraría más de 19 siglos sobre algo inexistente? Tal pensamiento es una infamia para el carácter de Jesucristo. Algunas personas dicen: "¡Pero Dios es amor! Y El nunca castigará a nadie en el infierno." Es

muy peligroso estructurar una doctrina sobre una premisa falsa. En efecto, la Biblia enseña que Dios es amor, amor infinitamente compasivo. Pero la misma Biblia nos enseña que el mismo Dios es santo y justo y recto; que El es de ojos tan puros que no puede mirar la iniquidad y que castigará nuestras transgresiones con la vara y nuestra iniquidad con azotes; que de ningún modo dará por inocente al culpable.

Mucho tiempo antes que se manifestara plenamente el amor de Dios en la Escritura, el único gran pensamiento que se inculcaba en las mentes del pueblo hebreo era el siguiente: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos" (Isaías 6:3). El fundamento mismo de su trono era la santidad, y ningún pecado podía jamás llegar a su presencia, sin que inevitablemente fuera consumido por su ira.

Hay algunos que quieren que creamos que ellos saben algo acerca de Dios que no sabemos nosotros y, por tanto, el asunto de la condenación eterna no pudiera ser cierto. El universalista declara que Dios, en su amor, debe inevitablemente recibir a todos. Este individuo se acercaría osadamente al Todopoderoso y extendería un ala de condescendencia sobre la debilidad del Dios omnipotente, al decirnos que Dios no se entiende muy bien a sí mismo, y ciertamente no quiere dar a entender lo que dice, y realmente está gravemente equivocado con respecto a este asunto. Esta persona piensa que sabe más acerca de Dios, que lo que Dios sabe de sí mismo. Este es el blasfemo que declara que Dios es una clase de tonto fanfarroneador que no habla en serio lo que dice; que, aunque a través de toda la revelación, desde el Génesis hasta el fin, Dios declaró que el impío morirá en sus pecados y no hallará la paz, ahora ha dado marcha atrás. Este hombre no comprende que la Escritura dice que los caminos de Dios no son nuestros caminos, y sus

pensamientos no son nuestros pensamientos (Isaías 55:8); que sus caminos y pensamientos son inescrutables (Romanos 11:33). Sin embargo, este blasfemo declara con fiadamente que los caminos de Dios *son* nuestros caminos y sus pensamientos *son* los nuestros, y que ha descubierto plenamente los caminos de Dios. Este hombre traería sobre sí la exclamación de Dios, quien de hecho dijo: “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (ver Salmos 50:21). El es el santo Dios, que ha declarado que no tolerará el pecado. Los impenitentes se meten violentamente en la presencia de El con gran necedad, y con consecuencias interminables.

Otros han dicho: “Ciertamente, nuestros pecados no merecerían algo así como un castigo sin fin.” Permítaseme volver a citar a Hodge, el gran teólogo de Princeton: “Nosotros mismos somos los malhechores. Es evidente que el egoísmo, aquella ceguera y dureza moral, hace que todo criminal sea para siempre absolutamente incompetente para juzgar la medida de culpa que le corresponde por sus propias fechorías. Toda la experiencia prueba esto en la jurisprudencia criminal y en la vida privada. Si esto es verdad cuando juzgamos la perversidad de nuestras ofensas contra nuestros prójimos, ¡cuánto más tiene que viciar nuestros criterios en cuanto a la perversidad de nuestros pecados contra el Dios infinitamente santo!”³ Otro autor nos ha dicho que el fin del castigo por nuestros pecados tiene que ser cuando cese la influencia de estos pecados. Pero si la influencia de los pecados de los hombres pervive todo el tiempo, entonces los hombres son responsables de esas influencias a través de todo el tiempo. El hombre no puede menos que ser castigado en proporción a su culpa hasta que el tiempo no sea más. Jesús dijo claramente que todo ser humano sobre la tierra, o recoge hombres y mujeres, niños y niñas hacia el

mismo Cristo, o los desparrama. Los incrédulos, que han pasado toda la vida esparciendo la gente y apartándola de Jesucristo, serán parcialmente responsables de muchas de las personas que van a parar en el infierno.

Las Escrituras declaran que, si los efectos de nuestros pecados son eternos, entonces el castigo por nuestros pecados también será eterno. La principal razón por la cual creemos en el infierno es que Jesucristo declaró que eso es así. Se nos dice que el pecador mora “con las llamas eternas” (Isaías 33:14); sin embargo, “nunca más verá la luz” (Salmos 49:19); “se consumieron de terrores” (Salmo 73:19); “muertos son” (Isaías 26:14); “el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:44); “me destrocen sin que haya quien me libre” (Salmo 7:2). Cuando el pecador llame, nadie le responderá; cuando busque, nunca hallará. En pocas palabras, se hunde en una muerte que está fuera del alcance de la oración; en una condenación que está más allá del perdón; y en un juicio que está fuera del alcance de Cristo.

En el Antiguo Testamento, la palabra hebrea que se empleó con el significado de “eterno” es *olam*, junto con sus términos afines y derivados. En el Nuevo Testamento, la palabra griega paralela es *aion*, *aionios*, y todos sus términos afines, que se derivan de *aei*, que significa “siempre”. Un autor ha afirmado que toda palabra hebrea y griega que se usa para describir la eternidad de la existencia de Dios y la eternidad de la bienaventuranza de los redimidos en el cielo, también se usa para describir la eternidad de los sufrimientos de los perdidos en el infierno.⁴ Si el castigo del impío es temporal, entonces vendrá el día en que Dios se extinguirá, pues los mismos términos se usan en los dos casos. Si estos términos no describen la eternidad, entonces no hay palabra en hebreo ni en griego que

signifique eternidad; y esto es imposible. Se usa una palabra que pudiera tener la posibilidad de ser usada

Sería bueno que consideráramos por un momento la eternidad de nuestras almas, que vivirán en la bienaventuranza y felicidad del paraíso, o en el bien merecido castigo del infierno. ¿Durante cuánto tiempo será eso? William Munsey nos describe algo del significado de la eternidad, algo que a menudo los hombres echan de sus mentes: “La eternidad no puede definirse. Sin principio ni fin, no puede medirse; no puede aumentarse su pasado, ni disminuirse su futuro. No tiene pasado, no tiene futuro, no tiene términos, no tiene parte media, no tiene partes: es una unidad tremenda, que no puede analizarse. Si todas las montañas de todos los mundos estuvieran haciendo presión sobre el cerebro, no podrían pesar más sobre él que en el menor concepto sobre la eternidad. . . Este concepto no tiene origen, ni principio, ni fin, ni medida; es imperecedero, indescriptible, indefinible. Sólo él mismo es su propia definición. Si se nos pregunta: ¿Qué es la eternidad? sólo podemos responder: ‘Eternidad’; y en la respuesta confesamos nuestra debilidad e ignorancia.”⁵ Es un círculo infinito que nunca puede medirse.

Concebiblemente, pudiéramos medir el círculo de la tierra, o el círculo de nuestra galaxia, o aun de un modo conceptible, el círculo del universo, la gran eclíptica que abarca los inmensos enjambres de galaxias que rodean el mundo. Dice Munsey: “Monte usted en el carro solar de Febo, y siéntese junto al conductor, y busque el fin de la eclíptica. Aplique el látigo ardiente, y vea a los briosos corceles de patas aladas e ígneas crines pasar como bólidos a través de las constelaciones: mundos admirables que sobresalen de la trayectoria del carro, y abismos del espacio que bostezan debajo de usted; y continúe la fantástica

carrera hasta que las ruedas del carro se estremezan, y sus ejes desgastados se rompan, y mueran de fatiga los corceles, y usted se encuentre perdido donde ningún ángel pueda hallar sus huesos; y no hallará el fin del círculo etéreo. Pero estos círculos son finitos.”⁶

La eternidad es un círculo infinito. Por cuanto es infinito, su centro es el gran imponderable y portentoso “ahora”. Es un círculo infinito cuyo centro está en cualquier parte dentro de la circunferencia de aquel círculo. Esto desconcierta la mente, puesto que no tiene circunferencia y su centro está en cualquier parte. “La eternidad — dice Munsey — es una línea infinita. El ángel que tenga más fuertes alas y que hienda el éter ilimitado, puede recorrerla, y recorrerla por siempre; sin embargo, no podrá hallar su fin, así como no podrá hallar la cuna ni la tumba de Dios. . . Es un día sin amanecer, un día sin anoecer: un eterno mediodía. Simplemente era mediodía cuando el mundo fue hecho; y aún será mediodía cuando sea destruido: un alto mediodía por siempre. ¡Oh eternidad! Esta idea se profundiza, se amplía y se eleva, hasta que la mente humana, confundida y agobiada, se encoge a una pequeñez infinita.”⁷

Por siempre jamás. Cuando el pecador haya estado en el infierno durante centenares de miles de millones, billones de evos de siglos, no tendrá ni un segundo menos para estar allí; para estar perdido para siempre. Estará en absoluta oscuridad, huyendo de un lado para otro, sin encontrar nunca otra alma inmortal con la cual conversar, sin que jamás un ángel se cruce en su camino, yendo hacia este lado y hacia el otro, para arriba y para abajo, sobre el mismo plano en todos los sentidos, por siempre jamás: perdido, perdido, dando alaridos, perdido, para siempre jamás, donde ningún eco se burlará jamás de su miseria. El alma inmortal perdida, perdida en una

oscuridad infinita, volando continuamente en un viaje que sólo habría de terminar si pudiera llegar a doblar sus alas sobre la lápida sepulcral de Dios, para siempre.

¿Dónde pasará usted la eternidad? Aunque la Escritura declara esta doctrina en mil pasajes, y Jesús afirmó denodadamente que es cierta, puede haber algunos que aún no creen en el infierno. He oído el testimonio de un hombre que fue al infierno. Es un hombre que vive, y su testimonio está grabado. El mismo me dio permiso para usarlo de la manera que yo lo deseara. Se describió a sí mismo como un ateo. No creía en el alma, ni en el espíritu, ni en ángeles, ni en Dios. “Cuando uno muere — decía él —, muere como un perro.” Un día planeó arrastrarse adentro de un hoyo, y él mismo cerrar la tapa sobre sí. No creía en el cielo, ni en el infierno, ni en Dios.

Pero entonces sí creyó, de una manera muy esclarecedora: ¡murió! No hace mucho, tuvo un paro cardíaco, y los médicos lo declararon clínicamente muerto. (Más o menos durante el año pasado, numerosos científicos informaron de más de 500 personas que, después de ser declaradas clínicamente muertas, fueron resucitadas. No podemos comprender plenamente cuál es el significado de esto, pero los informes que traen de vuelta a la vida, han convencido a los científicos de que hay vida después de la muerte.) Posteriormente él fue resucitado, pero me dijo que durante su “muerte” experimentó lo siguiente: Se hundió en un reino de tinieblas, un lugar de oscuras sombras. Sin embargo, aún tenía cuerpo. Se halló en gran agonía empujando una inmensa piedra hacia un abismo. (La Biblia habla acerca de un abismo.) Sentía un gran dolor, y no podía hacer nada para disminuirlo.

Si a uno le dan un tiro en el brazo — dijo él —, por

lo menos puede agarrarse el brazo y lograr una leve disminución del dolor; pero no era así con aquello.

—¿En qué parte le dolía? — le pregunté —, ¿Estaba localizado el dolor?

— No —respondió —, me dolía en todas partes. Estoy muy seguro de que, si me hubiera cortado la garganta, no habría disminuido ese dolor en absoluto.

Quando le pregunté si era muy severo el dolor, me dijo: — Era peor que cualquier cosa que haya experimentado nunca en este mundo.

Pensé que tal vez él nunca había conocido mucho dolor. Así que le pregunté:

—¿Alguna vez ha sufrido usted realmente algún dolor en este mundo?

— Bueno — dijo — cuando yo tenía nueve años de edad, un tren de carga me pasó sobre una pierna y me la dejó colgando de un tendón. De algún modo, la recogí, me arrastré hasta un cruce de caminos, y finalmente fui recogido por un hombre en un auto. Nunca perdí el conocimiento, pero mi sangre que salía a chorros salpicó todo el parabrisas de su auto mientras me llevaba al hospital. Nunca estuve inconsciente.

—¿Qué comparación puede hacer entre ese dolor y el que sintió cuando el médico lo declaró muerto? — le pregunté.

— Fue insignificante — contestó —. Ni siquiera lo compararía.

— Una vez — continué — me quemé una mano de una manera bastante grave, y experimenté un dolor como ningún otro que yo haya conocido antes o después de eso. ¿Alguna vez se quemó usted?

— Sí — respondió —, una vez tumbé del anaquel una lata de gasolina, que cayó sobre una vela encendida y de allí sobre mi pierna y la incendió. Como resultado pasé varias semanas en el hospital. Se

levantó la pernera y me señaló las cicatrices.

— No conozco nada en este mundo — le dije — que se pueda comparar con el dolor de una quemadura. ¿Qué comparación puede hacer usted entre el dolor que experimentó cuando murió y el de la quemadura?

— ¡Aquel dolor — respondió — fue mil veces peor que el que sentí cuando se me incendió la pierna! Traté por todos los medios que conocía de darle alguna explicación, pero todo se desvanecía ante mis intentos de hacerlo. Yo no creía en el infierno antes, ni quería creer entonces. Sobre la faz de esta tierra, no importa por lo que usted haya pasado, no creo que usted haya podido experimentar el dolor que experimenté en aquel hospital.

— ¿Qué piensa usted que era ese dolor? — le pregunté.

— Bueno, pienso que definitivamente tuvo que ser algo de fuera de esta tierra, así que lo único que puedo pensar es que tiene que haber un infierno, y yo estaba en él.

Me dijo que cuando se puso a pensar acerca de esto, luego de haber salido del hospital, comenzó a temblar de manera incontrolable.

¡El infierno es real! El creía que no existía en absoluto, en la misma forma como creen algunos de los que están leyendo esto. Pensó que el infierno era un mito. No creía en Cristo, ni en Dios, ni en la Biblia. Pero murió, ¡y ahora lo cree! Trágicamente, algunos sólo lo creerán cuando lo experimenten, y entonces será demasiado tarde.

Si la Biblia enseña algo en absoluto, es que hay un “demasiado tarde” de consecuencias eternas; que vendrá un momento cuando será eternamente demasiado tarde, cuando las puertas de la gracia se habrán cerrado de golpe para siempre. Entonces el pecador

daría el universo mismo por sólo un minuto para arrepentirse y volverse a Jesucristo.

Creo absolutamente que hay un infierno, porque Jesucristo no sólo lo enseñó, sino que lo experimentó. Leemos en la Escritura que, en la cruz del Calvario, Cristo tomó sobre sí el pecado del mundo; El fue hecho pecado por nosotros, y nuestra culpa le fue imputada a El. Dios el Padre miró desde arriba a su amado Hijo, a quien había amado eternamente, en quien tenía complacencia, y lo vio como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Y Dios derramó la caldera de su ira contra el pecado mismo, y toda ella cayó sobre Jesucristo, quien clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46), y luego descendió al infierno.

En esa oscuridad del mediodía, Cristo sufrió un infinito castigo, colgado en la cruz en nuestro lugar. El dijo: “Consumado es.” Los que creen en El, pueden oír sus palabras en el sentido de que, aunque la paga del pecado es la muerte, eso lo pagó Cristo para siempre. Y los que ponen su fe y su confianza en El, tienen su palabra de que nunca perecerán. La verdad que presenta la Escritura es que un día la ira de Dios caerá sobre nuestros pecados. La única pregunta es ésta: ¿Caerá sobre nosotros en el infierno para siempre? ¿O caerá sobre Jesucristo en la cruz? Esa elección es nuestra. ¡Viviremos para siempre. . . en alguna parte!

7

Por qué creo en los principios morales absolutos

¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!

Isaías 5:20

Aun el examen más superficial de la época en que vivimos, nos revela una enorme decadencia y desintegración de las normas morales del mundo occidental. La evidencia está en todas partes. Muchos observadores sagaces creen que no hay esperanza para nuestra civilización, a menos que se haga algo al respecto.

El doctor Carl F. H. Henry, una de las mentes más agudas de nuestro siglo, dice: “Destellos de señales de angustia adornan todo el campo de la conducta humana. La barricada milenaria del cristianismo contra el resurgimiento del paganismo se está debilitando ante los asaltos de la iniquidad. Poderosas fuerzas aspiran a alterarla, desacreditarla y aun reemplazarla. Como resultado, la fuerza de las lealtades cristianas protege cada vez menos la conducta del hombre; la formalidad moral en casi todas partes se detiene indecisamente en las encrucijadas en que se encuentran los caminos cristianos con los paganos. En nuestra década, se han desviado tantos parroquianos de Sodoma a la mitad ‘civilizada’ del mundo, como a la ‘no civilizada’.”¹

El hecho de quitar de la vida la ética moral, en el sentido de cualesquiera principios absolutos, tal como fue introducido en nuestro sistema educativo por John Dewey y otros naturalistas, ha traído una angustiada situación a nuestro mundo, la cual está empeorando a medida que el hombre se hunde más profundamente en el pantano de su propia depravación.

Hace poco, mientras viajaba yo en avión, me dediqué a ponerme al corriente de las noticias leyendo la última edición de la revista *Newsweek*. La misma enfocaba la situación moral actual, especialmente la proliferante inundación de pornografía explícita. A través de los años, muchos centenares de personas han venido a mi oficina para hablar conmigo, y muchas de ellas comienzan diciéndome: “Mire, probablemente le voy a causar un sobresalto.” Siempre he sonreído más o menos, y he pensado que había oído cosas diez veces peores que lo que me iba a decir esa persona. Que si alguien en la oficina iba a escandalizarse, ése no sería yo. Pensaba yo que ya estaba a prueba de sobresaltos. ¡Pero lo que vi en esa revista, sí que me sobresaltó!

A través de las últimas décadas, las normas morales han descendido hasta alarmantes niveles bajos. Antes, la discusión de cualquier tipo de acto sexual ilícito se consideraba chocante aun entre solteros; ahora el adulterio se ha convertido en un tema común de las revistas, las películas y las series de televisión de la mañana y de la tarde. La homosexualidad también ha comenzado a ocupar el escenario; pero la más corriente obsesión por la bestialidad amenaza con usurparle el lugar. Lo que encuentro verdaderamente chocante es la creciente moda de las revistas pornográficas explícitas. Muchas de ellas tratan, nada menos que de niños y niñas de entre seis a once años

de edad, y muestran a estos niños y niñas realizando actos tanto heterosexuales como homosexuales. ¡La parálisis moral parece haberse apoderado del mundo civilizado!

El doctor Henry dice que la actual desintegración de la cultura occidental representa una considerable incapacidad para reconciliar las demandas de moralidad que compiten. En el actual parloteo de voces, cada una de las cuales afirma su propia verdad, el hombre moderno no está convencido de la verdad de ningún postulado moral. En consecuencia, parece incapaz de formular claramente ningún sentido del “deber”. Constantemente estamos expuestos a diversos sistemas éticos y morales; infortunadamente, son pocos los que comprenden claramente lo que son esos sistemas. Confundidos por ellos, no saben cómo responderles.

Recientemente oí una charla por radio, en la cual un hombre defendía su homosexualidad. Al hacerlo, estaba exponiendo un completo sistema de ética moral. Yo me preguntaba cuántas personas de las que lo estaban escuchando tendrían alguna comprensión de los fundamentos éticos básicos en los cuales él se estaba basando, o de las falacias de ese sistema. Presentó un caso tan convincente, que el anfitrión del programa parecía incapaz de arreglárselas con el caso.

Debemos tener en mente que todo programa de televisión, todo noticiero, toda revista, toda novela, toda película, se basa en alguna presuposición ética, derivada de entre una gran variedad de sistemas éticos. Desafortunadamente (y esto es irritante para mí), muchos cristianos simplemente no quieren cansarse la cabeza estudiando tales sistemas; en consecuencia, son totalmente incapaces de hacerle frente a esta ola de inmoralidad, basada en fundamentos éticos espu-

rios que están inundando nuestro país. Todo lo que hacemos se basa en alguna consideración ética y moral, y me temo que la mayoría de nosotros operamos sólo bajo los conceptos más confusos de lo que realmente somos.

Echemos una mirada a todo este asunto de la “ética”. Es importante saber, ante todo, que hay dos grandes divisiones en los sistemas éticos. Uno de estos sistemas éticos se basa en la revelación. Es un sistema que Dios reveló en las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamentos. Fue dado por Dios. En palabras de la teología, un sistema gobernado por Dios, una ley de Dios. La otra división principal, llamada ética especulativa, es un sistema completamente diferente. Este es un sistema inventado por el hombre. Es de naturaleza humanista y autónoma. Viene desde abajo hacia arriba, en tanto que el otro viene de arriba. La mayoría de los estudiantes universitarios, en sus estudios de filosofía, entrarán en aquella rama filosófica que se conoce como la ética. En la mayoría de los casos, hallarán que se ignora totalmente a la ética revelada, y que la ética humana especulativa ocupa todo el campo de esta disciplina.

Echemos una mirada a los sistemas éticos sobre los cuales opera el mundo no regenerado, e infortunadamente, muchísimos cristianos también, de manera inadvertida.

En la esfera especulativa de la ética, hay dos grandes divisiones. Ante todo, está el naturalismo, que comienza con la premisa de que el hombre es totalmente materia. Que es animal complejo y su bienestar envuelve cierto ajuste con el universo físico en el cual existe. Toda clase de sistemas éticos brotan de este concepto.

La otra gran división de la ética especulativa es el idealismo. Comienza con una premisa totalmente

opuesta: que hay una realidad básica inmaterial, una realidad espiritual, una realidad mental, una realidad racional, si se quiere, que es primaria, preexistente a la materia, y de mucha más importancia que la materia. De esta base idealista han evolucionado varios sistemas racionalistas, tales como los sostenidos por Platón, Sócrates y otros, como también todos los sistemas panteístas.

De estas dos divisiones principales brotan varios diferentes sistemas de ética. Uno de ellos es el pragmatismo, que opera basado en el principio de que si algo funciona, entonces es bueno. Obviamente, este sistema no tiene fundamento moral. Hitler estaba teniendo bastante éxito en la destrucción de todos los judíos de Europa. Cuando ese sistema estaba funcionando 'bastante bien, su aparente éxito habría sido una garantía de que era moralmente bueno. El que asalta un banco puede tener éxito, pero eso no prueba que asaltar bancos es bueno. Un comerciante puede tener un tremendo éxito en su negocio, pero el hecho de su éxito no significa que lo que está haciendo es bueno.

Otro sistema es el egoísmo. Esta palabra viene de *ego*, y significa: "Buscaré aquello que sea bueno para mí." El altruismo dice: "Lo que debemos hacer es el bien de los demás." Así, hallamos el individualismo basado en el egoísmo. El comunismo y el socialismo, entre otros, se basan en la idea de que el bien del hombre es para el estado y el interés de ellos es la sociedad, y no el individuo. Muchos otros sistemas brotan de estos fundamentos básicos. Todos estos sistemas contienen ciertos conflictos o antítesis, polaridades opuestas, con las cuales luchan. Todos ellos son iguales en el sentido de que son incompletos e inadecuados. Ninguno de ellos está tan bien redondeado como el sistema bíblico, el cual abarca todas las

necesidades básicas de la humanidad y de la sociedad.

Muchos sistemas contienen conflictos entre lo religioso y lo ético. Ha habido diferentes enfoques religiosos de la vida que no han tenido en cuenta los aspectos éticos de ella, y se han concentrado simplemente en las cosas espirituales. Ha habido, por otra parte, sistemas que han hecho hincapié únicamente en los aspectos éticos de la vida, y no han tenido en cuenta los religiosos. Ambos grupos creyeron que tenían alguna clase de sistema ético, pero cada uno de ellos era sólo parcial.

Infelizmente, muchísimas personas operan según sistemas éticos no claros ni simples, que nunca han analizado críticamente. La mayoría de ellos resultan ser pobres imágenes de algún sistema pagano, o pequeñas partes de alguna porción mayor del sistema cristiano. Para hacer más compleja la confusión, parece haber la idea errónea de que, por el hecho de que un "sistema" sea tan simple que haya sido comprendido, automáticamente lleva el imprimátur divino.

He conocido a muchas personas que piensan que, si sólo tratan de guardar la segunda tabla de la ley, que trata de la relación del hombre con su prójimo, pueden pasar por alto la primera, que trata de la relación del hombre con Dios, o viceversa. He conocido a otros que suponen que por el hecho de que han sido honrados y han sido fieles a sus respectivas esposas y amables con sus vecinos, de alguna manera están bien con Dios. Desafortunadamente, tienen una moralidad estilo cafetería, según la cual escogen y eligen los mandamientos que prefieren tratar de guardar y descartan los demás.

Tal vez usted conozca a alguien cuyo sistema ético es más o menos el siguiente: "Mi norma de vida es ésta: 'Nunca le haré intencionalmente mal a nadie.'"

O tal vez haya oído a alguien decir: “Bueno, realmente yo nunca le hecho mal a nadie, así que estoy seguro de que voy a quedar bien con Dios.” ¡Qué necesidad tan absoluta! La primera declaración no tiene la intención de incluir a Dios. La segunda descarta por completo el hecho de que debemos adorar a Dios, aprender acerca de El y servirlo. La persona que no ha hecho ninguna de estas cosas, ha omitido la parte más importante de la ley de Dios.

Numerosos sistemas éticos han hecho hincapié en los conceptos libertarios del libre albedrío del hombre; es decir, en que todas nuestras decisiones éticas se basan en la libre voluntad del hombre. Por otra parte, ha habido los que han hecho hincapié en el determinismo y en la necesidad, que decían que el hombre no es libre, sino que está controlado por alguna fuerza externa. El fatalismo dice que ciertos destinos impersonales controlan nuestra vida. Usted dirá: “Bueno, eso es muy antiguo. ¿La gente realmente cree eso hoy?” Sí. Y hay millones de ellos en América, que consultan las tablas astrológicas porque están convencidos de que alguna fuerza de los cielos controla sus vidas, en la misma forma en que la Luna controla las mareas.

La forma más popular de sicología hoy, el behaviorismo o conductismo, es completamente determinista. Según ella, el hombre está determinado por lo que come, por todas las cosas que inciden en él; no sólo su cuerpo físico, sino sus ideas y su moralidad están determinados por el ambiente en que vive. Por tanto, al cambiar su ambiente, cambiará el hombre. Este sistema determinista es tan prevalente que controla gran parte del pensamiento de la sociedad de nuestro día. La mayoría de las personas ni siquiera se dan cuenta de con qué clase de sistema están tratando, ni por qué la gente sostiene, como lo hace, por ejemplo,

que lo único que necesitamos hacer es eliminar un barrio marginal a fin de que el pueblo cambie hacia lo mejor. Unos estudios recientes han demostrado que el ambiente de una persona no es de ningún modo el factor decisivo en el tipo de vida que vive.

Luego está el conflicto entre los sistemas éticos teleológicos y los no teleológicos. Este término viene de la palabra griega *telos*, que significa “el fin”. Lo *teleológico* pertenece al estudio del fin, al resultado final. El sistema no teleológico también se llama *ateleológico*. El prefijo *a* significa “apartado de”, de modo que la palabra tiene el significado de que no tiene en cuenta el fin. Algunos sistemas dicen que el más importante factor determinante en la ética es: ¿cuál será el resultado final de mi acción? Las personas que adoptan este punto de vista, actúan como si la única consideración para que una acción sea moral o inmoral, es el fin que la misma ha de tener. Esto provee la base para el utilitarismo, que dice: “Nuestra meta debe ser el mayor bien para el mayor número, y la finalidad es lo que determina si algo es bueno o malo.”

Eso pudiera sonar muy plausible, pero hay un problema: ¿Cómo podemos computar si la finalidad es buena o no? Por ejemplo, usted decide darle un libro a alguien. ¿Sabe usted cuál será el resultado final? Un cristiano muy devoto le dio a un joven graduado en teología el libro *The Principles of Geology* (Los principios de la geología), por Lyell. El hombre a quien se lo entregó era Carlos Darwin. ¿Cuál fue el resultado? El control de las universidades del mundo por el pensamiento evolucionista. Todo comenzó cuando alguien le dio un libro a un hombre que estaba a punto de salir en viaje de alcance mundial. Ninguno de nosotros puede computar los resultados que puedan tener nuestras acciones. Cuando les

hacemos algo a nuestros hijos, no sabemos lo que pueda ocurrir tres o cuatro generaciones después a causa de esa acción. Esta es la razón por la cual la ética teleológica siempre falla. Un par de ejemplos de la ética teleológica son el socialismo y el comunismo.

Una forma de la ética egoísta dice: "Lo importante para mí es simplemente considerar si cierta acción me aportará placer o no." Hedonismo es el nombre de esta idea, según la cual la meta de la vida es el placer. El hedonismo egoísta consiste en la idea de que yo debo buscar algo que me produzca placer. Cuando usted se come un trozo de pastel a la moda, ¿eso le traerá placer o dolor? Está pensando en cometer adulterio con alguien. ¿Eso le va a traer placer o dolor? ¿Qué ocurrirá como resultado de ello a través de las generaciones? Toda acción tiene ramificaciones eternas; por tanto, es imposible que alguien pueda alguna vez establecer un principio moral basado en la ética teleológica.

La ética ateleológica hace hincapié, no en el fin, sino en el principio: en el motivo. El único asunto de importancia es que el motivo tiene que ser correcto. Muchas veces oímos decir: "Si alguien es sincero, luego eso tiene que ser correcto. No importa cuál religión abraza uno, con tal que sea sincero." Bueno, la madre era perfectamente sincera a las tres de la mañana, cuando le dio a su hijo la medicina para la tos; sin embargo, a la mañana siguiente notó que le había administrado mercurocromo y que el niño estaba muerto. Ella fue sincera, pero la gente puede estar sinceramente equivocada.

La base íntegra del moderno sistema ético prevaleciente, la "nueva moralidad" o moral de situación, es la siguiente: lo único que importa es nuestro motivo, que debe ser el amor. Eso suena plausible, ¿no es verdad? Luego, uno lee algunos de los casos que se

presentan en sus libros, por ejemplo: Aquí está una pobre joven. No tiene amigos varones y se siente completamente cohibida emocionalmente. Ahora bien, si usted sólo tuviera una aventura amorosa con esta joven, probablemente la libraría de todas sus inhibiciones y la iniciaría en una nueva vida. Así, con el motivo del amor, usted quebranta uno de los mandamientos de Dios. Podemos ver que tanto la ética teleológica como la ateleológica siempre fallan en sí mismas.

Habiendo hecho este breve resumen de algunos de los sistemas éticos prevalecientes hoy, quisiera advertir a usted que tenga el cuidado de recordar tres cosas con respecto a cada uno de estos sistemas. En primer lugar, todos los sistemas especulativos son precisamente eso: especulaciones. Son racionalistas. Rechazan la revelación, y todo el peso de su apoyo lo basan simplemente en los conceptos de la mente humana. Por tanto, sus limitaciones deben ser obvias de inmediato.

En segundo lugar, se centran en el hombre, y el hombre llega a ser su propio dios. En cada uno de estos sistemas, es el hombre el que decide lo que va a hacer. Así Dios queda expulsado de su universo, y el Creador no tiene derecho de decir a la criatura lo que debe hacer. El hombre ha llegado a ser una ley para sí mismo, el hombre autónomo.

En tercer lugar, todos los sistemas éticos humanos son una voluntariosa rebelión contra el Dios todopoderoso. Intentan permitir que el hombre viva sin el control de Dios ni de su ley, pero aun así se justifique como un ser ético y moral.

En la Escritura tenemos un sistema ético perfectamente equilibrado que satisfará todas las necesidades del corazón humano. Ante todo se relaciona con el motivo del hombre. Habiendo acudido a Jesucristo y

hallado el perdón, el hombre está libre de la carga y la esclavitud de la culpa y del temor. Se le permite servir a Dios por gratitud y amor. Pablo dijo: “Porque el amor de Cristo nos constriñe” (2 Corintios 5:14). La gratitud del corazón hace que los que han sido redimidos y han recibido el don gratuito de la vida eterna, quieran vivir para Dios; por tanto, el motivo se hace correcto.

No sólo el motivo es correcto, sino también el fin. En la tradición hebreo-cristiana está obviamente claro el hecho de que el bien esté inevitablemente relacionado con Dios, quien es el Bien último y el dador de todo bien y de todo don perfecto. Todos los sistemas humanos tratan de hallar el bien del hombre fuera de Dios, y así caen a tierra. ¡Nuestro supremo bien es conocer a Dios, ser como El, amarlo, glorificarlo y disfrutarlo para siempre!

El sistema ético de las Escrituras no sólo nos ofrece el motivo apropiado y el fin apropiado, sino que nos ofrece una instrucción fácilmente aplicable a nuestra vida diaria en la ley que Dios nos dio. Esta ley ha de ser obedecida, no por un temor servil, como el esclavo obedece a su señor, sino con un corazón de amor filial, como el niño obedece a su querido padre.

La ley que Dios nos dio hace varias cosas. El primer propósito que debemos ver claramente es que establece una norma de lo que Dios quiere que seamos; una norma perfecta de lo que nuestra vida debe ser. No tenemos que andar a tientas en la oscuridad para saber si algo es bueno o malo.

En segundo lugar, y esto a menudo se pasa por alto, la ley fue dada para convencernos de que no podemos cumplirla. Por la ley es el conocimiento del pecado. La ley convence. Martín Lutero comparó a la ley con un espejo; cuando nos miramos en el espejo de la ley de Dios, vemos todas nuestras arrugas y

lunares y otras desfiguraciones: toda nuestra culpa, nuestro pecado, nuestra impureza. Lutero también comparó la ley con un martillo: un martillo que hace añicos nuestra justicia propia.

Cuando una persona hace su propio código ético, siempre elabora un sistema que piensa que ha guardado. En la ley de Dios, hallamos una ley que hace pedazos a nuestra justicia propia, elimina toda la confianza en nuestra propia bondad y nos convence de que somos pecadores. La ley de Dios nos deja con las manos sobre la boca y nuestros rostros en el polvo. Nos hace humillarnos delante de Dios y convencernos de que somos culpables de haber transgredido la ley. Lutero dijo: “La ley es un látigo que nos conduce hacia la cruz.” Pero Dios no nos deja en nuestra impureza, ni nos deja en nuestro envilecido estado de culpabilidad y corrupción. El nos conduce a la cruz, la fuente de gracia, para que miremos al rostro de Jesucristo. Allí hallaremos al que nos limpiará, al que nos quitará toda la culpa, al que nos puede dar poder por medio de su Espíritu para que nos esforcemos en guardar su ley de allí en adelante. Este es el propósito de la ley de Dios.

¿Cómo podemos cumplir ésta que es la norma de la perfección? Jesús dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). El sistema ético de Dios demanda perfección. A menos que tengamos registros éticos y morales perfectos, nunca llegaremos al cielo. Si ofendemos en un punto, somos culpables de todo: en un pensamiento, en una palabra, en una obra; por comisión o por omisión. Dios es de ojos tan puros que no puede siquiera mirar a la iniquidad, y NINGUN PECADO entrará jamás en el cielo. ¿Cómo, entonces, podemos tener jamás la esperanza de vivir en conformidad con esta perfecta norma que

Dios nos dio? He aquí la respuesta: NO PODEMOS, pero DIOS SI PUDO. El camino del hombre consiste en bajar la norma de Dios hasta el punto en que el hombre pueda estar sobre ella. El camino de Dios fue el de bajar El mismo hasta la cruz y hasta el infierno mismo, a fin de pagar la deuda que teníamos por nuestros pecados — para poder levantarnos hasta su perfecta norma.

Todos en el mundo parecen confiar básicamente en la obediencia de una o dos personas. Si nos preguntáramos: “¿En qué baso mis esperanzas de vida eterna?” podríamos responder: “Nunca le he hecho mal a nadie. He tratado de seguir la Regla de Oro. He tratado de guardar los Mandamientos. He asistido a la iglesia. He orado. He dado dinero a los pobres. He sido bondadoso con mi prójimo.” Si así lo hacemos, estamos confiando en nuestra propia justicia para llegar al cielo. El problema es el siguiente: “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). “. . .somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapos de inmundicia” (Isaías 64:6). El pecado contamina todos los días de nuestra vida. Por tanto, mientras confiemos en nosotros mismos, *nunca* lo lograremos. Necesitamos confiar en la obediencia de otra persona: la de *Jesucristo*, el *único* que siempre vivió en conformidad con la perfecta norma de Dios; el único que nunca pecó; el único que no tiene mancha, que fue tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado.

La Biblia dice que la vida perfecta de Jesucristo no sólo fue un *ejemplo* para nosotros (que muchas personas comprenden), sino que también fue una vida *sustitutiva*. Cristo vivió una vida perfecta en nuestro lugar, y está dispuesto a vestirnos con su obediencia, para que comparezcamos sin mancha delante de Dios, vestidos con la justicia de Jesucristo. Uno de los

nombres que se le dieron a Jehová en el Antiguo Testamento fue “Jehová, justicia nuestra” (Jeremías 23:6). Cristo es nuestra justicia. El vivió en nuestro lugar. La Escritura dice: “. . .por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Romanos 5:19).

Nos presentaremos delante de Dios vestidos con nuestra propia justicia (cuando las luces se enciendan, veremos que estamos vestidos con trapos de inmundicia), o vestidos con la justicia de Jesucristo, el único perfecto. ¿En la bondad de quién confiaremos? ¿En la nuestra, o en la de Cristo?

Me asombra saber cuántas personas se sientan en la iglesia año tras año, y suponen que todo lo que el cristianismo tiene que decirle a la gente es lo siguiente: “Sean buenos; esfuércense más; hagan todo lo posible.” No entienden en absoluto ni siquiera el mensaje más básico y elemental del cristianismo: que en nosotros mismos no hay esperanza; que nuestra justicia, en la cual tantísimos confían, es simplemente trapos de inmundicia. Pablo describe su propia justicia como “basura” (Filipenses 3:8).

Tenemos que ser hallados en Cristo por la fe en él. Al creer y confiar en lo que El hizo, podemos ser vestidos con su justicia, y así nos presentaremos sin mancha ante el trono de Dios. Estas son las gloriosas buenas nuevas — el mensaje del Evangelio —: aunque usted y yo somos pecadores — inmundos, indignos, merecedores de lo malo, merecedores del infierno — Cristo, el único Digno de todo, vivió y murió por nosotros en nuestro lugar. Si creemos y confiamos en El, no recibiremos lo que merecemos, sino lo que El merece: el paraíso.

8

Por qué creo en Cristo

Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad

Colosenses 2:9

¿Por qué la gente cree en Cristo? ¿Será por causa de alguna emoción, de alguna predisposición peculiar, de algún deseo de creer con el corazón lo que con la mente se sabe que no es verdad? ¿Hay alguna evidencia real?

El cristianismo es la única religión en el mundo que se basa en evidencias históricas. La Biblia nunca nos llama a una fe ciega, sino a la fe en aquello que ha sido establecido por las evidencias. Las evidencias que existen con respecto a Jesucristo son absolutamente abrumadoras. Nadie puede descreer en Cristo por falta de evidencias.

Consideremos algunas de las razones por las cuales creemos en Jesucristo. En este gran debate de los siglos, Johann Wolfgang Goethe, tal vez el más elevado de los poetas y literatos alemanes, dijo: “El conflicto entre la fe y la incredulidad sigue siendo el apropiado, el único, el más profundo tema de la historia del mundo y de la humanidad, al cual todos los demás están subordinados.” De modo que el gran asunto de la lucha de este mundo es si creemos o no creemos en Jesucristo. El doctor Philip Schaff, eminente historiador y profesor de la Universidad de Yale, nos hace la siguiente advertencia: “Los increídu-

los raras veces se convencen mediante el argumento; porque los resortes de la incredulidad están en el corazón, y no en la cabeza.”¹ Una mente y un corazón reprobados producen palabras, obras y acciones de carácter impío.

Un hermano en la fe de Cristo y yo estábamos en medio de varios hombres impíos de cuyas bocas fluía una constante efusión de inmundicia. Al retirarnos, mi amigo me dijo: “La mente reprobada; en enemistad con Dios.” ¡Cuán cierto es esto! El doctor Schaff continúa: “Pero los investigadores honrados y los escépticos sinceros, como Natanael y Tomás, que aman la verdad y sólo desean apoyo tangible para su débil fe, nunca se negarán cuando se les presentan las evidencias, a abrazarlas con regocijo y gratitud, y a adorar al Dios encarnado.”² Para los que sinceramente buscan la verdad, hay abundantes evidencias.

Jesucristo: ¿qué diremos acerca de El? El es el fundador de la religión más grande en la historia del mundo. El cristianismo dobla en número a su más cercano competidor. Actualmente hay 1320 millones de personas que afirman ser cristianas.

¿Qué diremos de Jesús? Algunos dicen que El sólo fue un mito; que en realidad nunca existió. Es ésta una posibilidad que pudiéramos considerar.

Un historiador escribió que los más sabios oponentes del cristianismo han abandonado la hipótesis legendaria por considerarla absolutamente incompatible. El historiador J. Gilchrist Lawson dice: “La teoría legendaria, o mítica, sobre la existencia de Cristo no es sostenida por ninguno que sea digno de llamarse erudito. Las evidencias históricas de la existencia de Cristo son mucho mayores que las que apoyan cualquier otro evento de la historia antigua. Ningún erudito sincero podría rechazarlas sin renunciar también a su fe en todos los eventos registrados

en la historia antigua."³ Las evidencias en cuanto a la historicidad de Cristo son tan grandes, que no conozco a ningún historiador del mundo libre que se atreva a exponer su reputación, negando que Jesucristo existió alguna vez.

¿Cómo sabemos que El existió? ¿Simplemente porque la Biblia nos lo dice? Esa *es* una razón. Tenemos cuatro biografías de Cristo en la Escritura, y el testimonio de los historiadores de los Evangelios es mucho más exacto y detallado que el de cualquier historiador secular, como ya lo hemos estudiado en anteriores capítulos de este libro.

Algunos suponen que, fuera de los Evangelios, ningún escritor antiguo menciona a Jesucristo. Están muy equivocados. Entre los historiadores y escritores seculares de la antigüedad que se refieren a Cristo y al cristianismo están los siguientes: Tácito, el historiador romano; Suetonio; Plinio el joven; Epicteto; Luciano; Aristides; Galeno; Lampridio; Diocasio; Hinerio; Libanio; Amiano; Marcelino; Eunapio; Zósimo. Otros escribieron libros enteros contra el cristianismo, entre ellos Luciano, Celso, Porfirio, Hierocles y Julián el Apóstata. Otros muchos escritores, incluso algunos judíos, escribieron acerca de Jesucristo.

Tan abundante es el testimonio con respecto a Cristo, que el doctor Schaff dice: "Parado sobre esta roca, me siento seguro contra todos los ataques de los incrédulos. La persona de Cristo es para mí el más grande y más seguro de todos los hechos; tan cierto como mi propia existencia personal."⁴

Poncio Pilato, el procurador de Judea que condenó a Cristo a la muerte, escribió acerca de esas extraordinarias actividades a Tiberio César, en un documento aparentemente bien conocido, al cual han hecho referencia otros personajes históricos. Un apologista cristiano, al recibir a otro César algunos años después,

lo estimuló a que revisara sus propios archivos y descubriera en el informe de Poncio Pilato que estas cosas fueron ciertas. En ese largo informe, luego de describir los milagros de Cristo, Pilato afirma: "Y Herodes y Arquelao y Felipe, Anás y Caifás, con todo el pueblo, me lo entregaron, haciendo un gran tumulto contra mí para que yo lo juzgara (a Cristo). Por tanto, habiéndolo azotado primero, y no habiendo hallado contra él ninguna causa de malas acusaciones u obras, ordené que fuera crucificado. Y cuando fue crucificado, hubo tinieblas sobre todo el mundo, oscureciéndose el sol a mediodía, y apareciendo las estrellas, pero en ellas no apareció fulgor; y la Luna, como si se hubiera convertido en sangre, no dio su luz."⁵

Talo, otro escritor secular, en el año 52 d.C., escribió acerca del hecho de que el Sol no dio su luz desde el mediodía hasta las tres de la tarde, y dice que eso tuvo que haber sido un eclipse. Sin embargo, sabemos que Cristo fue crucificado en el tiempo de la pascua, que era el tiempo de la luna llena, y no puede haber un eclipse de Sol en el tiempo de luna llena.⁶ Sin embargo, este escritor pensó que tenía que ofrecer alguna explicación naturalista del fenómeno en que el Sol dejó de dar su luz.

F. F. Bruce, profesor de crítica y exégesis bíblicas en la Universidad de Manchester, dice: "Algunos escritores pueden jugar con la fantasía de un 'Cristo mítico', pero no pueden hacerlo basados en las evidencias históricas. La historicidad de Cristo es tan axiomática para el historiador desprejuiciado, como la historicidad de Julio César. No son los historiadores los que propagan las teorías sobre un 'Cristo mítico'."⁷ Tácito, al discutir el intento que hizo Nerón para cubrir el hecho de que él incendió a Roma, escribió lo siguiente: "Por tanto, para suprimir el

rumor, falsamente acusó de ser culpables a las personas que comúnmente se llaman cristianos, que eran odiados por sus perversidades, y los castigó con las más exquisitas torturas. Cristo, el fundador de ese nombre, fue sentenciado a muerte por Poncio Pilato, procurador de Judea en el reinado de Tiberio; pero la perniciosa superstición, reprimida por un tiempo, brotó de nuevo, no sólo en toda Judea, donde se originó ese mal, sino también por toda la ciudad de Roma.”⁸ Así nos recuerda Tácito que Cristo fue crucificado por Poncio Pilato durante el reinado de Tiberio César. También nos recuerda que fue Cristo el fundador de la religión cristiana, que, para ese tiempo, se había difundido por toda Judea y en todo el trayecto hasta Roma. Plinio el joven, quien estaba condenando a muerte a los cristianos — hombres y mujeres, niños y niñas — finalmente le escribió al emperador Trajano, para pedirle consejo. Quería saber si debía matar a todos los cristianos, o sólo algunos de ellos. En la misma carta, dice: “Ellos afirmaban, sin embargo, que toda su culpa, o su error, consistía en que ellos tenían el hábito de reunirse en cierto día determinado, antes de amanecer, y cantaban en voz alternada un himno a Cristo como a un dios, y se obligaban con solemne juramento, a no hacer obras perversas.”⁹ Así que, por lo que escribió Plinio, descubrimos que los cristianos creían que Jesucristo era Dios, y que se reunían muy temprano cada semana, y lo adoraban.

Un primitivo escritor sirio, Mara Bar-Serapion, alrededor del año 73 d.C., escribió a su hijo para advertirle que no se involucrara en malas acciones, y para recordarle las terribles consecuencias que venían sobre las personas por matar a hombres piadosos. También le dijo: “¿Qué provecho obtuvieron los judíos al ejecutar a su sabio Rey? Fue precisamente

después de eso, que el reino de ellos fue abolido. Dios vengó justamente a esos hombres sabios. los judíos, arruinados y echados de su tierra, viven en completa dispersión.”¹⁰ Pero las enseñanzas de su sabio Rey permanecen.

Juliano el Apóstata se empeñó en destruir al cristianismo. Escribió un libro entero contra el mismo. Pero en ese libro, en vez de destruir el cristianismo, afirma que Jesús nació durante el reinado de Augusto, en el tiempo que Cirenio hizo el censo de Judea. El también confirma el hecho de que la religión cristiana comenzó a surgir en el tiempo de los emperadores Tiberio y Claudio. Afirma la autenticidad de los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, como fuentes auténticas de la religión cristiana. Ese mismo Juliano fue a Jerusalén para refutar la Biblia, pero fracasó. Cuando destruyó el muro de Babilonia, sin saberlo confirmó la profecía bíblica. Cuando finalmente le llegó el momento de la muerte, levantando su daga hacia el cielo contra Jesús, recogió su sangre, pues había sido herido en la batalla, y la tiró hacia arriba el aire y dijo: “Has vencido, galileo.”¹¹ Juliano no dejó ni huellas del paganismo que él se esforzó por restablecer. Todos sus esfuerzos se evaporaron ante el poder del galileo.

Muchos otros escritores hablaron acerca de Cristo. Josefo, el famoso historiador judío, nos dice que en ese tiempo se levantó un gran hombre, a quien los líderes de su pueblo condenaron a muerte por mano de Poncio Pilato, y ése era el Cristo.¹²

Algunos han dicho que ésta es una interpolación; que Josefo nunca habría dicho que Jesús fue el Cristo, y nunca habría dicho que “nuestros líderes cometieron una acción perversa al condenarlo a muerte”. Josefo cambió de partido, se rindió a los romanos y vivió en Roma acogido a los beneficios de César. ¿Y

quién sabe si en realidad él aceptó a Cristo, o no? Los que tratan de deshacerse de este pasaje, están respaldados únicamente por sus propios prejuicios, pues cada manuscrito de los escritos de Josefo contiene ese pasaje, como también menciones de Jacobo, el hermano de Jesús, de Juan el Bautista y de otras cosas que se hallan en el Nuevo Testamento. Así que la historicidad de Cristo es algo que no puede atacarse; ¡no es un mito ni una leyenda!

¿Y qué diremos del carácter único de Este que sabemos que existió? Estudiando muchas biografías, he hallado algo que todos los historiadores han descubierto: cuanto más uno estudia a cualquier ser humano, tanto más palidece su fulgor. No importa cuán grande haya sido el héroe, si uno lo examina de cerca, le ve los pies de barro; le ve todas las fragilidades y puntos vulnerables. El doctor Schaff dice que toda la grandeza humana disminuye cuando se examina más de cerca; pero el carácter de Cristo se hace aún más puro, más sagrado y más amable, a medida que lo conocemos mejor.

Toda la gama de la historia y de la ficción no ofrece ningún paralelo a su carácter. Nunca ha habido nadie como Jesucristo. Cuanto más estudiemos su vida, tanto más nos impresiona. Sólo las personas que ignoran cómo fue la vida de El, pudieran decir algo para despreciarla. Cuando examinamos su vida, lo vemos como el absolutamente amable; El es el Cristo incomparable; El es el Cristo transparente. Como lo dijera Sidney Lanier: “¿Qué hallaríamos en El para perdonar? El es el único que nunca hizo nada indebido; el único en quien nadie jamás ha podido hallar falta alguna; el único que pudo decir: ‘¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?’ ” El es el Hombre perfecto, el Ejemplo perfecto de la humanidad.

A veces hay quienes dicen: “Sólo la gente ignorante

creería que Cristo fue una gran persona.” Escuchemos a algunas de las mentes más brillantes que jamás hayan vivido. Jean Jacques Rousseau, uno de los más grandes intelectos de Francia y un gran opositor del cristianismo, en la última parte de su vida admitió en su obra *Emile*, que no podría haber la menor comparación entre Sócrates y Cristo; como no la hay entre un sabio y Dios. Goethe, ese genio sublime de Alemania, dijo que Jesús fue “el Hombre Divino”, “el Santo” Jean Paul Friedrich Richter dijo: “El es el más puro entre los poderosos, y el más poderoso entre los puros.” Ernesto Renán, el gran orientalista, lingüista, erudito y crítico francés, quien trató de hacer añicos la Biblia, luego de todos sus intentos, dijo que Cristo era “un hombre incomparable, para quien la conciencia universal ha decretado el título de *Hijo de Dios*, y eso con justicia, pues El hizo que la religión diera un paso de avance incomparablemente mayor que cualquier otro en el pasado, y probablemente mayor que cualquier otro en el futuro.” Renán termina su obra *Vida de Jesús* con esta notable concesión: “Cualesquiera que sean las sorpresas del futuro, *Jesús jamás será sobrepasado.*”¹³ Rousseau también dijo: “¿Supondremos que la historia evangélica es una mera ficción? En realidad, no tiene indicios de ficción. . . Por el contrario, la historia de Sócrates, la cual nadie se atreve a poner en duda, no está tan bien atestiguada como la de Jesucristo”¹⁴

Usted habrá oído el famoso testimonio que Napoleón Bonaparte dio en la isla de Santa Elena: “Conozco a los hombres; y les digo que Jesucristo no es un hombre.” Después de una vida impía, Napoleón llegó a sus últimos días allí en una isla desierta. Leyendo las Escrituras cada día, llegó a las siguientes conclusiones: “Las mentes superficiales ven un parecido entre Cristo y los fundadores de los imperios, entre El y los

dioses de otras religiones. Ese parecido no existe. Existe entre el cristianismo y cualesquiera otras religiones una distancia de infinitud. Podemos decir a los autores de todas las otras religiones: ‘Vosotros no sois dioses ni agentes de la Deidad. No sois sino emisarios de la falsedad, moldeados con el mismo barro con que fueron moldeados el resto de los mortales. Fuisteis hechos con todas las pasiones y los vicios que son inseparables de ellos. Vuestros templos y sacerdotes proclaman vuestro origen. Tal será el criterio, la exclamación de la conciencia, de cualquiera que examine los dioses y los templos del paganismo.’ Pero Jesucristo, dijo él, lo asombró y lo llenó de temor.¹⁵

William Shakespeare, tal vez el más grande genio literario de todos los tiempos, escribió en su testamento: “Encomiendo mi alma en las manos de Dios, mi Creador, esperando y creyendo sin vacilación que, por los méritos de Jesucristo mi Salvador, seré hecho participante de la vida eterna.” Lord Byron dijo: “Si alguna vez el hombre fue Dios, o Dios hombre, Jesucristo fue ambas cosas.” Y James Greenleaf Whittier: “La base de la esperanza para mí mismo y para la humanidad está en aquella divina plenitud de amor que se manifestó en la vida, las enseñanzas y el sacrificio de Cristo. En la infinita misericordia de Dios así revelada, y no en ningún valor o mérito de nuestra naturaleza, yo, humildemente y, sin embargo lleno de esperanza, confío.” Charles Dickens también: “Encomiendo mi alma a la misericordia de Dios, por medio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. De la manera más solemne, ahora imprimo sobre vosotros la verdad y belleza de la religión cristiana, tal como vino de Cristo mismo, y la imposibilidad de equivocaros ampliamente, si la respetáis humilde, pero sinceramente.” León Tolstói, el gran genio de las letras rusas, que una vez fuera ateo de la clase más

frenética, dijo lo siguiente: “Durante 35 años de mi vida fui, en la acepción propia de la palabra, un nihilista; no un revolucionario socialista, sino un hombre que no creía en nada. Hace cinco años me vino la fe. Creí en la doctrina de Jesús, y toda mi vida experimentó una repentina transformación. . . la vida y la muerte dejaron de ser males; en vez de la desesperación, gusté el gozo y la felicidad que la muerte no podría quitarme.”¹⁶

Goethe dijo: “Considero los cuatro Evangelios como completamente genuinos, porque de ellos sale el reflejado resplandor de una sublimidad procedente de Jesucristo.” George Bancroft, el gran historiador norteamericano, dice que él ve el nombre de Jesucristo escrito a través de todas las páginas de la historia moderna. William E. H. Lecky, el gran escéptico e incrédulo, autor de la obra *The History of Rationalism in Europe* (La historia del racionalismo en Europa), analizó toda la historia del pensamiento de Europa de todas las épocas, y dijo: “Le estaba reservado al cristianismo presentar al mundo un Personaje ideal, que a través de todos los cambios de 18 siglos ha llenado los corazones de los hombres con un amor apasionado, y ha demostrado ser capaz de actuar en todas las épocas, naciones, temperamentos y condiciones; y que no sólo ha sido el más sublime patrón de virtud, sino el más alto incentivo para su práctica.” Ruskin, Lessing, Webster, Wagner y muchísimos más estuvieron de acuerdo con lo antedicho.¹⁷

Hay libros que están llenos de los millares de testimonios de las mentes más grandes que este mundo haya producido jamás. Jesucristo mismo fue la persona más grande que este mundo jamás haya conocido. Simplemente a partir de los escritos de aquellos que descreyeron totalmente en el cristianismo, uno puede dar fe de que Cristo es el ser humano

más grande que jamás haya vivido en este mundo. Pilato dijo que Cristo fue “El hombre sin delito.” Diderot lo llamó “El insuperable”. Napoleón lo llamó “El emperador del amor”. David Friedrich Strauss, aquel gran crítico alemán, dijo de Cristo que era “El más sublime modelo de religión”. John Stuart Mill, cuyos escritos han llevado a algunos a decir que este escritor fue el hombre más inteligente que jamás haya vivido, llamó a Cristo “El gúfa de la humanidad”. Lecky lo llamó “El más sublime patrón de virtud”. Pecant lo llamó “El Santo delante de Dios”. Martineau lo llamó “La flor divina de la humanidad”. Renán lo calificó de “El más grande entre los hijos de los hombres”. Theodore Parker lo encomió como “la juventud con Dios en su corazón”. Francis Cobb lo llamó “El regenerador de la humanidad”. Robert Owen lo calificó de “El irreprochable”.

Ninguna de estas cosas es suficiente. ¡Jesucristo es infinitamente más que todo eso! El es el Creador divino del universo, Aquel sin el cual nada de lo que ha sido hecho, fue hecho; quien vino a este mundo a morir por el pecado de la criatura humana. ¡El es Dios encarnado! El es Aquel que declaró: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58). El es el que dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17). El que declaró: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). El exige absoluta sumisión a su voluntad. Quiere ser el Señor y Maestro y Rey de nuestra vida. El demanda que nos arrepintamos de nuestros pecados y que llevemos todo pensamiento cautivo a El; que absoluta y completamente nos rindamos a El como Señor y Salvador.

Jesucristo es real, y un día sabremos que esto es un hecho, porque ante El se doblará toda rodilla. ¡Todos los que hayan vivido jamás: los ateos más volubles, los escépticos más racionalistas, los más perversos y

profanos y viles, todos ellos un día doblarán sus rodillas ante El y proclamarán que El es el Señor de todos!

Todas estas son razones por las cuales creo en Jesucristo. Pero no fue así como llegué a conocerlo. Llegué a conocerlo primeramente cuando lo vi levantado ante mis ojos como el divino Salvador que me amaba y estaba muriendo por mis pecados; Aquel cuya frente estaba traspasada por las espinas, cuyas manos estaban clavadas a la cruz; el que dijo: “Venid a mí . . . y yo os haré descansar”. (Mateo 11:28). Allí vi al Amante de mi alma: Aquel que me amó más que padre, o madre, o esposa o hijo; Aquel que me amará eternamente; el único que fue una vez al infierno por mí. Recuerdo que me deslicé de la silla y caí de rodillas, y lo invité a que entrara en mi vida. ¿Por qué? Porque yo estaba conmovido por el Espíritu de Dios e irresistiblemente atraído hacia El. Y así fue como llegué a conocer al Cristo viviente, y a creer en El, *mi* divino Redentor.

9 Por qué creo en la resurrección

A quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios.

Hechos 1:3

Desde el comienzo del tiempo, los hombres y las mujeres han respondido a la muerte de sus seres amados con un gemido como el de Job: "Si el hombre muere, ¿volverá a vivir?" (Job 14:14). La filosofía humana y las religiones paganas no han podido responder con más que un signo de interrogación, un deseo o una vaga esperanza.

A Platón, el gran genio de la filosofía griega se le preguntó: "¿Volveremos a vivir?" El respondió: "Así lo espero, pero nadie sabe." Las tumbas de Mahoma, de Buda y de Confucio están ocupadas, pero la de Cristo está vacía hasta hoy.

¿Por qué, entonces, creemos en la resurrección de Cristo, ésta que es la más importante de todas las doctrinas cristianas, junto a la cual todas las demás doctrinas son relativamente insignificantes? Aun la cruz de Cristo, sin la resurrección, simplemente simboliza a Aquel que fue rechazado por los hombres, a Aquel que fue colgado allí y maldito por Dios. Pero fue por la resurrección que Cristo fue declarado Hijo de Dios con poder, y fue por la resurrección que Dios

declaró acepto su sacrificio expiatorio. Este es el centro de la fe cristiana. Con ello, todo permanece, o todo cae. Por tanto, a lo largo de 19 siglos todos los escépticos han apuntado sus cañones de más grueso calibre contra la resurrección de Jesucristo.

¡Las evidencias relacionadas con la resurrección de Jesucristo se han examinado más cuidadosamente que las de cualquier otro hecho de la historia! Estas evidencias han sido pesadas y consideradas por los más grandes eruditos, entre ellos Simon Greenleaf, Profesor de Leyes en la Universidad de Harvard desde 1833 hasta 1848, quien ayudó a llevar la Escuela de Derecho de Harvard a la preeminencia y que ha sido catalogado como la mayor autoridad en evidencias legales de la historia del mundo. Cuando Greenleaf volvió su mente hacia la resurrección de Cristo, y la enfocó con las luces de todas las leyes de las evidencias, llegó a la conclusión de que la resurrección de Cristo era una realidad, que era un evento histórico, y que cualquiera que examinara honestamente las evidencias de ella, se convencería de que esto era cierto.¹ Lo mismo ocurrió con Frank Morison, un abogado británico, quien se dedicó a escribir un libro para repudiar la resurrección de Jesucristo. Escribió su libro, pero no fue el libro que se propuso escribir. Al examinar las evidencias de la resurrección de Cristo, este abogado escéptico las halló tan abrumadoras, que se vio obligado a aceptarlas, y llegó a ser un creyente. El libro que escribió lo tituló: *Who Moved the Stone?* (¿Quién movió la piedra?) Allí establece las evidencias de la resurrección de Cristo. El primer capítulo lleva por título: "El libro que se negó a ser escrito". Lew Wallace también se propuso escribir un libro que refutara la deidad de Cristo y su resurrección, y terminó escribiendo un famoso libro defendiéndolas. Este libro se titula *Ben Hur*.

En las mentes de aquellos que han tomado tiempo para examinar las evidencias de la resurrección de Cristo, éstas son significativas en grado sumo. He conocido a muchas personas que no creen en la resurrección de Cristo; pero jamás he conocido a una sola persona que haya leído aun un solo libro sobre las evidencias de la resurrección, que no haya creído en ella.

Consideremos algunas de estas evidencias. Está el hecho del día del Señor. Durante milenios, el pueblo hebreo había sostenido su doctrina sabática. ¡Luego hallamos que un grupo de cristianos primitivos que eran judíos, cambiaron el día de adoración, del séptimo día al primero de la semana! ¿Qué explicación se puede dar para el hecho de que abandonaran algo a lo cual se habían aferrado tan tenazmente? Ninguna otra que no sea aquel monumental evento de la resurrección de Cristo de entre los muertos, que ocurrió el primer día de la semana; su aparición a los discípulos el primer día de la semana; y el derramamiento del Espíritu Santo sobre la Iglesia en Pentecostés el primer día de la semana. Y así leemos que los discípulos de Jesucristo se reunían para adorarlo el primer día de la semana.

Luego está el hecho de la pascua de resurrección. La fiesta de los judíos que se llamaba la Pascua, fue sustituida por la pascua de resurrección. ¿Por qué los judíos, que sostenían que la Pascua era el evento más significativo de la historia de su nación, la abandonaron en favor de la pascua de resurrección, que era la fiesta de las fiestas de los cristianos? El saludo era: "¡Cristo ha resucitado!" Y la respuesta: "¡Cristo ha resucitado en verdad!" ¿Qué otro hecho que no sea la resurrección puede explicar la existencia de la fiesta de la pascua de resurrección, que se remonta hasta los tiempos de la iglesia primitiva?

Está el hecho de los sacramentos cristianos, que no sólo señalan hacia la muerte y el sufrimiento de Cristo, sino también hacia su resurrección con poder. Estos sacramentos se han practicado sucesivamente y de manera ininterrumpida desde los mismos tiempos de la muerte de Cristo.

Está el hecho del arte cristiano. Desde el tiempo de las persecuciones, se hallan esculpidas en los muros de las catacumbas de Roma, representaciones de la resurrección de Cristo, como parte de las primeras creencias de los cristianos.

También está el hecho de la himnología cristiana. En los primeros días de la Iglesia cristiana se cantaban himnos a Jesucristo resucitado.

Luego tenemos el innegable hecho de la Iglesia cristiana. Muchas personas no hacen la conexión entre la Iglesia y la resurrección, pero todos los eruditos la han hecho. La Iglesia cristiana es la institución más grande que existe o que haya existido jamás en la historia del mundo. La Iglesia cristiana es cinco veces más grande que el imperio romano cuando el mismo estuvo en su máximo esplendor. Más de 1300 millones de personas profesan hoy que adoran a Jesucristo como el Hijo de Dios viviente y resucitado. ¿Cómo llegó a existir tal institución? Como alguien dijo: "El Gran Cañón del Colorado no lo formó un indio arrastrando un palo." Tampoco llegó a existir una institución de la magnitud de la Iglesia cristiana por los ensueños de soñadores ociosos de días pasados. Todos los historiadores saben que los orígenes de la Iglesia cristiana se remontan a la ciudad de Jerusalén, en el año 30 d.C., el tiempo en que Cristo murió y resucitó.

Usted puede estudiar la obra *Outline of History* (Perfil histórico) de H. G. Well, u otros libros de historia secular, y hallar que por lo general, los

mismos narran la historia de la vida y muerte de Jesucristo. Luego, un nuevo capítulo comienza a contar el surgimiento de la Iglesia cristiana y la predicación de los discípulos, y de algún modo hay una conexión entre los dos capítulos. Es un hecho indiscutible de la historia, no de la fe, que la mayor institución de la historia del mundo comenzó en Jerusalén en el año 30 d.C. cuando los apóstoles comenzaron a predicar que Jesucristo había resucitado de entre los muertos. El corazón y la sustancia mismos del mensaje de los cristianos primitivos era que Cristo había resucitado de entre los muertos. El primer mensaje predicado el día de Pentecostés trató enteramente acerca de la resurrección de Cristo: acerca de las profecías que al respecto se habían dado en el Antiguo Testamento; acerca del hecho de que ellos habían crucificado al Señor de la gloria y que Dios lo había levantado de entre los muertos; acerca del hecho de que ellos eran testigos de esas cosas; acerca del hecho de que el Cristo resucitado ahora había derramado su Espíritu; y con respecto al hecho de que, por cuanto El había resucitado, podía garantizar la remisión de pecados a todos los que creyeran en El.

Toda la Escritura, y el testimonio de los incrédulos y de los enemigos hostiles del cristianismo por igual, declaran que la Iglesia fue esparcida por todas partes, a causa de esta enseñanza de que Cristo había resucitado de entre los muertos. Es un hecho que la Iglesia de Jesucristo comenzó a existir por cuanto los apóstoles declararon que El había resucitado de entre los muertos.

Hay tres alternativas posibles: (1) esto fue un fraude y los apóstoles mintieron; (2) estaban engañados, desilusionados y en un error; (3) Cristo resucitó en verdad de entre los muertos. Consideremos los

esfuerzos que han hecho los escépticos para negar el hecho de la resurrección.

En más de 20 años de estudiar la resurrección, he descubierto que ella es como una isla protegida por toda suerte de arrecifes colocados alrededor en círculos concéntricos. Cualquier barco que intente pasar para destruir esa isla, quedará embarrancado en uno u otro de esos arrecifes. Los escépticos, ateos e incrédulos que han apuntado sus cañones de más grueso calibre contra la resurrección, sólo han propuesto un puñado de teorías. Todo lo que uno tiene que hacer para quedar más convencido aún de la resurrección de Cristo, es examinar estas teorías para ver cuán vanas son. En su obra *The Cause and Cure of Infidelity* (La causa y la cura de la incredulidad), el doctor David Nelson narra que, siendo él joven y hallándose en la universidad y en la escuela de posgrado, perdió la fe, pero aun así se hallaba trastornado por una intranquilidad de conciencia. Con el fin de reforzar su incredulidad, leyó los escritos de todos los más grandes ateos. Tuvo la suficiente perspicacia como para comprender que los argumentos de ellos eran tan fatuos y vacíos, que no tenían validez. Esto lo condujo a su conversión a Cristo.

Nos hallamos frente al hecho de que se cumplieron las profecías del Antiguo Testamento referentes a la resurrección de Cristo y las predicciones hechas por el mismo Cristo en el sentido de que sería arrastrado, azotado y crucificado, y que al tercer día resucitaría de entre los muertos. Si suponemos que El estaba metido en alguna conspiración, tenemos que enfrentarnos al carácter del mismo Jesucristo; al carácter de este Hombre, con respecto a quien todo el mundo se une para declarar que El fue el más grande, el más ético, el más puro, el más íntegro de todos los

hombres que el mundo haya conocido jamás. Nos hallamos frente a la tumba vacía: frente a aquella piedra contra la cual muchas teorías se han vuelto añicos. Nos enfrentamos al hecho de la mortaja que se halló en el sepulcro; al testimonio de los testigos; a las doce distintas ocasiones en que Cristo se apareció a diversas personas; al hecho de que una vez lo vieron resucitado más de 500 personas; a la naturaleza de esas apariciones, que ocurrieron en la mañana, en la tarde y en la noche, adentro o afuera, en las cuales ellos palparon y lo tocaron con sus propias manos; a la tremenda transformación de los apóstoles, de temerosos y tímidos cobardes, a osados proclamadores del Evangelio. El apóstol Pedro, que un día se amedrentó frente a una pequeña criada, unos días después estaba enfrentado a todo el Sanedrín, afirmándoles que no podía evitar declarar lo que había visto y oído. Luego tenemos la fidelidad, el carácter, el sufrimiento y la muerte de estos testigos, la mayoría de los cuales sellaron su testimonio con su propia sangre.

Este es un hecho vitalmente importante. En la historia de la sicología nunca se ha sabido de alguna persona que estuviera dispuesta a dar su vida por algo que sabía que era una mentira. Yo solía preguntarme por qué sería que Dios permitió que los apóstoles y todos aquellos cristianos primitivos fueran sometidos a tales sufrimientos, a tan tremendas e increíbles torturas. Los fundamentos del cristianismo están tan establecidos, que son absolutamente incommovibles hoy. Paul Little dijo: "Los hombres morirán por lo que creen que es verdad, aunque realmente pueda ser falso. Sin embargo, no morirán por lo que saben que es una mentira."²

Tenemos el hecho y el testimonio de la ascensión de Cristo. Tenemos el innegable hecho de la tremenda

conversión y transformación del apóstol Pablo: se cambió de Saulo, el perseguidor y matador de cristianos, a Pablo, el más grande apóstol de la historia del cristianismo.

Consideremos algunas de las diversas teorías que tratan de dar una explicación tal de la resurrección, que quede eliminada como hecho. En el plano del fraude, hay la idea de que, o bien los discípulos solos, o ellos mismos en complicidad con Jesucristo, conspiraron para engañar al mundo a fin de que creyera que El había resucitado de entre los muertos. Esta fue la primera teoría de todas que se dio a conocer. Se halla en la Biblia misma, cuando los guardias acudieron a Jerusalén e informaron al Sanedrín (la corporación gobernante de los judíos) que la tumba estaba vacía, y todo lo que había ocurrido. El Sanedrín les dio a los guardias una gran suma de dinero y les dijo: "Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo" (Mateo 28:13, 14). En toda la historia de la jurisprudencia, nunca, en ninguna circunstancia, ha habido un testigo a quien se haya permitido dar testimonio de lo que ocurrió mientras estaba dormido. "Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos." El hecho de que un soldado romano se quedara dormido cuando estaba de guardia, significaba inevitablemente que se le aplicaría la pena de muerte con todo el rigor.

El teólogo escocés doctor Principal Hill hizo el siguiente comentario sobre esta idea de falsedad, en lo que creo que es una cita clásica. Luego de examinar las evidencias, dijo: "Pero si, a pesar de toda apariencia de verdad, uno supone que el testimonio de ellos era falso, entonces se amontonan sobre uno

inexplicables circunstancias de intensa absurdidad. Uno tiene que suponer entonces que doce hombres de nacimiento humilde, sin educación, que vivían en aquella condición humilde que colocaba los conceptos ambiciosos fuera de su alcance y lejos de sus pensamientos, sin ninguna ayuda del estado, formaron el plan más noble que jamás haya entrado en la mente del hombre, adoptaron los medios más osados para ejecutar ese plan, y lo condujeron con tal destreza, que pudieron esconder la impostura bajo la apariencia de simplicidad y virtud. Uno tiene que suponer que esos hombres, culpables de blasfemia y de falsedad, se unieron en el intento mejor ingeniado, y que de hecho ha demostrado tener el mayor éxito, de hacer al mundo virtuoso; que formaron esa empresa singular sin buscar ningún provecho para ellos mismos, con un declarado desprecio de pérdidas y ganancias, y con la segura expectación de ser escarnejados y perseguidos; que aun cuando estaban conscientes uno de la villanía del otro, ninguno pensó jamás en hacer provisión para su propia seguridad delatando el fraude, sino que, en medio de los más afrentosos sufrimientos para la carne y la sangre, perseveraron en su conspiración para llevar al mundo por engaño a la piedad, a la honestidad y a la benevolencia. En verdad, los que se puedan tragar tales suposiciones, no tienen derecho a objetar los milagros.”³

El abogado Frank Morison dice: “No sólo tenemos que explicar el entusiasmo de sus amigos (los de la Iglesia), sino también la parálisis de sus enemigos y la corriente siempre creciente de convertidos que llegaban a ella. Cuando recordamos que ciertos personajes de Jerusalén que ocupaban altas posiciones, casi ciertamente lo habrían dado todo por estrangular ese movimiento desde su nacimiento, pero no pudieron

— cómo se adoptaron uno tras otro desesperados recursos para silenciar a los apóstoles, hasta el punto de que probaron usar aquel verdadero arco de Ulises que fue la gran persecución y que se rompió en pedazos en las manos de ellos — comenzamos a comprender que, detrás de todos esos subterfugios y expedientes, tuvo que haber habido un hecho silencioso e irrefutable, un hecho al que la geografía y el mismo destino le habían dado carácter de inmovible. Comprendemos también por qué, durante los cuatro años en que el cristianismo estuvo creciendo hasta adquirir realmente formidables dimensiones en Jerusalén, ni Caifás, ni Anás, ni ninguno de los reconocidos miembros de la camarilla de los saduceos, a cuyo prestigio y reputación personal se enfrentaba y afrentaba tan profundamente la nueva doctrina, jamás tomaron el atajo obvio para salir de sus dificultades.”⁴ Si el cuerpo de Jesús estaba aún en la tumba en que José lo había puesto, o si ellos mismos lo habían tomado y lo habían colocado en algún otro lugar, ¿por qué no lo dijeron los sacerdotes y saduceos? No, ellos estaban paralizados y totalmente incapacitados para hacer cualquier cosa al respecto. Su única salida era la gran persecución.

Algunos han dicho que la resurrección es una leyenda que fue creciendo gradualmente. Esta fue una teoría popular el siglo pasado, cuando los exponentes de la crítica dijeron que los Evangelios habían sido escritos 100 ó 200 años después de los eventos; pero el avance de la arqueología ha silenciado esta crítica. Ahora sabemos que los Evangelios se remontan precisamente hasta los autores cuyos nombres llevan, y que el testimonio de la resurrección se remonta a la misma década en que ella ocurrió. Por tanto, no hubo ningún posible tiempo en que se desarrollara la leyenda. Además, la leyenda ya se

había desarrollado por lo menos 16 años antes de que Pablo pudiera decir que hubo más de 500 personas que habían visto a Cristo resucitado, la mayoría de las cuales aún vivían en ese tiempo.

La teoría de la visión es, tal vez aún menos sostenible. Esta especula que las apariciones del Cristo resucitado fueron simples visiones o alucinaciones, producidas por las grandes expectativas que estas personas tenían de que Jesús resucitaría de entre los muertos. Si ese hubiera sido el caso, ¿cómo explicamos el hecho de que las mujeres acudieron al sepulcro, llevando especias? ¿Iban a ungir a un Cristo resucitado, o un cuerpo muerto? ¿Cómo explicamos el hecho de que María estaba fuera del sepulcro llorando porque su Señor había muerto y el cadáver había sido robado? ¿Cómo explicamos el hecho de que los dos hombres que iban camino de Emaús estaban totalmente desconsolados y abatidos, por cuanto pensaban que el Cristo que había sido crucificado era el Mesías que debía libertar a Israel, pero ahora estaban convencidos de que todo se había perdido? ¿Cómo explicamos la incredulidad de los discípulos en el Aposento Alto donde Jesús les reprochó su incredulidad? No, ¡ellos no estaban esperando que Cristo resucitara!

¡En la historia de las alucinaciones no hay ningún incidente en que más de 500 personas de diferentes tradiciones, de diferentes temperamentos, hayan visto alguna vez la misma visión al mismo tiempo! Hay además, otros incontables arrecifes en los cuales ese barco encallará. Si fueron simplemente alucinaciones lo que estaban viendo, ¿ninguno de los discípulos pensó en ir al sepulcro para ver si el cuerpo estaba aún allí? Cuando ellos proclamaron sus "alucinaciones", ¿ninguno de sus enemigos pensó alguna vez en dar unos pasos para examinar el sepulcro? Cuando

Pedro predicó el día de Pentecostés acerca de su "gran alucinación", sólo se encontraba a diez minutos de camino de la tumba. Millares de personas creyeron; otros millares oyeron y no creyeron. ¿A nadie se le ocurrió salir corriendo por la calle para confirmar el asunto? ¡Difícilmente! Ciertamente aquellos sofisticados saduceos conspiradores habrían aprovechado toda oportunidad para demostrar que aquello era simplemente una alucinación.

Por último está la teoría del "desmayo". Esta fue propuesta por Venturini; se halla en los escritos de Mary Baker Eddy; se halla también en los escritos de Hugh Schonfield, en la obra *The Passover Plot* (El complot de la pascua). Es interesante, sin embargo, el hecho de que durante más de 1800 años no hubiera nunca ni un susurro de parte de los amigos, ni de los más implacables enemigos del cristianismo, en el sentido de que Jesucristo no hubiera muerto. Algunos de estos escritores recientes han concebido ahora la idea de que Jesús simplemente se desmayó, fue bajado de la cruz y se pensó que estaba muerto; luego, en la frialdad del sepulcro, revivió, salió y convenció a sus discípulos de que él había resucitado de entre los muertos. Ese barco no habría llegado ni siquiera a unos 100 kilómetros de nuestra isla de resurrección.

Consideremos los siguientes hechos: Se pasa por alto la herida que con su lanza romana le causó el centurión al Señor en el costado, con lo cual le salió agua y sangre. Esa era la evidencia empírica de que la vida había cesado, pues la sangre se había separado en sus elementos constitutivos. Está el testimonio del centurión enviado por Pilato, un hombre que trataba y andaba de un lado para otro con la muerte, cuya ocupación era la de ejecutor. El sabía que Jesús había muerto. También estuvo el hecho de los lienzos que se hallaron en el sepulcro. Los judíos envolvían los

cuerpos en esos lienzos, y utilizaban unos 45 kilogramos de especias aromáticas que ponían entre los pliegues, con lo cual los lienzos se adherían alrededor del cuerpo, a la manera de una momia. La cabeza también se envolvía. Las autoridades médicas declaran que si Jesús se hubiera desmayado, lo que se habría necesitado era aire puro, y no una tumba cerrada. Ciertamente lo que no se necesitaba eran lienzos envueltos alrededor de la cabeza ni especias aromáticas que cubriesen la nariz y la boca. Además, si se hubiese colocado a una persona que tuviera tal desmayo en un sepulcro frío, eso le habría producido un síncope cardíaco, de haber estado con vida.

Supongamos que El lograra desenredarse de esos lienzos, sin enredarlos en ningún sentido, y luego fuera hasta la inmensa piedra que sellaba el sepulcro. Habría tenido que moverla con esas manos que habían sido atravesadas por los grandes clavos que usaban los romanos para crucificar. Habría tenido que colocarlas en la parte plana interna de la enorme piedra y simplemente hacerla rodar a un lado. Los términos griegos que se utilizaron en los Evangelios indican que la piedra fue rodada cuesta arriba. ¡En realidad, en sí misma, ésta ya es una hazaña milagrosa! Luego habría tenido que dominar a la guardia romana, que estaba armada, y caminar unos 22 kilómetros, que era la distancia que había que recorrer para un viaje a Emaús de ida y vuelta. Y eso habría sido sólo para aflojar sus pies luego de haber sido atravesados por los clavos, para que estuvieran en forma para el largo viaje hasta el norte de Palestina, a Galilea, ¡para lo cual tendría que trepar una montaña!

El famoso crítico David Strauss, que no creía en la resurrección, pero tampoco creía en la necedad de la teoría del desmayo, dijo: “Es imposible que uno que

acababa de salir de la tumba, que medio muerto se arrastraba débil y enfermo, que necesitaba tratamiento médico, vendaje, fortalecimiento y tierno cuidado, y quien al fin había sucumbido ante el sufrimiento, hubiera podido dar a los discípulos la impresión de que El había vencido la muerte y la tumba — de que El era el Príncipe de la Vida — (impresión) que estuvo en el fondo del futuro ministerio de ellos. Tal resucitación sólo hubiera podido debilitar la impresión que El les había producido en la vida y en la muerte.”⁵

Consideremos la ascensión de Jesucristo. ¿Este que se las arregló para resucitar por su cuenta y salir del sepulcro, también voló hacia el cielo? Esto fue lo que afirmaron los discípulos. ¿O hemos de envolver a los discípulos en este fraude? Recordemos que ellos subsiguientemente entregaron su vida padeciendo horrible muerte. No. Todas las teorías que se han propuesto caen al polvo cuando examinamos hechos tan evidentes que nadie ha podido refutar jamás.

El hecho del sepulcro vacío no sólo es admitido por los amigos del cristianismo, sino también por los enemigos. La guardia romana lo admitió; el Sanedrín tácitamente lo admitió al instruir a los soldados que dijeran que los discípulos lo habían robado.

Trifón, uno de los primeros y más grandes judíos apologistas, en un diálogo con Justino Mártir habla acerca de “un Jesús, engañador galileo, a quien crucificamos; pero sus discípulos lo robaron de noche del sepulcro, donde, después de bajarlo de la cruz, había sido colocado, y ahora engañan a los hombres, afirmando que él resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo.”⁶ Así, aun Trifón admite que el sepulcro quedó vacío, y establece la teoría según la cual los discípulos robaron el cuerpo, teoría que nadie cree hoy.

Hay el hecho final de la experiencia cristiana, que consiste en que este Jesucristo ha ido por todo el mundo y que ha llegado a seres humanos de todas las naciones, lenguas y tribus de la tierra, y los ha transformado; que incontables millones de personas han llegado a saber que El está vivo, por haberse levantado de entre los muertos, y que ha venido para entrar en ellos y transformarlos. El fue el que dijo: "...Yo soy ... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 1:18). "Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente" (Juan 11:26).

Ahora mismo, Cristo está a la puerta de nuestro corazón llamando, y dice: "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). A menos que hayamos acudido a El experimentalmente en el laboratorio de nuestra propia alma, estamos sin esperanzas en este mundo y en el venidero. Pues Jesús y su resurrección son la única esperanza de la humanidad. Sin El, no tenemos nada que esperar, sino un negro hueco en la tierra

¡Cristo resucitó en verdad! El está vivo, como El mismo lo dijo, y está dispuesto a venir a vivir en nuestro corazón, si nosotros estamos dispuestos a arrepentirnos de nuestros pecados y poner nuestra fe en el que murió por nosotros y resucitó

10 Por qué creo en el cristianismo

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas

2 Corintios 5:17

No creo que sea suficiente creer sólo en Cristo y en la Biblia. También es necesario que creamos que el cristianismo ha sido bendición para la humanidad, que ha tenido un efecto beneficioso sobre la raza humana. No todos sostienen tal opinión. La temible activista atea Madalyn Murray O'Hair, por ejemplo, ha dicho que del cristianismo jamás ha venido nada bueno. Si el cristianismo no ha hecho ni producido nada bueno, debemos rechazarlo, sin ninguna otra consideración. Aun Cristo enseñó: "Por sus frutos los conoceréis" (Mateo 7:16).

¿Cuáles son los hechos y los frutos de la fe cristiana? El cristianismo enseña que la raza humana es perversa y pecaminosa, y se halla en una condición de caída, y que aun el más grande de todos los santos está aún impuro y es pecador. Ante todo, pues, debemos tener en mente que tenemos este tesoro en vasos de barro y que nunca ha habido un reflejo perfecto de Jesucristo en la vida de ninguno de sus seguidores.

En segundo lugar, tenemos que recordar que al cristianismo a menudo se le ha echado la culpa de cosas que no hacen los verdaderos cristianos, y que

todos los que lo profesan, no poseen necesariamente lo que profesan. Por ejemplo, tal vez la mancha más negra y la peor acusación que pudiera hacerse contra el cristianismo sería la Inquisición española. Yo no me empeñaría en defenderla. Fue algo deplorable en el más alto grado de la palabra, una épica monstruosa de brutalidad y barbaridad. Fue de naturaleza diabólica.

¿Estaban los cristianos persiguiendo a los que no eran cristianos? No; era totalmente lo contrario. Estoy completamente convencido de que los miembros del partido inquisitorial no eran cristianos. Vivieron en la Edad Media, cuando el Evangelio de Jesucristo había sido casi totalmente olvidado y la fe se había pervertido tanto, que tenía muy poco parecido con la que Cristo había dado. En muchos casos, las víctimas de la Inquisición fueron cristianos evangélicos protestantes que habían llegado a comprender lo que era el Evangelio histórico de Cristo, y habían rechazado las supersticiones papales de ese tiempo. Esas fueron las personas que fueron sometidas a tan tremendas torturas.

The Pit and the Pendulum (El abismo y el péndulo), magnífico libro escrito por Edgar Allan Poe, es un retrato de los inquisidores españoles de la Iglesia romana que aplican todas sus torturas exquisitas a un protestante inglés. La verdad con respecto a la Inquisición es que los que la promovían eran cristianos espurios, hombres que eran cristianos sólo de nombre, y que perseguían a los que realmente lo eran. Cuando esto se entiende bien, denunciar la Inquisición no es levantar un ataque contra el cristianismo. Estoy muy convencido de que ningún cristiano torturaría jamás a nadie.

¿Qué es lo que ha logrado realizar el cristianismo? En primer lugar, debemos notar que, desde que el

cristianismo vino al mundo, el mismo se ha convertido en una fuerza mundial, y hoy es casi tres veces mayor en número que su más cercano rival. Esto se produjo, frente a las más desconcertantes probabilidades, cuando uno considera que el cristianismo es la proclamación de la muerte de un carpintero de Nazaret, de quien se alega que es el divino Creador del mundo. Supongamos que hoy, en las ciudades de Europa o de América, aparecieran unos misioneros que nos dijeran que recientemente algún oscuro labriego había sido condenado a muerte y ejecutado en Persia, el cual tenía la fama de haberse levantado de entre los muertos, y que declaró ser el eterno creador del cosmos. ¿Qué posibilidad cree usted que tales misioneros tendrían en la propagación de tal religión? ¿No puede ver usted que las probabilidades contra la posibilidad de que tal fe se arraigue alguna vez serían asombrosas? Pero esto fue precisamente lo que hicieron los apóstoles en el imperio romano, y aunque nos parezca sorprendente, tuvieron el éxito de derrumbar aquel imperio pagano. Aquella hazaña simplemente demuestra que en esa absurda e increíble declaración tuvo que haber habido inherente algún poder sobrenatural. En efecto, fue el mismo poder del Espíritu de Dios, que descendió y atrajo hacia sí mismo a los que quiso, mediante su irresistible poder.

Contra toda la oposición y persecución que pudieran haberse levantado, el cristianismo continuó creciendo y floreciendo. Aun los intentos de Juliano el Apóstata por derrumbar el cristianismo y volver a establecer las religiones paganas de Roma, no tuvieron éxito. Uno de los seguidores del emperador le dijo a un cristiano, cuando la embestida de Juliano contra el cristianismo estaba en su apogeo: “¿Qué está haciendo tu hijo de carpintero ahora?” A lo cual el

cristiano respondió: “Está haciendo un ataúd para tu emperador”. No mucho tiempo después, Juliano, mortalmente herido en la batalla, y habiendo caído a tierra, recogió arena mezclada con su sangre, la tiró hacia el aire, y gritó: “Venciste, galileo.” Y entonces continuó la marcha del cristianismo.

Oleadas de torturas diabólicas barrieron el imperio romano, en un esfuerzo satánico para limpiar el mundo de la recién nacida fe cristiana. Sin embargo, la sangre de los mártires se convirtió en la semilla de la Iglesia, y Cristo continuó su marcha, conquistando y para conquistar. Poco después un cristiano fue colocado en el trono de Roma, y el imperio más poderoso que jamás haya tenido este mundo, cayó ante el Evangelio del Carpintero de Galilea. Su obra de mejoramiento comenzó en el mundo pagano.

Muchas personas que hoy viven en un ambiente ostensiblemente cristiano, en que predomina la ética cristiana, no comprenden cuánto le debemos a Jesús de Nazaret. El mundo en que El nació era completamente diferente del nuestro; y, si El no hubiera venido, el mundo sería un lugar completamente diferente del que conocemos hoy. Si hay alguna bondad y misericordia en este mundo, ha venido en gran medida de El.

Pensemos en las luchas de los gladiadores. Centenares de miles de esclavos derramaban su sangre en el circo de Roma año tras año, para satisfacer las pervertidas pasiones de la turba romana. Un cristiano llamado Telémaco saltó una vez a la arena y se metió entre dos gladiadores armados, y los separó. A una señal del emperador Telémaco fue traspasado por las espadas de ellos, y cayó a tierra. Pero el sacrificio de su vida les salvó la vida a otros centenares de miles. No hubo grito de júbilo de parte de la multitud. Se quedaron mirando a ese hombre santo que yacía

muerto en su propia sangre, y un gran silencio se apoderó del inmenso circo. Salieron avergonzados, y ése fue el fin de las luchas de gladiadores en Roma. Jesucristo había dado un valor y un significado a toda vida: “¿No valéis vosotros mucho más que ellas?”

Hoy, un hijo es amado y respetado. Pero no fue así en los tiempos precristianos. El poder de un padre romano sobre su hijo era absoluto. Podía exponerlo a la muerte; podía azotarlo, mutilarlo, darlo en matrimonio, divorciarlo, venderlo como esclavo, o matarlo, para satisfacer su propia pasión sanguinaria. Quintiliano, un escritor romano, dijo que matar a un hombre era a menudo considerado como un crimen, pero matar a los propios hijos de uno, era algunas veces considerado como una acción bella entre los romanos. Tácito, el gran escritor romano, nos habla de escenas patéticas de niños recién nacidos que, el primer día de su vida, eran llevados y dejados en la ladera de la montaña, expuestos a las bestias salvajes, o a personas extrañas que se deslizaban en la oscuridad con el objeto de apoderarse de esos niños a fin de llevarlos a destinos aún más horribles y perversos y a la muerte. Jesús tomó a un niño en sus brazos y lo bendijo, y el infanticidio desapareció del mundo.

¿Y qué diremos de la condición de las mujeres de aquel tiempo? En el mundo pagano, la condición de las mujeres no era menos deprimente que la de los niños. Las mujeres eran de muy poca estima, hasta que vino Jesús. Los escritos de los hindúes, los escritos brahmánicos, declaran que la mujer no es nunca para la independencia; las mujeres no tienen nada que ver con las escrituras de los hindúes; y las mujeres pecadoras deben ser tan asquerosas como la misma falsedad.

Robert Ingersoll, un gran escéptico que daba conferencias contra la Biblia, tuvo una vez la temeridad

de afirmar que las mujeres estuvieron mejor en las tierras paganas, de como lo estaban en las tierras cristianas. Pensemos en la condición de las mujeres en las tierras paganas. El viajero comandante Cameron fue testigo en el centro de Africa de la muerte de un cacique y de la práctica usual que siguió. Primeramente, los miembros de la tribu desviaron el curso de un río, y en el lecho del río hicieron una enorme excavación, cuyo fondo fue cubierto de mujeres vivas. En un extremo del hueco se colocó a una mujer sobre sus manos y sus rodillas, y sobre la espalda de ella se colocó sentado el cacique muerto, cubierto de abalorios y otros tesoros. Lo sostenía por ambos lados una de sus esposas, mientras que la segunda se sentó a sus pies. Luego se les echó encima la tierra con palas, y así todas las mujeres fueron enterradas vivas, con excepción de la segunda esposa. Para ésta había una costumbre misericordiosa, pues tenía el privilegio de que la mataron antes de enterrarla. O considérese la grotesca costumbre de la viuda hindú: dondequiera que muriera el marido, la mujer era quemada viva en la pira de su difunto.

La condición de los esclavos en el mundo antiguo era aún peor. La mitad de todo el imperio romano estaba constituido por esclavos. La ciudad de Atenas tenía 400.000 habitantes. De esos habitantes, 100.000 eran libres, y 300.000 eran esclavos. La esclavitud en el mundo antiguo era mucho más brutal de lo que haya demostrado ser cualquier esclavitud moderna. Un romano resolvió dar muerte a 600 esclavos a causa de la muerte de un hombre. Otro amo romano mató a un esclavo simplemente por complacer a un huésped que nunca había visto morir a nadie.

¿Qué fue lo que puso fin a la antigua esclavitud? ¡El Evangelio de Jesucristo! Aquella cartita que el apóstol Pablo escribió a Filemón. Este tenía un esclavo que se

había escapado y había sido echado en la cárcel romana con el apóstol Pablo, y éste lo había ganado para Cristo. Cuando el esclavo quedó en libertad, Pablo lo envió de regreso a casa de Filemón. Al capturar a un esclavo fugitivo, la costumbre de aquel tiempo era matarlo. Pero Filemón también se había hecho cristiano — era otro de los convertidos del apóstol Pablo. En su carta, Pablo le decía a Filemón: “. . . para que le recibieses para siempre; no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado” (Filemón 15, 16). En esa nueva hermandad en Jesucristo que se estaba produciendo a través de todo el mundo romano, la esclavitud encontró su toque de difuntos.

Un año antes de que se produjera la Reforma protestante de 1517, la esclavitud fue revivida en España y Portugal. Esta era la esclavitud de los negros que se acababan de descubrir. ¿Qué le sucedió a esa esclavitud? Sabemos que la esclavitud fue primero abolida en Inglaterra, por medio de William Wilberforce, quien se había convertido al Evangelio mediante la predicación de Wesley. Wilberforce, un pequeño hombre jorobado, llegó a ser uno de los más poderosos entre todos los primeros ministros de Inglaterra. Constreñido por el Evangelio de Cristo y por la libertad que Jesús le trajo, este hombre dedicó todas sus energías y su elocuencia a destruir el odioso tráfico de esclavos africanos. Su éxito en la abolición de la esclavitud en todo el Imperio Británico condujo a la agitación para que se hiciera la misma acción en los Estados Unidos de Norteamérica. A través de las proclamaciones que tronaban desde los púlpitos del Norte, aparecieron los partidos abolicionistas, y finalmente tuvieron el éxito de destruir la esclavitud en los Estados Unidos de América.

Probablemente no hay nada en los anales de la

historia humana que se pueda comparar con lo que han realizado las misiones cristianas. Un escritor que regresó hace más o menos 130 años a Inglaterra, luego de un viaje alrededor del mundo, halló que en los periódicos de Londres, la crítica estaba bombardeando a las misiones y a los misioneros. Así que escribió una carta a su periódico para defender a las misiones. Dijo que la transformación de los salvajes de las islas de los mares del Sur era algo que debía verse, y que tomar esto con liviandad era un horrible crimen. "Que un viajero olvide estas cosas es una villana ineptitud; porque si, por casualidad, en un naufragio, le toca estar en una costa desconocida, rogará a Dios de la manera más devota que la lección del misionero le haya precedido." ¹ El autor de esa carta al periódico fue Carlos Darwin. Luego de regresar de su viaje de alrededor del mundo, él estaba transformado. El hecho de que los misioneros hubieran estado allí, o no, probablemente habría determinado la diferencia entre ser invitado a comer o servir de comida.

Algunos evolucionistas consideraban que los papúes, una de las tribus aborígenes de Nueva Guinea, eran tan primitivos que tenían menos mente que un cuervo. Sin embargo, los misioneros de Holanda comenzaron a trabajar con ellos. Durante muchos años, los misioneros se enfrentaron a la derrota y a la desilusión, ya que ningún papú aceptaba a Cristo. Finalmente en 1860, se vieron los primeros frutos en la Misión de Nueva Holanda, cuando un hombre llamado Natanael Pepper, uno de los aborígenes papúes aceptó a Jesucristo. Algunos años más tarde, cuando millares de ellos se habían convertido, la escuela papú ganó el primer premio en competencias académicas entre las 1200 escuelas coloniales de Nueva Holanda. ¡Una gran hazaña para aquellos de

quienes se suponía que tenían el cerebro como el de un cuervo!

¡Es poco lo que los escépticos han hecho a favor del salvaje! Han construido unas pocas leproserías, unos pocos hospitales y orfanatos. Les ha correspondido a los seguidores de Cristo el cuidado de la escoria de la humanidad.

El cristianismo trajo al mundo libertad e independencia. En todas las naciones antiguas, el estado era supremo y el individuo no era nada; lo único significativo del individuo era su servicio al estado. En los tiempos modernos, en aquellos lugares donde el Evangelio de Cristo ha sido proscrito, y el ateísmo está otra vez dominando (como en los países comunistas), ha vuelto a ponerse en vigor la misma antigua doctrina pagana. Pero donde está el Espíritu de Cristo, allí hay libertad, y Jesús es Aquel que le dio al individuo el valor que le corresponde.

El Hijo de Dios vino del cielo y dio su vida por mí, por usted y por todos los demás. Los hombres y las mujeres sintieron que valían algo y que necesitaban la libertad. Dondequiera que ha ido el Evangelio, ha servido como una fuerza de fermentación para dar al traste con las dictaduras y producir la libertad. Particularmente notable en derrocar la tiranía y establecer la libertad de culto es aquella forma de cristianismo conocida con el calificativo de fe reformada o calvinismo. Como gran fuente de poder hacia la libertad y la independencia, ha producido muchas de las repúblicas, monarquías limitadas y democracias de este mundo: en Suiza, en Inglaterra, en Escocia, en los Estados Unidos de América y en muchas otras naciones.

El Acuerdo del Mayflower, aquel primer documento del Nuevo Mundo, comienza de la siguiente manera: "Habiendo emprendido para la gloria de

Dios y el avance de la fe cristiana. . .” Temo que nos hemos apartado mucho de esa intención original. Consideremos los diversos documentos que se redactaron para la fundación de las diferentes colonias. Rhode Island, 1638: “Nosotros, los abajo suscritos, solemnemente en la presencia de Jehová, nos asociamos en una corporación política, y con la ayuda de El, someteremos nuestras personas, nuestras vidas y nuestros bienes al Señor Jesucristo, el Rey de reyes y Señor de señores. Y a todas aquellas leyes perfectas y totalmente absolutas que El nos ha dado en su Palabra de verdad, para que nos guiemos y nos juzguemos por ellas.” Aquellos que quieren separar la Biblia del estado, tendrán que sacarla de las cartas constitutivas de muchos de los primitivos estados de los Estados Unidos de América. La libertad es uno de los dones del cristianismo.

Tengo la convicción de que la fe cristiana es la única fuerza que estorba y evita la total desaparición de la libertad en el mundo hoy. El comunismo reconoce bien que la Iglesia de Cristo es su más implacable enemiga. Esta es la razón por la cual el primero de los diez mandamientos del Comsomol (el movimiento de la juventud comunista mundial) declara que el enemigo número uno del comunismo es el clérigo cristiano.

El jefe de las fuerzas armadas de Corea del Sur se dio cuenta de que los coreanos del norte mostraban un increíble temor a un librito negro llamado el Nuevo Testamento. Por tanto, aunque él mismo era budista, ordenó que a todos los hombres de las fuerzas armadas de Corea del Sur se les diera un Nuevo Testamento. El resultado fue un vasto despertar en el cual varios centenares de miles de soldados se convirtieron a Jesucristo. El Evangelio de Cristo es la sal de la tierra que evita la corrupción

absoluta. Este evangelio está atesorado en los corazones de los que creen.

¿Qué ocurriría si todas las personas del país en que usted vive se convirtieran a Jesucristo en realidad? No me refiero a ser miembros de alguna iglesia; me refiero a ser hijos de Dios renacidos. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). Eso significaría que las cárceles quedarían vacías; que los tribunales cerrarían sus puertas, que los bares quedarían clausurados; que las tiendas, los cines y los teatros donde se promueve la pornografía quedarían sin negocio. No habría necesidad de aparatos de alarma en los hogares, ni siquiera habría que trancar las puertas, pues los genuinos cristianos, hombres y mujeres que han experimentado el nuevo nacimiento, no roban, no matan, no violan, ni cometen ninguno de los otros miles de pecados que hacen la vida tan desagradable hoy en el mundo.

Hace unos 100 años viajaban dos ateos por el oeste de los Estados Unidos de América, en medio de una tormenta. La noche caía. Desesperados por hallar refugio, tuvieron la fortuna de hallar una cabaña en aquel yermo. Su ocupante, un canoso viejo montañés curtido por la intemperie, bondadosamente les permitió dormir en uno de sus dos cuartos. Cuando se retiraron a dormir, se dijeron el uno al otro: “Ciertamente, este hombre nos caerá encima mientras estamos dormidos y nos matará para robarnos cualquier cosa que tengamos de valor. Por lo mismo uno de nosotros tendrá que estar vigilando durante toda la noche.” Así que el primer hombre tomó su vigilia mientras el otro se acostó para dormir. Mirando a hurtadillas a través de la rendija de la puerta, vio que el viejo tomó del anaquel una Biblia desgastada, la abrió, se puso los lentes y comenzó a leer. Entonces el

ateo se acostó junto a su amigo. Este le dijo: "Pensé que alguno tenía que vigilar al viejo." A lo cual respondió el primero: "No tenemos nada que temer a uno que lee la Biblia." ¡Cuán cierto es eso!

El progreso ha sido resultado del cristianismo. La ciencia, como lo dijo un científico, nunca hubiera podido originarse en ninguna otra cultura. No habría podido originarse posiblemente en la cultura musulmana a causa de su creencia en el fatalismo, que le impide absolutamente cualquier concepto de progreso científico. No habría podido originarse entre los budistas, ni entre los hindúes de Asia, a causa de su creencia de que el mundo físico no es real, que no existe sino Dios, y que todo esto es pura imaginación. ¡Sólo en el cristianismo pudo llegar a ser la ciencia!

Sólo a través del cristianismo vino la educación al mundo. Recuerdo que una vez leí una lista en que aparecía el promedio de personas que sabían leer y escribir en los distintos países allá por el año 1900. En ese tiempo, la civilización occidental de Norteamérica y Europa no se había extendido por todo el mundo como lo está hoy, de modo que Tokyo parece poco diferente de Nueva York. Más bien, cada civilización reflejaba su propia cultura. ¿Cuáles eran los resultados? En todas las naciones que podrían llamarse "paganas" los promedios de personas que sabían leer y escribir oscilaban entre un 0 y un 20 por ciento. Aquellas que podían calificarse como católicas romanas, como España, Italia, México y otras por el estilo, tenían un promedio de alfabetismo que oscilaban entre un 40 y un 60 por ciento. Todas las naciones que se podían calificar como protestantes, tenían promedios que oscilaban entre un 96 y un 100 por ciento. ¿Por qué? A causa de la fe de estas naciones en la Palabra de Dios y en la necesidad de que los niños aprendan a leer para que lean la Palabra de Dios.

¿Quién ha descendido hasta los barrios bajos a rescatar a los abandonados? La misión urbana, las asociaciones de jóvenes cristianos, los asentamientos misioneros. Sólo los cristianos se han dedicado a personas como éstas. Hoy, con el nuevo avance de los bárbaros, y la eliminación de las Escrituras de gran parte de este país y de gran parte del mundo, vemos de nuevo aumentar la decadencia y la corrupción.

Usted y yo somos la sal de la tierra. Necesitamos que la sal salga del salero y sea aquello que preserva la vida y la salud y la moralidad de la sociedad. En estos días críticos, me siento feliz de formar parte de la Iglesia de Jesucristo y de aquel reino que nunca tendrá fin. El vino, murió, resucitó y prometió que los que creyeren en El, que simplemente creyeren en la muerte de El para salvarlos a ellos, serían transformados, renovados y convertidos en la sal que conservaría a la sociedad y en la única esperanza para el futuro de la humanidad.

11 Por qué creo en el nuevo nacimiento

De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Juan 3:3

Junto con John y Charles Wesley, el famoso clérigo anglicano George Whitefield tuvo mucho que ver con la transfiguración de Inglaterra y con el gran despertar espiritual que tuvo lugar en los Estados Unidos. En una carta que escribió a Benjamín Franklin, quien solía deleitarse en acudir a escuchar a Whitefield, le dijo: “Al ver que usted se está haciendo más y más famoso en el mundo de las letras, recomiendo a su diligente y desprejuiciado estudio el misterio del nuevo nacimiento. Es un estudio sumamente importante, y cuando lo haya dominado, solucionará copiosamente todas sus dificultades. Le pido, amigo mío, que recuerde que Aquel ante cuyo tribunal tendremos que comparecer los dos, declaró solemnemente que sin ese nuevo nacimiento no veremos de ningún modo su reino.”¹ Fue una muy sabia recomendación para un hombre que fue notable en la historia del mundo como hombre sabio: Benjamín Franklin. La historia, sin embargo, no nos ofrece ninguna evidencia de que Franklin prestó atención a esas palabras.

Jesucristo dijo: “Os es necesario nacer de nuevo”

(Juan 3:7). Esta es la razón primaria por la que creo en el nuevo nacimiento: porque Cristo lo afirmó. Lo declaró osada e imperiosamente; lo aseveró: “. . . el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). Por tanto, yo quisiera, de una manera tan solemne y seria como lo hizo Whitefield, poner encarecidamente en los corazones, las mentes y las conciencias en el día de hoy esta pregunta: ¿Ha nacido usted de nuevo?

Jesucristo nos dice que, a menos que hayamos nacido de nuevo, no sólo no entraremos en el reino de los cielos, sino que ni siquiera lo veremos. “Os es necesario” (tenéis que) son palabras de un rey; y Cristo es el Rey de reyes y del reino de Dios. Y Cristo dice: “Os es necesario nacer otra vez.” En teología, a esta doctrina se le da el nombre de regeneración. El mensaje de toda la Biblia pudiera resumirse en tres palabras: creación (o generación), degeneración y regeneración. Este es el mensaje de la Biblia desde un cabo hasta el otro. Dios hizo al hombre perfecto. El hombre cayó en pecado, y tiene que ser hecho de nuevo a la imagen de Dios mediante el poder del Espíritu de Dios que obra por medio del Evangelio de Jesucristo.

En segundo lugar, creo en el nuevo nacimiento porque no sólo Cristo lo enseñó, sino que en todas partes de la Escritura, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, se lo enseña constantemente como un hecho y una necesidad. Se nos dice que debemos nacer de agua y del Espíritu. Se lo describe como una vivificación, como una dación de vida. “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). Es pasar de muerte a vida. Es una resurrección de los muertos. Es un comenzar de nuevo. Es un dar a luz. Es nacer de Dios. Es volver a ser engendrado, no de simiente

corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios. Es ser engendrado otra vez para una esperanza viva. Es el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo.

En el Antiguo Testamento se lo llama la circuncisión del corazón. “Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas” (Deuteronomio 30:6). La Escritura dice en el Nuevo Testamento: “El que no amare al Señor Jesucristo, sea *anatema*. El Señor viene” (1 Corintios 16:22). Las últimas palabras de este versículo en el original, *anathema maranatha*, significan: “sea maldito hasta que el Señor venga” esto es, si no ama con sinceridad al Señor Jesucristo. No es suficiente la religiosidad, ni la piedad, ni la moralidad. A menos que tengamos un corazón que haya sido transformado para que amemos a Dios en verdad, con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma, no veremos a Dios, ni viviremos.

El Antiguo Testamento describe además la regeneración, en Ezequiel 36:26, como el dar un nuevo corazón: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”. Es decir, un corazón diseñado para amar a nuestro Dios. De los sujetos de la regeneración se dice que son vivos de entre los muertos, que son nuevas criaturas, que son hechura de Dios. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). Así como la serpiente suelta su vieja piel y llega a ser completamente nueva, así también el hombre salvo, que nació espiritualmente muerto, echa de sí su vida vieja y llega a ser una nueva criatura.

Esta doctrina ha dejado perplejos a millones de

hombres. En horas de la noche la han ponderado estando en sus propias cámaras. Acostados en sus camas se han preguntado: “¿Es cierto eso, es posible, que yo pueda llegar a ser una nueva persona?” La Escritura afirma claramente que no sólo es posible, sino que es absolutamente esencial. Cristo lo enseñó, la Escritura lo declara, y todos los credos de la Iglesia de Cristo a través de la historia lo afirman. Se lo enseña en todas partes. La Confesión de Fe de Westminster, que contiene las declaraciones doctrinales de todo el mundo presbiteriano, declara la creencia de que esta verdadera fe, que obra en el hombre mediante el oír la Palabra de Dios y la operación del Espíritu Santo, lo regenera y lo hace un nuevo hombre, haciendo que viva una nueva vida y librándolo de la esclavitud del pecado. Pero no importa si son presbiterianos, reformados, anglicanos, luteranos, bautistas, o de cualquier otro grupo evangélico: todos los símbolos, credos y formalidades de la Iglesia han declarado expresamente la necesidad de que el hombre debe nacer de nuevo.

También oímos esta declaración en los himnos que cantamos en la época de Navidad. Estamos familiarizados con las palabras de himnos que dicen: “Jesús nace en nosotros hoy”, “Viniste. . . a dar vida al más vil pecador”, y de otros, como el himno de Charles Wesley, que nos dice que Cristo vino para “darnos un nuevo nacimiento”. Pero incontables millones de personas han cantado esas palabras, sin la más débil idea de lo que estaban cantando.

Charles Spurgeon, el gran predicador inglés de hace un siglo, dijo que el hombre natural, el no regenerado, no puede entender lo que es el nuevo nacimiento, o qué son las cosas espirituales, más de lo que un caballo puede entender la astronomía. ¡Imagínese lo que sería tratar de enseñarle astrono-

mía a un caballo! Simplemente haríamos lo mismo al tratar de enseñar el significado de las cosas espirituales a un hombre que no ha nacido del Espíritu de Dios. Porque la Escritura declara: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que no son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

Esto también se enseña en la naturaleza: en el hecho de que la culebra muda la piel, o aun más dramáticamente, en la metamorfosis de la oruga. Esta anda arrastrándose repulsivamente por la tierra y por las hojas, hasta que un día se envuelve en su oscuro capullo y finalmente sale de la crisálida para convertirse en una bella mariposa que flota en la brisa y se posa suavemente sobre las flores. Esa oruga no podría entender mejor las leyes, los principios y la vida a que un día habría de entrar, que lo que el corazón no regenerado, el hombre natural, puede entender lo que es ser una persona espiritual. Así que, yo quisiera preguntar otra vez: ¿Ha nacido usted de nuevo?

El segundo nacimiento también se enseña en todas las teologías, en los diccionarios y en los compendios de obras teológico-históricas. Miles de teólogos a través de los siglos han enseñado que es absolutamente esencial que el hombre experimente el hecho de la regeneración. Y no sólo se enseña claramente por todas partes, sino que la evidencia también se puede ver claramente, a menos que la persona se ciegue voluntariamente a sí misma para no verla. A todo nuestro alrededor, a lo largo de 20 siglos, incontables millones de personas de todos los estratos de la vida, han experimentado este poder transformador del nuevo nacimiento. Han llegado a ser nuevas criaturas y han sido transformadas desde las mismas recondiciones de su ser. Todo tipo de personas: los grandes y los

poderosos, los sencillos y los humildes, los nobles y los innobles, los salvajes y los cultos, han experimentado el poder regenerador de Dios, y dé ahí en adelante han disfrutado la misma nueva vida en Cristo.

A Cipriano, un noble rico que vivió en el tercer siglo, le gustaba galopar alrededor de Cartago, en su carroza de oro adornada con joyas; para ello usaba una vestidura fantástica tachonada de diamantes y piedras preciosas; vivía entregado a las orgías. En una carta que envió a uno de los teólogos cristianos de su tiempo, dijo que a él no le era posible concebir cómo podría cambiar su vida, su manera de vivir durante tanto tiempo. Los hábitos inveterados, los gustos, los deseos que se le habían desarrollado, los pecados que él mantenía apegados a su regazo; ¿cómo era posible que alguna vez él abandonara estas cosas? ¿Cómo podría él ser alguna vez como los cristianos que veía? Dijo que a él le parecía que eso era absolutamente imposible. Sin embargo, según la misteriosa providencia de Dios, aquello que había parecido absolutamente imposible sucedió, y Cipriano fue transformado. Dios extendió la mano desde el cielo, y quitó del pecho de Cipriano aquel corazón de piedra, y colocó dentro de él un corazón de carne; un corazón afinado para amar a su Dios y cantar sus alabanzas. Cipriano, quien llegó a ser uno de los grandes líderes cristianos de la Iglesia primitiva, dijo que aquello que antes le había parecido absolutamente imposible y misterioso y difícil de entender, se había vuelto todo claro. Todo su problema había desaparecido.¹

¿Cómo sería discutir con una oruga los problemas del vuelo? Eso parecería tan imposible: aletear en la brisa y posarse suavemente sobre las flores, flotar en el aire. Bueno, esa pobre oruga difícilmente podría saltar a un centímetro de altura de la tierra, y sin embargo, según la misteriosa obra de Dios, todas las

cosas llegan a ser nuevas; las cosas viejas pasan; y se forma una nueva creación. Del mismo modo, Dios hace un nuevo corazón en el hombre.

Los testimonios de que esto es así, existen en centenares y centenares de personas famosas como William Gladstone, uno de los más grandes primeros ministros de Inglaterra cuya vida fue transformada por Dios. Abraham Lincoln nos dice en sus cartas que en Gettysburg, el día en que presentó su famoso discurso, él también nació de nuevo por el Espíritu de Dios. Lutero había sido excesivamente religioso, así como lo había sido Nicodemo, y sin embargo, no había conocido nada del nuevo nacimiento. Pero, finalmente, su alma fue transformada. Escritores como Fyodor Dostoievski y León Tolstoí, de Rusia, por ejemplo, describieron la obra del Espíritu de Dios en la transformación absoluta de sus vidas. Hoy, hombres modernos como Chuck Colson, autor del éxito de librería *Born Again* (Renacido), y Harold E. Hughes, ex senador de los Estados Unidos de América y autor de la obra *The Man from Ida Grove* (El hombre de Ida Grove), han contado cómo fueron transformados por el Espíritu de Dios. En realidad, la oruga ha comenzado a volar a causa de la obra del Espíritu de Dios.

Por encima de todo, creo en el nuevo nacimiento porque lo he experimentado. Hasta el día de hoy tengo amigos desde hace 24 años, que no entienden lo que me ocurrió. En un tiempo hubo un joven que administraba un Estudio de Baile Arthur Murray: su corazón y sus afectos estaban enteramente aferrados a las cosas de este mundo. Luego, de repente, de la noche a la mañana, algo ocurrió: nació una nueva persona, y la persona vieja murió. Aquellas cosas que una vez me parecían tan deseables, tan atractivas, ahora me parecían como trapos de inmundicia, como

huesos de hombres muertos, cosas que no tenía ningún interés para mí. En cambio, otras cosas, las cosas del reino de Dios, las invisibles, las eternas, que nunca ocuparon en absoluto mis pensamientos, y a las cuales mi corazón nunca dedicó tiempo, han llegado a ser supremamente preciosas para mí. A estas últimas cosas se han apegado mis afectos. Como ustedes ven, amigos míos, no hay otra explicación, sino que hace 24 años nací por completo de nuevo, tal como Jesús lo dijo. ¿Han nacido ustedes de nuevo? Tienen que hacerlo, ya lo saben.

Recuerdo al predicador que llegó a una iglesia, y el primer domingo predicó sobre el siguiente texto: "Os es necesario nacer de nuevo." La gente puso atención. Algunos se retorcieron. El domingo siguiente el predicador volvió a utilizar el mismo texto, y la gente se quedó perpleja. La semana siguiente predicó sobre el mismo texto otra vez. Finalmente algunos de los diáconos le dijeron: "Pastor, ¿por qué todos los domingos predica usted sobre el mismo texto: 'Os es necesario nacer de nuevo'?" El respondió: "Porque ustedes tienen que nacer de nuevo."

Amigos, esto es lo único que ustedes tienen que hacer durante su permanencia en este planeta; lo único. Ni siquiera tienen que crecer. No tienen que tener éxito. No tienen que casarse. No tienen que tener hijos. No tienen que tener una casa ni un auto, ni nada de todas aquellas cosas que la gente piensa que tiene que tener. Lo único que ustedes tienen que tener es un nuevo nacimiento, porque de eso depende todo el futuro de ustedes para siempre. Tienen que nacer de nuevo. Es un imperativo divino. Es un imperativo universal. Creo que vale la pena notar que estas palabras le fueron dichas a Nicodemo, no a una mujer samaritana, no a una prostituta, no a un jugador, no a un hombre profano, sino a un hombre

que era fariseo y gobernante de los judíos. Un fariseo de aquel tiempo, miembro del Sanedrín, era un especie de combinación de ministro y senador, que pertenecía a la clase sobresaliente de Israel. Como hombre extraordinariamente religioso ante los ojos del pueblo él debe de haber sido absolutamente sin tacha, que no hacía ninguna de las cosas que hacían los pecadores. Sin embargo, Jesús le dijo: "Os es necesario nacer de nuevo."

Cristo nos está diciendo a nosotros, los presbiterianos, los metodistas, los anglicanos, los congregacionistas, los católicos romanos, no importa quiénes seamos, que a menos que el hombre nazca de nuevo, de ningún modo entrará en el reino de los cielos. Ahora bien, podemos pasar por alto esas palabras; millones de personas no las han tenido en cuenta, y millones no pensarán en ellas. Pero les aseguro que un día la palabra de Jesucristo se cumplirá en aquella gran Sesión final, cuando el hombre comparezca ante el trono de juicio de Dios. El asunto es muy sencillo: los que hayan recibido una nueva naturaleza de Dios, serán admitidos en el cielo; y los que no la hayan recibido, no serán admitidos. Lo que es carne es carne. Está lleno de los agentes de su propia destrucción. Tan pronto como llegue la muerte, la horda de invasores se desatará y en el término de pocas horas, la corrupción se establecerá en la carne. Tenemos que tener un nacimiento nuevo e incorruptible.

La razón por la que necesitamos el nuevo nacimiento es el hecho de la muerte antigua. Porque la Escritura enseña claramente que usted y yo y todas las personas de este planeta nacimos muertos espiritualmente. El nos dio vida cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. Claro que estábamos vivos en el sentido intelectual, y en el emocional, estético, racional y físico; pero espiritualmente naci-

mos muertos, y dentro de nosotros existe un espíritu que está muerto, corrupto, que apesta. Dios dice que nosotros somos una hediondez en su nariz, y que El tiene que venir y, con sus dedos que dan vida, tocar nuestras almas y hacernos nuevo otra vez. Hay un antiguo axioma espiritual, que muchos de los grandes teólogos del pasado solían repetir para imprimir en el pueblo esta necesidad. La Biblia enseña que no sólo hay un segundo nacimiento, sino que también hay una segunda muerte, además de la muerte física que todos sufriremos. Aquellos cuyos nombres no están inscritos en el libro de la vida del Cordero, serán lanzados al lago de fuego. ¡Esta es la muerte segunda! Condenados a tormento eterno, no tendrán descanso ni de día ni de noche, para siempre. De modo que el axioma es muy claro: El que nace una vez, muere dos veces; el que nace dos veces, muere una vez. ¿En cuál de los dos casos estará usted? ¿Ha nacido usted de nuevo?

Tenemos un imperativo, es verdad, pero dentro de sí contiene el germen de una promesa. Porque si es verdad que tenemos que nacer de nuevo, entonces también es verdad que podemos nacer de nuevo. Hay una tierra donde se comienza de nuevo, una tierra donde, al entrar, podemos descartar nuestra vida vieja como una vestidura desgastada y entrar renovados. Podemos ser perdonados. Podemos ser creados de nuevo. Podemos tener un nuevo corazón, nuevos afectos, nueva vida, nuevo poder, nuevo propósito, nueva dirección, nuevo destino. Sí, podemos nacer de nuevo. ¡Amigos míos, éstas son *buenas nuevas!*

En este mismo tercer capítulo de Juan, Jesús nos describe el mecanismo por el cual el hombre nace de nuevo. El dice: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu"

(versículo 8). El Espíritu Santo es el Agente de nuestra regeneración. Notará usted que la construcción gramatical en este caso es pasiva en lo que a nosotros concierne. No “nacimos” por nuestra cuenta. “Somos nacidos por un agente”. Somos engendrados por Dios. Somos creados de nuevo. Somos nuevas criaturas. Somos hechura de Dios. Somos los objetos y Dios es el Sujeto. La regeneración es algo que Dios nos hace a nosotros con su estupendo poder. El Agente es el Espíritu Santo, y el instrumento es la Palabra de Dios, el evangelio de Jesucristo.

En este mismo capítulo, Cristo declara: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (versículos 14, 15). Cristo fue levantado en la cruz, y tomó sobre sí nuestra culpa; y así llegó a ser la serpiente, la señal del mal, el hombre más cargado de pecado, más maldito por el pecado que jamás haya vivido; y fue nuestro pecado lo que se le imputó a El. Vicariamente, en nuestro lugar, allí estaba crucificado mirando arriba, hacia el rostro ceñudo de su Padre, y Dios miró hacia abajo, a su Hijo único en el cual tenía complacencia; y Dios derramó su ira contra el pecado sobre su propio Hijo. Y Jesús descendió, en nuestro lugar, al infierno. Nuestros pecados serán castigados sobre nosotros en el infierno, o sobre Cristo en la cruz; depende de si nosotros creemos en El o no. Hay vida por sólo mirar al Crucificado. “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más” (Isaías 45:22).

¿Ha nacido usted de nuevo? Si así es, usted está confiando en Jesucristo, y no en sí mismo. Se ha apartado usted de su propia justicia. El gran teólogo doctor John Gerstner, de Pittsburgh, dijo que muy a

menudo lo único que sirve de obstáculo entre Dios y el pecador, es la virtud de éste. En realidad, el pecador no tiene ninguna justicia, pero para él su justicia es real, sus virtudes, una ilusión. Por el hecho de que no abandona la confianza en su propia bondad, ni reconoce su pecado, ni cree en Cristo, estas actitudes forman una barrera impenetrable entre el pecador y el Salvador. No tenemos nada con que podamos contribuir para nuestra salvación, amigos míos, excepto una cosa: nuestro pecado. Esa es nuestra contribución total. La fe y el arrepentimiento son obra de la gracia de Dios en nuestro corazón. Nuestra contribución es simplemente nuestro pecado por el cual Cristo sufrió y murió.

¿Quiere usted nacer de nuevo? Nunca ha habido una persona que haya buscado eso y no lo haya encontrado. Aun esta búsqueda es creada por el Espíritu de Dios. ¿Quiere conocer esa nueva vida? ¿Está cansado de la vacuidad y la falta de propósito de su vida? ¿Está cansado de los trapos de inmundicia de su propia justicia? ¿Quiere confiar en otra persona que no sea usted mismo? Entonces, mire a la cruz de Cristo. Ponga su fe en El. Pídale que entre en su corazón y nazca en usted hoy. Porque Jesús vino de la gloria al mundo para darnos un nuevo nacimiento, porque es necesario que nazcamos de nuevo — **TE-NEMOS** que nacer de nuevo.

12

Por qué creo en el Espíritu Santo

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

1 Corintios 3:16

De todas las doctrinas de la fe cristiana, la que causa más dificultad a muchas personas parece ser la del Espíritu Santo. Esto no es sorprendente. En la introducción a este libro, dije que la razón por la cual estaba escribiéndolo era que había un sorprendente número de personas que están confundidas con respecto a quién es Jesucristo. He descubierto que aun más personas están confundidas con respecto al hecho de que lo que El es — el Carpintero de Galilea, que es y fue y siempre será el omnipotente Creador y Dios todopoderoso de este universo — constituye la doctrina cardinal de la religión cristiana. Cuán natural es, entonces, que se entienda aun menos lo relacionado con el Espíritu Santo.

A mi modo de ver, el presentar las evidencias bíblicas que respaldan lo que yo creo acerca del Espíritu Santo, es la manera más efectiva de manifestar por qué creo en El. Al mismo tiempo, el descubrir lo que dice la Biblia en cuanto a quién es el Espíritu Santo, qué es lo que hace y cómo podemos recibir sus bendiciones, debe aclarar la confusión con respecto a El.

Echemos un vistazo a la primera pregunta: ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Es una cosa o una Persona? ¿Se lo puede designar con el pronombre *El*, o acaso con el pronombre *ella*? Hombres y mujeres le han aplicado al Espíritu Santo todas estas denominaciones. Una secta extraña trató de crear algo así como una familia terrenal con padre, madre e hijo, llamando al Espíritu Santo con el pronombre “ella”. Pero la Biblia no menciona nada de eso.

Por otra parte, muchas personas se refieren al Espíritu Santo como si fuera una cosa: una fuerza, un poder, una influencia. ¿Pero es eso el Espíritu Santo? ¿O el Espíritu Santo es una persona? Yo creo que la Biblia dice claramente que el Espíritu Santo es una Persona. Sin embargo, el uso de la palabra *persona* no tiene el propósito de evocar la imagen de una persona erguida con brazos, piernas y dedos en las manos y en los pies. Más bien, utilicemos el sentido verdadero de la palabra, según el cual *persona* es lo que tiene personalidad, es decir, voluntad, intelecto, emoción, capacidad para comunicarse, etc.

El Espíritu Santo no es claramente revelado en el Antiguo Testamento, y los judíos confundían muy fácil y comprensiblemente al Espíritu simplemente con un poder o influencia de Dios. Las distinciones de la Deidad una y trina: Padre, Hijo y Espíritu Santo, aunque estuvieron presentes, tampoco les fueron reveladas claramente. El doctor Benjamín B. Warfield, profesor de teología sistemática en el Seminario Teológico Princeton, dijo: “El Antiguo Testamento es como un cuarto ricamente amoblado pero débilmente iluminado; en el Nuevo Testamento no se agrega nada, excepto la luz.”

Por supuesto, hay en la actualidad los que niegan la personalidad del Espíritu Santo basados en que la Biblia, con tantas palabras, no dice que el Espíritu

Santo es una persona. Reconozco que no lo dice. Pero la Biblia tampoco ofrece argumentos para probar la existencia de Dios; esto es algo que está simplemente revelado y que se entiende. Y así sucede con el Espíritu Santo.

Pero ahora, miremos y veamos: ¿Qué es una persona? ¿Qué es una cosa? ¿Qué es una fuerza? Algunos nos dicen que el Espíritu Santo es una fuerza como la electricidad, el viento o la gravedad. ¿Cuál es la diferencia entre una fuerza y una persona? Consideremos lo que se refiere al intelecto: ¿tiene mente la electricidad? ¿Tiene mente el viento? ¿Tiene mente la gravedad? Por supuesto que no. Consideremos el aspecto de la emoción: ¿Alguna vez ha oído usted a la electricidad o a la gravedad reírse? ¿O llorar? ¿O amar? Consideremos la comunicación: ¿Puede una fuerza expresar sus pensamientos? ¡No! La electricidad puede emplearse para activar una máquina que repite las palabras de la gente, pero tal máquina no puede comunicarse. ¿Tiene una voluntad que decida hacer esto? ¿Es motivada por sí misma, o es gobernada meramente por leyes externas, o por personas que la dirigen? No tiene voluntad propia. Una persona sí la tiene.

¿Qué dicen las Escrituras acerca del Espíritu Santo? Diga usted y juzgue por sí mismo. ¿Es el Espíritu Santo una fuerza, como dicen los de las sectas, o es una persona, como dice la Iglesia de Cristo? La Biblia se refiere a la mente del Espíritu: “Y el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Romanos 8:27). El Espíritu Santo tiene una mente; El hace intercesión; ruega por ellos. Las Escrituras hablan acerca de la infinita comprensión del Espíritu: “. . . nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:11). Una fuerza no

conoce, pero una persona sí. Se hace referencia a la voluntad del Espíritu: “. . . repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11). Este pasaje se refiere al Espíritu, pero una fuerza no tiene voluntad.

El Espíritu Santo no sólo conoce, sino que aun tiene conocimiento anticipado: “. . . os hará saber las cosas que habrán de venir” (Juan 16:13). Ciertamente ni el viento, ni la electricidad, ni ninguna fuerza saben lo que ocurre ahora, ni lo que ha de venir. La Biblia se refiere al amor del Espíritu: “Pero os ruego, hermanos . . . por el amor del Espíritu” (Romanos 15:30). Vemos que El actúa, contiende con los hombres: “No contendrá mi espíritu con el hombre” (Génesis 6:3). El ordena y prohíbe: “. . . dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2). El escoge los funcionarios de la Iglesia: “. . . Mirad por vosotros, y por el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos” (Hechos 20:38). El oye: “. . . hablará todo lo que oyere” (Juan 16:13). El habla acerca de muchas cosas: acerca de los eventos de los últimos tiempos, acerca del Hijo del Hombre. El clama en los corazones de los cristianos: “Abba, Padre” (Romanos 8:15). “Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13). El Espíritu dijo a Felipe: “Acércate y júntate a ese carro” (Hechos 8:29). Vemos, pues, que se le asignan todos los atributos de la personalidad al Espíritu Santo. El Espíritu Santo es una persona.

Algunas personas, sin embargo, no estarán de acuerdo, y se basan en que, en griego, los pronombres neutros algunas veces se combinan con la palabra que traduce “espíritu”. Pero para esto hay una explicación muy natural. “Espíritu” en griego es *pneuma*, así como la palabra veterotestamentaria que originalmente,

significa “aliento” y “viento”. Cuando el Espíritu Santo fue revelado, éste fue el nombre que tomó. Puesto que *pneuma* es una palabra de género neutro en griego, se hace referencia a ella mediante pronombres neutros. Pero en vez de negar el hecho de la personalidad del Espíritu Santo, esta regla gramatical misma sirve para reforzarla, puesto que hay casos en el Nuevo Testamento en que, contrario al uso esperado, se usan pronombres masculinos para hacer referencia al Espíritu Santo

Para clarificar nuestra creencia, nuestra doctrina del Espíritu Santo, tenemos que determinar no sólo que El es una persona, sino que es divino. De nuevo, la Biblia responde. En el libro de Hechos leemos que Pedro le dijo a Ananías: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo? (5:3). Cuando un poco después, Pedro le dice a Ananías: “No has mentido a los hombres, sino a Dios” (versículo 4), evidentemente da a entender que el Espíritu Santo es Dios. Las Escrituras describen expresamente todos los atributos de la divinidad, y se los atribuyen al Espíritu Santo. “A dónde me iré de tu Espíritu” (Salmo 139:7). El es infinito, omnipresente; El conoce todas las cosas, el sabe el futuro, es todopoderoso.

Creo, sin embargo, que tenemos que entender que el Espíritu Santo no es meramente otro nombre de Dios el Padre, sino que hay una distinción entre las personalidades de la Deidad. Esto se ve claramente en varios pasajes bíblicos. La fórmula bautismal exige que nos bauticemos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: un nombre, tres Personas. En el bautismo de Jesús, vemos que el Espíritu Santo descendió en forma corporal como de paloma, y el Padre habló desde el cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Así se revelan claramente las tres personalidades. La misma

verdad se vuelve a afirmar en la Biblia en muchos otros pasajes, incluso las penetrantes palabras de Cristo en lo que llamamos la Gran Comisión: “Por tanto, id, y hacer discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. . .” (Mateo 28:19).

Sin embargo, a pesar de todas las claras enseñanzas de la Escritura, una antigua herejía persiste en algunos lugares hasta el día de hoy. Se trata del “modalismo”, término derivado de la palabra *modo*, el cual enseña que el Espíritu Santo es una Persona divina, pero que es simplemente el Padre o el Hijo. Esto es como decir, de hecho, que el Padre fue el primero que salió al escenario como actor, con una larga barba; luego regresó detrás del escenario, se cambió el disfraz y volvió al escenario como un joven, el Hijo; regresó otra vez detrás del escenario y volvió a salir una vez más con otro disfraz diferente, como el Espíritu: una sola persona, en tres disfraces. Pero la Biblia enseña que la Deidad es una y trina: tres personalidades en una sola sustancia divina, coeternas, que existen lado a lado eternamente: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios” (Juan 1:1).

Creo en el Espíritu Santo no sólo debido a que la Biblia dice quién es El, sino debido a que la Biblia dice qué hace El. Las Escrituras nos ofrecen un asombroso informe sobre sus actividades. Por cierto que la lista es excesivamente larga como para incluirla aquí, pero entre sus obras están las siguientes: El creó el mundo; siendo éste creado por voluntad del Padre, por medio del Hijo y por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo inspiró la escritura de la Biblia, de tal modo que la Biblia no es como ningún otro libro, sino que Dios el Espíritu Santo es el autor de ella, habiendo obrado a través de los hombres como instrumentos. El Espíritu

Santo hizo que Cristo fuera concebido en el vientre de María, a quien se le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti.” Fue el Espíritu Santo el que bautizó a Jesús, el que lo dirigió y lo llenó de poder. También se nos dice que el Espíritu fue el que levantó a Jesús de entre los muertos. El Espíritu Santo, al ser derramado sobre los creyentes, fue el que fundó la Iglesia cristiana el día de Pentecostés.

El Espíritu Santo regenera a los hombres y les da vida cuando están muertos en pecado. Jesús dijo que tenemos que nacer otra vez del Espíritu. A menos que hayamos sido regenerados por el Espíritu Santo no somos cristianos. El Espíritu Santo mora en todo creyente: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16). El Espíritu Santo santifica, limpia, nos hace puros y santos, y así es particularmente el Espíritu Santo. El Espíritu Santo no viene a glorificarse ni a magnificarse a Sí mismo; usted notará que El ni siquiera tiene un nombre distintivo. Jesús dijo: “Pero cuando venga el Consolador . . . él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26).

Cuando el Espíritu Santo viene sobre alguien, una de las evidencias es que esa persona habla con respecto a las maravillosas obras que Dios realizó en Cristo el Redentor. El Espíritu Santo es el que trae la gracia y capacita al creyente a vivir la vida cristiana. “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22, 23).

Una razón adicional por la que creo en el Espíritu Santo es la experiencia que tengo de que El mora en mí. Los que conocen al Espíritu Santo saben que han recibido “las arras” de su herencia, porque el Espíritu Santo también nos da la seguridad de que tenemos vida eterna. El Espíritu Santo es el que da testimonio

a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. El Espíritu Santo es el que clama: “Abba, Padre”, y nos hace entender que Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos que hemos sido redimidos, y que vamos camino al cielo. Es el Espíritu Santo el que nos capacita como creyentes para decir: “Bendita seguridad, Jesús es mío. ¡Oh, que gusto anticipado de gloria divina!” Si tenemos esta seguridad y esta certidumbre en nuestro corazón, entonces sabemos que tenemos al Espíritu Santo en nosotros.

La Biblia dice que todos los cristianos reciben el Espíritu Santo cuando reciben a Jesucristo como su Salvador personal. Pero luego, debemos buscar ser llenos del Espíritu Santo. “Sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:18). Necesitamos tener la plenitud de su presencia. Creo que la razón por la cual hay tantos cristianos derrotados y desalentados es que no están llenos del Espíritu Santo. ¿Hay en nuestros hogares amor, gozo, paz, benignidad, bondad? ¿O hay contiendas, desánimo, altercados, preocupación, ansiedad, tristeza? Todo esto es evidencia de que el Espíritu de Dios no está allí, pues El es el Espíritu de gozo, de paz y de amor. El amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Si usted carece de la plenitud del Espíritu de Dios en su vida, y le gustaría experimentarla, si quiere vivir y servir a Dios como El quiere, tengo una sugerencia para usted. El doctor Bill Bright preguntó esto a la congregación de nuestra iglesia en un culto, hace varios años, y en ese tiempo tuvo un profundo efecto. El recomendó a todos los que quisieran no ser sólo oidores de la Palabra, sino también hacedores, que fueran a su casa, buscaran un papel de buen tamaño y escribieran en él todos los pecados específicos que estuvieran presentes en sus vidas. Hagan una lista de los pecados de disciplina, dijo él: impaciencia, amar-

gura, envidia, celos, rencores, desprecios no perdonados, animosidad, ira, pasiones, lascivia, pensamientos impuros, avaricia, concupiscencia, codicia, y otros. Sean específicos; den nombres, fue la instrucción. No olviden los pecados de omisión: falta de oración, frialdad del corazón para con Dios, infidelidad a su Palabra, no servir al Señor, no dar testimonio de Cristo, y otros por el estilo. No los escondan en su corazón ni dejen de meditar en ellos.

Cuando terminen, dijo el doctor Bright, entonces oren para que el Espíritu Santo los escudriñe y los pruebe, y vea si aún hay alguna cosa perversa en ustedes que no hayan confesado ni abandonado. Cuando el Espíritu les traiga alguna otra cosa a la mente, mientras están esperando en su presencia, escríbanla. Habiéndola escrito, sigan esperando y pidan: "Espíritu Santo de Dios, examíname y prueba mi corazón, y ve si aún hay algo perverso en mí." Vuelvan a esperar, y recibirán una carta por entrega especial. Continúen pidiendo y esperando hasta que puedan esperar delante de Dios, tal vez y muy probablemente por primera vez en su vida, con una conciencia libre de ofensa hacia Dios y hacia sus semejantes. No puedo pensar en una bendición más grande. Aun esto no significa que somos perfectos, por supuesto, pero significa que no hay nada que llegue a la mente que no hayamos confesado, de lo cual no nos hayamos arrepentido, ni hayamos abandonado.

Ahora, escriban con letras grandes a través de la página o de las páginas: "La sangre de Jesucristo me limpia de todo pecado." Reclamen esta promesa por fe. Créanla. En ese momento, por primera vez, tal vez, estarán preparados para hacer lo que Jesús dijo: para pedir que el Padre los llene del Espíritu Santo. "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas

dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lucas 11:13). Pidan al Padre que les dé el Espíritu Santo. El no puede venir cuando estamos llenos de egoísmo y de pecado, de justicia propia y de orgullo y de espíritu farisaico. Si nos humillamos ante Dios y confesamos nuestros pecados y nuestra actitud de obstinación, entonces Dios vendrá y cumplirá su promesa y nos llenará con su Espíritu: el Espíritu de amor y de gozo. Nos dará un nuevo corazón; un corazón tierno.

Ahora, tomen el papel y quémenlo. (En una ocasión, cuando pedí a una congregación que probaran este modo de confesión, alguien me preguntó: "¿Qué vamos a hacer? ¿Firmar esto y entregarlo? ¡Eso pudiera hacernos parar en la cárcel!") ¡Rómpanlo! ¡Tírenlo! Pero reclamen la promesa, y crean en Dios, y salgan a vivir y a andar en el Espíritu, y a servir a Dios por el poder de su Espíritu: ". . . seas lleno del Espíritu Santo" (Hechos 9:17).

Este es nuestro desafío. Santiago dice que no seamos como los que oyen la Palabra y se van y no hacen nada con respecto a ella; ni como aquellos que se ven la cara en un espejo y se van y se olvidan de su apariencia. Creo que sólo cuando pidamos esta limpieza y esta plenitud del Espíritu Santo, entraremos en una experiencia de bienaventuranza, en una comunión con Dios y una comprensión de su presencia en nosotros, que nunca antes habíamos experimentado.

13 Por qué creo en el regreso de Cristo

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.

Apocalipsis 1:7

¡El mundo se ha vuelto frenético! Esta es la conclusión a que han llegado muchos de los más grandes pensadores del mundo secular de nuestro tiempo. Paul Johnson, uno de los competentes nuevos hombres de estado de Londres, al examinar la situación caótica que se está produciendo en todo el mundo, llegó a la siguiente conclusión: "Hay veces cuando pienso que le daría la bienvenida a una invasión de Marte"¹ El mundo ha quedado fuera de control. Puedo asegurarle a usted que habrá una invasión, pero no será de Marte. Vendrá de mucho más allá, pues será la invasión del Hijo de Dios, el Creador que regresará a su creación. ¡Jesucristo vendrá otra vez!

Este tema es sumamente apropiado en estos tiempos decisivos. ¿Por qué creo en el regreso de Cristo? Primero, y ante todo, por la sencilla razón de que el mismo Jesucristo declaró que El vendría otra vez. El dijo: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si

me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:1-3). ¡Jesús viene otra vez!

Durante casi 2000 años, la Iglesia ha estado declarando en sus credos que Jesucristo vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Ha habido algunos charlatanes que le han dado mala fama a toda esta doctrina, al hacer de ella un superénfasis; sin embargo, no debemos permitir que eso nos haga perder de vista el hecho de que toda la Iglesia cristiana histórica ha creído enfáticamente en que Jesucristo regresará a este mundo. Esta creencia se halla en el Credo de los Apóstoles, en el Credo Niceno, en el Credo Constantinopolitano, y en todos los antiguos credos ecuménicos de la iglesia. Se halla también en la Confesión de Fe de Westminster, así como en los 39 Artículos de la Iglesia de Inglaterra, que son las normas anglicanas, y en la Confesión de Augsburgo, de los luteranos. ¡A través de toda la cristiandad, hallamos el consenso unánime de que Jesucristo *volverá* a este mundo!

Ha habido burladores que han dicho: "¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 Pedro 3:4). Los burladores ignoran voluntariamente este hecho. Dios no está retardando ni es negligente con respecto a su promesa, sino que desea que los hombres se arrepientan, se vuelvan de sus pecados y sean salvos. Ha esperado pacientemente por casi 2000 años. La Escritura lo declara; el Antiguo Testamento lo proclama; los apóstoles lo afirmaron. Este hecho se afirma más de 300 veces en los Testamentos de la Biblia: Jesucristo vendrá otra vez. El apóstol Juan dijo: ". . . todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él

... Sí, ven, Señor Jesús" (Apocalipsis 1:7; 22:20).

¿Quiere usted saber si realmente es cristiano? Pregúntese si sinceramente puede hacer esta oración: "Sí, ven, Señor Jesús." Si no pertenecemos a El, en nces no podemos decir esto, porque su venida llenar de indecibles presagios a los que no saben que pertenece El.

Además, creo que Jesucristo regresará, porque el total concepto cristiano de la historia lo exige. Los antiguos griegos creían que la historia ocurría en ciclos, y daba vueltas y vuelta. Como un eterno tiovivo. Para el cristiano, sin embargo, el concepto bíblico de la historia es lineal. Siempre se está moviendo hacia adelante, inexorablemente, hacia la gran conclusión culminante: la conclusión de los siglos, cuando Dios dejará caer la cortina final sobre el drama de este mundo. Jesucristo, que una vez vino en humildad, regresará en gloria, una gloria que eclipsará al Sol, con millones y millones de sus santos. Vendrá con los ángeles del cielo, con sonido de trompeta, y tomará consigo a los suyos. Los que no lo tuvieron en cuenta a El, los que lo negaron, los que pretendieron, pero nunca se arrepintieron realmente de sus pecados, serán consumidos.

Lord Shaftesbury, quien probablemente hizo más por la reforma social de Inglaterra que cualquier otra persona, dijo: "No creo que en los últimos 40 años yo haya vivido una sola hora consciente que no haya estado influida por la idea de la venida del Señor. Al tener esta esperanza, nos purificamos a nosotros mismos. Pues la justicia también lo exige." Es tristemente cierto que muy a menudo los justos han sido oprimidos y perseguidos. Aun ahora mismo, más de un millón de cristianos languidecen en los campamentos para presos que hay en Siberia, y eso sólo en un país. Con demasiada frecuencia los perversos

prosperan; sin embargo, la Escritura dice que no tengamos envidia de ellos, sino que pensemos en su fin, pues el mismo será de destrucción. La justicia demanda que Cristo regrese con juicio. Así se logrará la culminación de los propósitos de Dios y del reino de Dios. Creo que ésta es la única esperanza para un mundo que se ha torcido.

También creo en el regreso de Cristo, a causa de las señales que la Escritura declara que lo precederán. No soy profeta, ni tengo mucha confianza en los que se empeñan en establecer fechas específicas para el regreso de Cristo; la Escritura claramente afirma que no sabemos el día ni la hora.

Cristina Rossetti estaba observando a una gran orquesta sinfónica, y notó que de repente, en un abrir y cerrar de ojos, en un momento preciso, todas las manos se extendieron y dieron la vuelta a la página de la música. Los pensamientos de ella volaron a la Biblia, y comprendió que así precisamente sería la venida de Cristo: de repente, en un momento, todos los ojos se levantarán y todas las cabezas se volverán para ver al Señor que viene con indescriptible gloria.

La Biblia declara que hay señales de las cosas que precederán su venida. Tales señales han existido hasta cierto punto a través de los siglos; sin embargo, hoy existen de una manera atronadora. El gran cúmulo de evidencias parece señalar ineludiblemente hacia el hecho de que pronto, muy pronto, Cristo vendrá. Billy Graham visitó a los jefes de todos los estados del mundo libre, y descubrió que todos ellos, con excepción de uno, creían que no había ninguna oportunidad para este mundo más allá del fin de este siglo, en caso de que llegue hasta allá.

¡Cristo vendrá!

¿Cuáles son algunas de esas señales?

La Escritura dice que habrá terremotos. Siempre

ha habido terremotos, ¿entonces cuál es el significado de esto? Evidentemente significa que habrá terremotos de una manera única: en número y en fuerza. Es de considerar que sólo a partir de 1971, ¡ha habido unos 18.000 terremotos en el mundo!”

Se nos dice que los hombres desfallecerán por el temor. Bertrand Russell, el filósofo británico incrédulo, que escribió el libro *Why I Am Not a Christian* (Por qué no soy cristiano), dijo: “Lo mejor que podemos esperar es una inexorable desesperación.” Jean Paul Sartre, el existencialista francés, dijo lo mismo: “Inexorable desesperación, y sobre este fundamento tenemos que edificar nuestra vida.

El doctor John Wesley White, doctor en filosofía, de la Universidad de Oxford, señala un número de evidencias que indican el hecho de que el regreso de Cristo está aparentemente cercano. En una red de televisión nacional se presentó una entrevista con las autoras dramáticas vanguardistas Susan Sontag y Agnes Varda. Se señaló que en tiempos recientes, la mayoría de los filmes para la cultura juvenil había tenido un tema prevaleciente: destrucción y desesperación. Los adolescentes de 16 y 17 años de edad eran más pesimistas aún que los estudiantes universitarios.² En los Estados Unidos y el Canadá, la principal causa de muerte hoy entre estudiantes universitarios es el suicidio. ¡Una nación en desesperación! Muchas personas de mayor edad no entienden esto, porque no han estado expuestos al tipo de pensamientos con los cuales son continuamente bombardeados estos jóvenes en las universidades. La juventud está buscando un escondedero, un lugar adonde largarse, un lugar al cual huir. Han huido a la cultura de las drogas, a las comunas, a las religiones místicas de Asia, tratando de hallar un lugar para esconderse.

Hay una canción juvenil que se titula: “No hay escondedero”.

Se nos dice que en los postreros tiempos habrá una gran explosión del saber, que las personas estarán aprendiendo continuamente y sin embargo, nunca podrán llegar a la verdad. Ahora aprendemos más en 24 horas que lo que se aprendió en 2000 años de la antigüedad. ¡Una explosión de conocimiento! Tristemente, parece que muchos son incapaces de entender el conocimiento de la verdad fundamental: de Aquel que es la verdad misma. Esta gran búsqueda de conocimiento se consideraba como una panacea y como la salvadora de la humanidad. La redentora humanista: la educación, iba a redimir al mundo de la pobreza, del crimen y de la delincuencia.

¿Ha llegado a ser esta panacea? El gobierno gastó millones de dólares en un estudio encaminado a determinar cuán efectivamente la educación disminuía el crimen. Sorprendentemente, todas las estadísticas estudiadas demostraron indiscutiblemente que la educación eleva el crimen: a más educación, más crimen. A la misma conclusión llegó el sociólogo doctor Ray Jeffrey, quien ha demostrado fuera de toda duda, que la educación, si no va acompañada de algún elevador moral o espiritual, intensifica el crimen.³

Lo que se necesita es alguna revolución moral, algún don espiritual que cambie el corazón del hombre. Los monstruos de las atrocidades del nazismo fueron, en su mayoría, hombres extraordinariamente educados. En el tiempo en que el látigo nazi irrumpió sobre la tierra, la Alemania nazi era el país mejor educado del mundo. No, la educación no es la redentora humanista que los hombres pensaban que sería. Estas conclusiones han llevado a muchas de las personas iluminadas e inteligentes de nuestro día a

un gran temor, tal como lo dice la Escritura, que los hombres desfallecerán por el temor de los últimos días.

El profesor Harold Urey, ganador de un Premio Nóbel, y uno de los científicos y evolucionistas más destacados de nuestro tiempo, en su obra *Man Afraid* (El hombre atemorizado), dijo: "Escribo esto para amedrentarlos a ustedes. Yo mismo soy un hombre aterrorizado. Todos los científicos que conozco están amedrentados, aterrorizados por su vida, y por la vida de ustedes."⁴ Los hombres están desfalleciendo a causa del temor. La primera causa de muerte en el mundo hoy es la insuficiencia cardíaca, tal como la Escritura había dicho que sería. Si nosotros supiéramos lo que está ocurriendo en los laboratorios de experimentación, nosotros también nos aterrariamos. Sólo nuestra dichosa ignorancia nos guarda del mismo temor de que habla el profesor Urey. Bertrand Russell, al echar una mirada retrospectiva a los años de su vida, escribió: "No pudiera pensar en nada que no sea el suicidio. . . Sobre el hombre y sobre todas sus obras, sin compasión y oscura, cae la noche."⁵

Un mundo de desesperación. Hoy los científicos nos dicen que ahora ellos tienen una bomba de hidrógeno que puede encerrarse en cobalto y que, si se hace explotar sobre el Polo Norte, mataría a toda criatura viviente en todo el hemisferio norte del planeta. ¡Tres mil millones de personas! La máquina del día de juicio.

También se nos dice que habrá pestilencia. En esta década estamos viendo un brote de la peste negra, de la cual no se había oído nada desde la Edad Media; la peste bubónica está destruyendo miles de vidas en Pakistán. Otras enfermedades, que no se habían visto durante siglos, están reapareciendo. Se están produciendo especies de enfermedades venéreas que son

totalmente resistentes a todos los antibióticos conocidos. Se ha informado que se han desarrollado armas bacteriológicas tan aterradoras, que si el público supiera acerca de ellas, su producción probablemente sería proscrita. Hay un arma de esa clase que, si se lanza en la atmósfera, mataría a todos los seres humanos del planeta. Hace una década se nos dijo que para 1975 ó 1976, el mundo comenzaría a ver grandes hambrunas: precisamente lo que estamos viendo. Decenas de miles de personas han muerto de hambre en Biafra, Pakistán, India, y ahora están muriendo en Camboya. Esto es sólo un preludio del hambre masiva que se espera en esta década que comenzó en 1981: hambrunas que pudieran precipitar guerras de grandes proporciones, y hasta globales como nunca hemos visto.

A pesar del hecho de que vivimos en la así llamada era de la paz, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, el doctor John Wesley White nos dice que se han escrito 2000 libros sobre el tema de la paz.⁶ De hecho, tenemos menos paz ahora que nunca antes. Un rabino judío, Joshua Liebman, escribió el libro *Peace of Mind* (Paz de la mente); el obispo católico Fulton J. Sheen escribió uno titulado *Peace of Soul* (Paz del alma); y Billy Graham escribió *Paz con Dios*. Sin embargo, por todos lados oímos de guerras y rumores de guerras. En una misma semana, Rusia hizo lo que al resto del mundo nos parecerían cosas de locos, a menos que conociéramos la filosofía de ellos. En 1971, ellos aceptaron y firmaron el tratado de paz con Canadá; luego se aparecieron en Praga para celebrar la invasión de Rusia a Checoslovaquia y congratularse. En 1968, en una misma semana, firmaron el pacto de solidaridad con Egipto, en que prometieron ayudar a los egipcios en caso de una guerra con Israel; al mismo tiempo que hacían un

llamado a los Estados Unidos de América para firmar otro tratado de proscripción de armas nucleares, estaban construyendo veintenas de silos en Rusia para bombas de hidrógeno de 25 megatones. (A propósito, una bomba de hidrógeno de 15 megatones produce un calor dos veces y media mayor que el que se halla en el centro del Sol.) No hay escondedero. Como a menudo lo dice Paul Harvey: "Usted puede correr, pero no puede esconderse." En esa misma semana, Rusia colocó nuevas armas en Ceilán, envió misiles a Cuba, apeló a la Otán para que retirara sus tropas de Europa y envió dos nuevos submarinos nucleares a los Dardanelos. Escuche usted lo que dijo hace 30 años uno de los principales estrategas comunistas, el secretario del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional: "La guerra a fondo entre el comunismo y el capitalismo es inevitable. Hoy, por supuesto, no estamos lo suficientemente fuertes para atacar. Nuestro tiempo llegará dentro de 20 ó 30 años. Para ganar, necesitaremos el elemento de la sorpresa. Tendremos que poner a dormir a los burgueses. Por tanto, comenzaremos por lanzar el más espectacular movimiento de paz que jamás se haya registrado. Habrá ofertas electrizantes y concesiones inauditas. Los países capitalistas, estúpidos y decadentes, se regocijarán en cooperar con su propia destrucción. Saltarán para aprovechar otra oportunidad de ser amigos. Tan pronto como bajen la guardia, los haremos añicos con nuestros puños cerrados." Clamarán: "Paz, paz, y no hay paz. Rusia y los Estados Unidos de América gastarán este año unos 300.000 millones de dólares en la maquinaria de guerra. Rusia gastará casi el doble de lo que gastan los Estados Unidos.

La Escritura nos dice que en los días de Noé había una conducta sexual desenfrenada. Ciertamente esta-

mos viendo eso en nuestro tiempo. Vale la pena recordar que la destrucción de grandes partes de la humanidad por parte de Dios, siempre ha estado relacionada con la inmoralidad sexual. Así fue en el tiempo de Noé, antes que Dios destruyera casi todo por medio del diluvio. Así fue en el tiempo de Sodoma, cuando Dios hizo llover fuego y azufre sobre las ciudades de la llanura, y éstas desaparecieron bajo la parte sur del mar Muerto. También fue así con respecto a los cananeos, a quienes Dios destruyó a causa de su inmoralidad sexual, y particularmente a causa de su perversión, que hizo què la tierra los vomitara. ¿Qué debe de estar pensando Dios con respecto al mundo de hoy?

Cuando venga Jesucristo, vendrá como Salvador de los suyos y como Juez de los demás. Un reciente descubrimiento de la ciencia es otra ilustración de nuestros tiempos. Jesús dijo que por nuestras palabras seremos condenados o justificados; que el hombre dará cuenta de toda palabra ociosa. Ahora, usted me dirá: "¿Cuáles palabras hemos hablado? ¿Quién puede recordar todas las palabras que hemos dicho?" Los científicos han descubierto recientemente que ahora es posible, con instrumentos muy delicados, extraer de los sólidos conversaciones que ocurrieron cerca de ellos en cualquier tiempo del pasado. Actualmente puede ser posible, por ejemplo, recuperar de una peña contigua, la voz real de Moisés cuando le respondió a Dios en el monte Sinaí. Jesús dijo: ". . . si éstos callaran, las piedras clamarían" (Lucas 19:40). Toda palabra ociosa saldrá a la luz. Jesucristo viene.

Para los que no confían en El, ni lo aman, ni le pertenecen, ése será un tiempo de gran temor. Los hombres clamarán a las montañas que los cubran, que caigan sobre ellos y los escondan. Utilizarán una frase incongruente, pues pedirán a los montes que los

libren de “la ira del Cordero” (Apocalipsis 6:16). El día en que un cordero se llena de ira, ése es día de temor. ¿Está usted preparado? ¿Y si ese día fuera hoy?

Trágicamente, hay millones de personas en la Iglesia que han estado satisfechas con tomar la fidelidad a la Iglesia como sustituto del cristianismo. Están satisfechas con lo externo, y nunca han tenido la realidad de Cristo dentro de sus corazones. Nunca se han arrepentido de sus pecados, ni se han rendido a Cristo como su Señor y su Maestro. Saben que aún están sentados sobre el trono de sus vidas. Hacen lo que quieren y cuando quieren. Nunca se han rendido completamente a Cristo. Nunca han puesto su fe en El. Nunca han recibido el don de la vida eterna. En consecuencia, hay un hecho ineludible. En lo profundo de su corazón saben que no tienen vida eterna. Sin embargo, la Escritura dice que podemos. Que tenemos que tener la vida eterna.

Si hemos creído en Jesucristo y lo hemos invitado para que entre en nuestro corazón y sea Señor de nuestra vida, entonces *sabemos* que hemos sido perdonados. *Sabemos* que vamos camino al cielo. Sabemos que cuando El venga, nos tomará consigo para que estemos con El para siempre en la gloria, en ese lugar que El ha preparado para nosotros.

Referencias bibliográficas

Capítulo 1

1. *National Enquirer* (El investigador nacional), 7 de enero de 1975, págs. 24, 25
2. Charles Mercer, *Alexander the Great* (Alejandro Magno). Nueva York, Harper & Row, 1962, pág. 61.

Capítulo 2

1. R.A. Torrey, *The Higher Criticism and the New Theology* (La alta crítica y la nueva teología). Montrose, Montrose Christian Literature Society, 1911, pág. 129.
2. *Ibid.*, pág. 134.
3. *Ibid.*, pág. 132.
4. *Ibid.*, págs. 130, 132, 133, 134.
5. *Ibid.*, pág. 140, 141.
6. William F. Albright, *The Archaeology of Palestine* (La arqueología de Palestina). Nueva York, Pelican Books, Penguin Books, pág. 225.
7. Josh McDowell, *Evidencia que exige un veredicto*. Cruzada Estudiantil y Profesional para Cristo, Editorial Vida, 1982, pág. 71.
8. William F. Albright, *The Biblical Period from Abraham to Ezra* (El período bíblico desde Abraham hasta Esdras). Nueva York, Harper & Row, 1960.
9. McDowell, *Evidencia que exige un veredicto*, pág. 70.
10. *Ibid.*, pág. 72.
11. T.W. Fawthrop, *The Stones Cry Out* (Las piedras claman). Londres, Marshall, Morgan & Scott, Ltd., 1934, pág. 46.

12. *Ibid.*
13. Mc Dowell, *Evidencia que exige un veredicto*
14. *Ibid.*

Capítulo 3

1. Mortimer Adler y William Gorman, editores, *The Great Ideas, A Syntopicon of Great Books of the Western World* (Las grandes ideas, temario de los grandes libros del mundo occidental). Chicago, Encyclopaedia Britannica, 1952, pág. 53.
2. James Reid, *God, the Atom, and the Universe* (Dios, el átomo y el universo). Grand Rapids, Michigan, Zondervan Publishing House, 1968, pág. 1.
3. *Ibid.*, capítulo 1.
4. E.L. Woodward, *Is It — Or Isn't It?* (¿Es, o no es?)
5. Pierre Simon de La Place, *Evidences of Revelation* (Evidencias de la revelación), pág. 7.
6. Citado en Fred John Meldan, *Why We Believe in Creation, Not in Evolution* (Por qué creemos en la creación, no en la evolución). Denver, Christian Victory Publishing Co., 1959, pág. 27.
7. William Paley, *Natural Theology* (Teología natural). Nueva York, American Tract Society, sin fecha, págs. 30, 31.
8. Meldan, *Why We Believe in Creation* (Por qué creemos en la creación), pág. 225.
9. *Ibid.*, pág. 238.
10. Henry M. Morris, *The Bible Has the Answer* (La Biblia tiene la respuesta). Grand Rapids, Michigan, Baker Book House, 1971, pág. 16.
11. *American Magazine* (Revista americana), noviembre de 1930.

Capítulo 4

1. Louis T. More, *The Dogma of Evolution* (El dogma de la evolución.) Princeton, University Press, 1925, pág. 160.

2. Citado en Henry M. Morris, *Scientific Creationism* (Creacionismo científico). San Diego, California, Creation Life Publishers, 1974, pág. 8.
3. Citado en Meldan, *Why We Believe in Creation* (Por qué creemos en la creación), pág. 8.
4. Citado en James F. Coppedge, *Evolution: Possible or Impossible?* (Evolución: ¿posible o imposible?). Grand Rapids, Michigan, Zondervan Publishing House, 1973, pág. 180.
5. Robert T. Clark y James D. Bales, *Why Scientists Accept Evolution* (Por qué aceptan los científicos la evolución). Grand Rapids, Michigan, Baker Book House, 1966.
6. Henry M. Morris, *The Troubled Waters of Evolution* (Las agitadas aguas de la evolución). San Diego, California, Creation-Life Publishers, 1974, pág. 58.
7. Citado en H. Enoch, *Evolution or Creation?* (¿Evolución o creación?). Londres, Evangelical Press, 1966, pág. v.
8. Citado en Coppedge, *Evolution*, pág. 177.
9. Revista *Time* 30 de diciembre de 1974, pág. 48.
10. *Ibid.*
11. Coppedge, *Evolution*, capítulo 6.
12. *Ibid.*, págs. 166, 167.
13. Citado en Enoch, *Evolution or Creation?* (¿Evolución o creación?), pág. 22.
14. Citado en *Did Man Get Here by Evolution or Creation?* (¿Llegó el hombre aquí por evolución o por creación?) Nueva York, Watchtower Bible Tract, 1967, pág. 45.
15. Citado en Morris, *The Troubled Waters of Evolution* (Las agitadas aguas de la evolución), pág. 91.
16. Citado en Duane Gish, *Evolution — The Fossils Say No!* (La evolución: Los fósiles dicen: ¡No!) San Diego, California, Creation-Life Publishers, 1978, pág. 14.

17. Citado en Enoch, *Evolution or Creation?* (¿Evolución o creación?), pág. 67.
18. *Ibid.*, pág. 28.
19. *Ibid.*, pág. 84.

Capítulo 5

1. Leslie D. Weatherhead, *After Death* (Después de la muerte). Nueva York, Abingdon Press, 1936, pág. 19.
2. Thomas Curtis Clark, editor, *The Golden Book of Immortality* (El libro dorado de la inmortalidad). Nueva York, Association Press, 1954, pág. 4.
3. Madison C. Peters, *After Death-What?* (Después de la muerte, ¿qué?), Nueva York, Christian Herald, 1908, pág. 165.
4. Citado en Weatherhead, *After Death* (Después de la muerte), pág. 22.
5. Citado en Peters, *After Death — What?* (Después de la muerte, ¿qué?), pág. 25.
6. Watson Boone Duncan, *Immortality and Modern Thought* (La inmortalidad y el pensamiento moderno). Boston, Sherman, French & Co., 1912, págs. 33, 36.
7. Alfred Lord Tennyson, "Crossing the Bar" (El cruce de la barrera), II. 13-16.
8. "Heaven and Earth" (El cielo y la tierra), II, 111-114.
9. Joseph Addison, *Cato, A Tragedy* (Catón, una tragedia). Nueva York, Effingham Maynard & Co., 1891, acto 5, escenas I, II. 1861-1867.
10. Citado en Peters, *After Death — What?* (Después de la muerte, ¿qué?), págs. 166, 167.
11. S.B. Shaw, *How Men Face Death* (Cómo enfrentan los hombres la muerte). Kansas City, Missouri, Beacon Hill Press, 1964, págs. 44, 63.

12. Raymond A. Moody, *Life After Life* (Vida después de la vida). Atlanta, Mocking-bird Books, 1975, pág. 37.

Capítulo 6

1. A.A. Hodge, *Popular Lectures on Theological Themes* (Charlas populares sobre temas teológicos). Filadelfia, Presbyterian Board of Publications, 1887, págs. 456, 457.
2. Joseph C. Stiles, *Future Punishment* (Castigo futuro). St. Louis, Missouri, sin indicación de casa editorial, 1868, pág. 4.
3. Hodge, *Popular Lectures* (Charlas populares), pág. 454).
4. William Elbert Munsey, *Eternal Retribution* (Eterna retribución). Murfreesboro, Tennessee, Sword of the Lord Publishers, 1951, pág. 65.
5. *Ibid.*, pág. 62.
6. *Ibid.*, pág. 63.
7. *Ibid.*

Capítulo 7

1. Carl F.H. Henry, *Christian Personal Ethics* (Ética cristiana personal). Grand Rapids, Michigan, Wm. B. Eerdmans 1957, pág. 13.

Capítulo 8

1. Philip Schaff, *The Person of Christ* (La Persona de Cristo). Boston, The American Tract Society, 1865, pág. 6.
2. *Ibid.*
3. J. Gilchrist Lawson, *Greatest Thoughts About Jesus Christ* (Los más grandes pensamientos acerca de Jesucristo). Nueva York, Richard R. Smith, Inc., 1919, pág. 160.
4. Schaff, *The Person of Christ* (La Persona de Cristo), pág. 5.

5. *The Ante-Nicene Fathers* (Los Padres antenicenos), vol. 8. Grand Rapids, Michigan, Wm. B. Eerdmans, 1951, págs. 460, 461.
6. Citado en McDowell. *Evidencia que exige un veredicto*, pág. 86.
7. *Ibid.*, pág. 83.
8. *Ibid.*, pág. 84.
9. *Ibid.*, págs. 85, 86.
10. *Ibid.*, pág. 87.
11. Philip Schaff, *Testimonies of Unbelievers* (Testimonios de incrédulos). Boston, The American Tract Society, 1865, pág. 281.
12. Citado en McDowell, *Evidencia que exige un veredicto*.
13. Citado en Schaff, *The Person of Christ* (La Persona de Cristo). pág. 108.
14. *Ibid.*, págs. 295, 296.
15. *Ibid.*, págs. 316, 317.
16. Citado en Lawson, *Greatest Thoughts* (Los más grandes pensamientos), págs. 117-120.
17. *Ibid.*, págs. 120, 121.
18. *Ibid.*, pág. 147.

Capítulo 9

1. Simon Greenleaf, *The Testimony of the Evangelists* (El testimonio de los evangelistas), 1874; edición reimpresa, Grand Rapids, Michigan, Baker Book House, 1965, págs. 28-30.
2. Paul Little, *Know Why You Believe* (Sepa por qué cree). Wheaton, Illinois, Victor Books, 1967, pág. 44.
3. Citado en William M. Taylor, *The Miracle of Our Saviour* (El milagro de nuestro Salvador). Nueva York, Hodder & Stoughton, 1890, págs. 21, 22.
4. Frank Morison, *Who Moved the Stone?* (¿Quién movió la piedra?), 1930; edición reimpresa,

Whitstable, Latimer Trend & Co., 1971, págs. 114, 115.

5. Citado en Wilbur M. Smith, *Therefore, Stand* (Por tanto, estad firmes). Grand Rapids, Michigan, Baker Book House, 1945, pág. 383.
6. *Ibid.*, pág. 378.

Capítulo 10

1. Citado en Earle Albert Rowell, *Prophecy Speaks* (La profecía habla). Washington, DC, Review and Herald Publishing Co., 1938, pág. 67.

Capítulo 11

1. Citado en James Hastings, *The Great Texts of the Bible* (Los grandes textos de la Biblia), vol. 2. Grand Rapids, Michigan, Wm. B. Eerdmans, pág. 149.
2. Walter Russell Bowie, *Men of Fire* (Hombres de fuego). Nueva York, Harper Bros., 1961, capítulo 6.

Capítulo 13

1. Citado en John Wesley White, *Re-entry* (Reingreso). Minneapolis, World Wide Publications, 1970, pág. 106.
2. John Wesley White, *WW III: Signs of the Impending Battle of Armageddon* (La tercera guerra mundial: Señales de la inminente batalla de Armagedón). Grand Rapids, Michigan, Zondervan Publishing House, 1977, pág. 82.
3. Citado en White, *Re-entry* (Reingreso), pág. 93.
4. *Ibid.*, pág. 104.
5. *Ibid.*, pág. 100.
6. *Ibid.*, pág. 96.
7. *Ibid.*, pág. 97.